

UNIVERSIDAD
AUTONOMA
METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo



DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
MAESTRÍA EN HISTORIOGRAFÍA DE MÉXICO

*UN CLÉRIGO EN LA TIERRA: JORGE CUESTA
CONSTRUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA DE UN INTELLECTUAL*

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRA EN HISTORIOGRAFÍA DE MÉXICO

PRESENTA

MA. ELSA C. ARCE COTE

DRA. SILVIA PAPPE WILLENEGGER
DIRECTORA DE TESIS

MÉXICO, D.F. NOVIEMBRE 2006

MIS ESTUDIOS EN LA MAESTRÍA EN HISTORIOGRAFÍA DE MÉXICO
RECIBIERON EL APOYO DE LA BECA CONACYT

LA INVESTIGACIÓN PUDO CONCLUIRSE GRACIAS A LA BECA
DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA- AZCAPOTZALCO

Agradecimientos

*A mi madre
A Adriana
A Jennifer*

Las siguientes líneas tienen como fin expresar mi gratitud hacia muchas personas que me brindaron su apoyo desde hace ya varios años. Amigos que me ayudaron a salvar todos los obstáculos que se presentaron en el camino que recorrí durante el tiempo que estuve dentro de la Maestría en Historiografía de México y que han seguido a mi lado de una u otra forma, dándome su generosa mano cada que los necesitaba.

Mi estancia en la Maestría no fue esporádica, me convertí en visitante diaria, puesto que leía, escribía y pedía auxilio cada que no comprendía algo en los cubículos de la maestría. Compartí charlas, comidas y sobre todo el compañerismo, la solidaridad y el buen humor del que siempre hacen gala todos aquellos que integran la planta docente y administrativa. Entonces, ya no sólo fui alumna sino que me convertí en compañera; esto es algo que debo al Dr. Saúl Jerónimo, a Nancy Ortega, a Carlos Martínez, a Lourdes Melgarejo y a Cristina Vargas.

Los encuentros trimestrales, tiempo en el cual se presentaban, discutían y enriquecían los avances de investigación, eran siempre gratos debido a que nos reuníamos los compañeros de la generación: Aarón Flores, Arturo Miguel, Sara Baz, Bárbara Velarde, Elba Chávez, Ivonne Díaz, Nicolás Duarte y Melissa Martínez, a quien especialmente agradezco su hospitalidad al darme alojamiento en su casa. Los profesores Dr. Víctor Díaz Arciniega, Dr. José Ronzón, la Mtra. Carmen Valdéz, la Dra. Danna Levín, daban recomendaciones y comentarios que provocaban la reflexión y nuevas rutas a seguir. La Dra. Yanna Hadatty, lectora de los preliminares de esta tesis, tuvo siempre la amabilidad de preguntar del rumbo de los avances a mi directora.

Denise Hellion, en un principio compañera de la Maestría, por muchas razones se volvió una de mis amigas más queridas: me obsequió muchos libros, me enseñó parte del Centro Histórico; estuvo junto a mí en uno de los momentos más duros por los que he pasado, me dio trabajo, me orientó en muchas ocasiones con mi tesis, la leyó y podría seguir

enumerando todo lo que ella y Carlos Blanco, su compañero, han hecho por mí. Algo más que tengo que agradecerle a Denise es que por su medio, conocí a otra maravillosa persona, que sin conocerme más que una semana, me abrió las puertas de su casa y nos dio su compañía así como un gran apoyo a mi madre y a mí. Muchas gracias Emma.

Mi retorno al Distrito Federal, se debió a mi ingreso a la Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones. Ahí tuve la fortuna de contar con buenos compañeros, pero sobre todo con inmejorables amigos, que compartieron conmigo las correcciones y aumentos que día con día iba agregándole a la tesis y me dieron ánimo cada que a mí me faltaba. Alejandra Gómez, Edmundo Saavedra y Jorge Pérez, que me guiaron en los primeros días de trabajo. Mi agradecimiento a Emilio Montemayor, quien siempre me permitió ausentarme del trabajo, para resolver cualquier asunto de la tesis. Norma Chávez y Dolores Ángeles, quienes con su apoyo incondicional hicieron más fáciles y amenas las jornadas laborales. Axel Solórzano y Beatriz Vargas que hicieron del Centro de Documentación, punto de reunión para todos los demás. Gliserio Castañeda, Fotógrafo, y Carla Zurián de la Fuente se convirtieron en mis amigos más cercanos, me cuidaron, me ayudaron, me impulsaron a conocer e intentar nuevas cosas; los admiro, los quiero y los extraño.

Víctor Peláez Cuesta, quien sin conocerme me dio un voto de confianza en la investigación que realicé sobre su tío, me proporcionó material iconográfico, algunos textos. Me invitó a su casa, donde me dedicó varias horas durante las cuales conversamos sobre Jorge Cuesta, me compartió sus dudas, sus resquemores y más que nada la inmensa admiración que siente por *el tío Jorge*. Gracias a Víctor tuve la oportunidad de palpar el libro que André Gide le dedicara de puño y letra a Jorge Cuesta, una de sus boletas de calificaciones y una credencial, por la cual supe, que él fue profesor de la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional. Estas experiencias me dieron una nueva dimensión del personaje Jorge Cuesta, porque antes de esto sólo había sido un escritor, un intelectual; ahora tenía frente a mí a una persona con la responsabilidad de alguien que formó parte importante de una familia, con preocupaciones por el diario sustento, por luchar por los últimos resabios del patrimonio familiar. En fin, me adentré a la vida de una persona, que lejos de leyendas, mantuvo una estrecha cercanía con sus padres, sus hermanos y su hijo.

Las gracias por su apoyo y su aliento a Yurinda Valle y a Paulina Chávez, mis jóvenes amigas, que vivieron conmigo mis avances y retrocesos en la casa que compartimos durante algún tiempo, etapa de la cual guardo agradables recuerdos.

El pasado mes de abril, me incorporé a la Secretaría de Cultura de Puebla, lo cual se debe a mi antigua compañera y amiga Judith Fuentes Aguilar Merino, quien me ha dado las facilidades para realizar los últimos trámites de la maestría. A mis compañeras de oficina: Laura Arellano, Celeste Cabrera, Rocío Alavez y Lucely Razo con quienes ahora comparto espacio y amistad.

Sin embargo, (ya sé que no se empieza un párrafo con esta frase, pero aquí si es necesario utilizarla), repito, sin embargo, todo lo que acabo de escribir no hubiera sido posible sin la presencia, siempre constante, amable y solidaria de la Dra. Silvia Pappé Willeneger, mi directora de tesis. Para mí, ella no sólo es una maestra, ni siquiera sé que palabra la puede describir de cuerpo completo y vaya que eso es una tarea difícil. Al igual que la de Denise Hellion, su presencia en lugares y circunstancias ajenas a lo académico, siempre fue reconfortante. La imagen que de ella tengo, es la de alguien inteligente, agradable, respetuosa, trabajadora y sencilla, lo que en mi opinión la convierte en una inigualable persona. Gracias Dra. Silvia.

Mi agradecimiento a la Dra. María Luna y a la Dra. Valquiria Wey, quienes se distrajeron de sus múltiples ocupaciones para leer y hacer los comentarios pertinentes a la presente investigación. Por último, quiero mencionar que los aciertos que ésta tenga se deben a la guía y los consejos de mi directora y lectores, las carencias y omisiones son responsabilidad mía.

Si alguien no aparece en estas líneas, no es por falta de afecto, sino por falta de memoria.

Elsa Arce Cote
México, D.F., noviembre 2006

Índice

Agradecimientos	3
Índice	6
Presentación	
Primeras consideraciones	8
Estructura de la investigación	13
Introducción	
El intelectual mexicano (1920-1930)	23
Capítulo 1. Recepción de la obra cuestiana	
La Revolución a revisión	28
Intelectuales versus gobierno	30
Los Contemporáneos de regreso	38
¿Por qué una lectura de Jorge Cuesta en los años sesenta?	42
Capítulo 2. Jorge Cuesta. La construcción de un paradigma	
Los Contemporáneos y Jorge Cuesta. De reaccionarios a paradigma	52
Jorge Cuesta desde otros horizontes	59
Capítulo 3. Los ensayos cuestianos: la escritura como medio de opinión	
El ensayo, una forma de expresión	76
La tradición ensayística mexicana	77
Los ensayos cuestianos: Jorge Cuesta como lector y escritor de su realidad	83
La discusión cuestiana con otros intelectuales	87
La polémica de 1925. Entre nacionalistas y afeminados	88

La polémica de 1932. Nacionalistas versus inmorales	93
La educación socialista en los ensayos cuestianos	106
Un clérigo en la tierra. Jorge Cuesta y la política	116
Jorge Cuesta y Julien Benda	126
Conclusiones	129
Bibliografía	132
Hemerografía	140
Anexos	142

Presentación

La tesis titulada *Un clérigo en la tierra: Jorge Cuesta. Construcción historiográfica de un intelectual*, es una investigación que elabora un recorrido a través de lecturas que se hicieron sobre él, a partir de distintos horizontes de enunciación y de referentes que, a la par de la circunstancia histórica, ofrecen diversas maneras de ver la actuación de Jorge Cuesta. Después de este recuento histórico, se llevó a cabo un acercamiento a su actividad escriturística, que conforma la parte más relevante de la investigación, mediante el análisis de varios ensayos; en éstos, encontré el medio, por el cual el imaginario colectivo cifró en Cuesta el arquetipo del intelectual ideal.

Uno de los principales puntos que se sostiene en la tesis es que dicha construcción depende de la época desde la cual se lean los escritos de un autor, ya que cada temporalidad borda un tejido particular sobre un determinado personaje, en este caso, Jorge Cuesta. Otro de los objetivos importantes es observar cómo esta persona se volvió objeto de varias interpretaciones y se apreció su actuación a través de un caleidoscopio multicolor. Para lograrlo, se hizo un breve acercamiento a diversas miradas sobre la figura y el quehacer del intelectual. Esta aproximación a distintas ideas sobre el intelectual y el papel que juega dentro de un contexto específico, nos auxilia para entender sus relaciones con diversas entidades de poder o con círculos intelectuales diferentes al suyo. Indago también sobre la actuación de los intelectuales dentro de la circunstancia mexicana.

PRIMERAS CONSIDERACIONES

El proyecto de investigación, como casi siempre sucede, inicia sobre determinadas expectativas y el final de la investigación es otro. En un primer momento pretendía encontrar el motivo por el cual muchos intelectuales se consideraban perseguidos por sus ideas políticas. Para esto analicé a autores que, asumía, se hallaban dentro de las representaciones del “intelectual de izquierda”. Siguiendo esta idea preconcebida, mi trabajo surgió con el ánimo de continuar con los resultados obtenidos de mi tesis de licenciatura, en la cual realicé un análisis historiográfico de un texto de Germán List Arzubide,¹ en el que pude observar

¹ Elsa Arce, *Emiliano Zapata, Exaltación. Cuatro momentos en el ideario político de Germán List Arzubide*, tesis de licenciatura [inérita], Facultad de Filosofía y Letras/ BUAP, 2002.

cómo fue que el autor se presentaba a sí mismo –mediante la imagen de Emiliano Zapata– como un personaje perseguido, olvidado y por lo mismo, rechazado en los círculos culturales y políticos. Sin embargo, había puntos que no parecían afianzar esta aseveración; contrario a lo que el autor afirmaba en las diferentes versiones de *Emiliano Zapata. Exaltación*, List Arzubide, participó en varios gobiernos posrevolucionarios, como en el de los generales Heriberto Jara y Lázaro Cárdenas, es decir, de una u otra forma estaba dentro del aparato gubernamental.

Posteriormente traté de establecer un corpus con otros intelectuales que se asemejaran a List Arzubide, tales como Alfredo Teja Zabre y Vicente Lombardo Toledano mismos que percibía como marginados, siempre ubicados en la periferia ya sea por parte del gobierno en turno o por la misma sociedad de su época, debido a sus concepciones estéticas o políticas; suponía que su ideología, de tendencia marxista, era la causa principal del rechazo. No obstante, luego de varias lecturas² y de la recepción que de éstas se hacía, el concepto de marginados se amplió a un espectro de motivos más amplio. Por lo tanto, el asumirse como rechazados y perseguidos podría deberse a una simple práctica discursiva en la que utilizaban el status de marginales, como un arma política, pues aquellos que se presentaban a sí mismos como críticos del régimen se decían los depositarios de los principios *justos y verdaderos* de la Revolución. En este sentido, es comprensible que afirmen que sus opiniones acerca de su realidad fuera la única “Verdad”, propiciando una disputa en contra de los Otros, los que a sus ojos aparecían como *los reaccionarios* o antipatriotas.

Así entonces, “el marginado”, cuando no goza de la simpatía del gobernante en turno se percibe a sí mismo como fuera del régimen. Aunque puede suceder lo contrario, es decir, en otro momento, él será bien aceptado dentro del círculo en el poder, gozar de la protección e incluso del mecenazgo de algún personaje importante del poder político. Ese fue el caso del mismo Germán List, quien junto con los demás estridentistas, viajó del Distrito Federal a Xalapa. En esta ciudad, el grupo tuvo el apoyo del gobernador Heriberto Jara para crear,

² Las lecturas que se hicieron para tener un acercamiento a la idea de la izquierda son las siguientes: Vicente Lombardo Toledano *La izquierda en la historia de México*, México, Partido Popular Socialista, 1962; Barry Carr, *La izquierda mexicana en el siglo XX*; México, Era, 1996; Alejandro Gómez Maganda, *Motivos Revolucionarios*, México, Cámara de Diputados, 1936. En el caso del intelectual son las que van a comentarse en la introducción de esta tesis.

publicar y llevar a cabo sus proyectos culturales en lo que sería conocida, gracias a ellos, como Estridentópolis.

En cuanto a la temporalidad de la investigación, no es casualidad que ésta se ubique en las décadas de 1920-1930; esta delimitación temporal obedece a una importante razón, ya que en este periodo se combinaron diversas circunstancias. Entre estas se encuentra la naciente estructura política institucional, y junto a ésta el surgimiento de nuevas necesidades de expresión cultural que se dieron a la par de los cambios en materia social, económica y política, lo cual permitió un nuevo actuar de los diferentes grupos, tanto intelectuales como artísticos. Según argumenta Roderic Ai Camp, los esfuerzos por darle consistencia al proyecto de los gobiernos posrevolucionarios habían dado fruto y se estaba en buenas condiciones en el aspecto cultural:

Durante los años veinte y treinta, después de la Revolución Mexicana, las contribuciones intelectuales a la sociedad en materia de música, arte, educación, finanzas, derecho, disfrutaron de un renacimiento jamás experimentado en México.³

Al contrario de lo que afirmó Camp, pienso que es un periodo en el que lejos de ser un Estado monolítico y homogéneo –visto a través de la institucionalización del proceso revolucionario– es una etapa en la cual se están construyendo diversos proyectos e intereses y uno de los sectores que más influyó y tuvo presencia en este nuevo orden fue el intelectual. En los años veinte y treinta cada intelectual y artista, desde su ámbito y según sus ideas, debía contribuir para llevar a buen término el plan posrevolucionario; se consideraba indispensable que todos los miembros de la sociedad participaran en la construcción del nuevo Estado mexicano.

Según las condiciones ya enumeradas, la investigación tomó un giro distinto, se necesitaba encontrar a un personaje en el cual se reunieran varias de las características del intelectual. Era necesario saber cual era la importancia y el peso de sus opiniones, tanto desde su propia

³ Roderic A. Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 86.

visión como en la recepción que se hizo de él tiempo después a partir de ciertos presupuestos tales como el tipo de discurso que utilizaba, la actividad que realizaban y la percepción que tenían sobre su relación con el poder. Esto dio como resultado la siguiente tipología: *el intelectual político, la mujer intelectual y el intelectual puro*; ⁴ Así entonces fijé mi atención en tres personajes que tenían distintas trayectorias personales que me dieron la pauta para incluirlos como parte de esta selección; éstos fueron José Vasconcelos, Elena Garro y Jorge Cuesta quienes me parecieron los personajes más representativos de cada tipo de intelectual.

En José Vasconcelos hallé al intelectual que tuvo un contacto más cercano con el gobierno, lo que le permitió ser el promotor de una amplia campaña cultural, escribir varios libros que fueron publicados y que gozaron de una buena recepción. Vasconcelos fue un personaje importante en el gabinete obregonista, es decir, su labor cultural fue ampliamente reconocida y apoyada por parte del gobierno de Álvaro Obregón. La ruptura con el gobierno sucedió cuando sus pretensiones fueron políticas, esto es, cuando hizo el intento de llegar a ocupar la presidencia del país. Un punto en el cual me parece necesario hacer hincapié es que se debe ver en José Vasconcelos a personajes distintos: por un lado se encuentra la imagen del intelectual y por el otro se halla el político con un plan distinto al que había diseñado el gobierno de su época.

En la parte intelectual se debe poner atención en el proyecto educativo que impulsó desde la Secretaría de Educación Pública, en el cual estableció estrategias para que la cultura llegara a todo el pueblo, cumpliendo así con la representación idónea del intelectual orgánico. Sin embargo, se necesita hacer hincapié en un último punto y reflexionar si es que los intelectuales, –personas dedicadas únicamente a la cultura–, cuando pretenden acercarse a la política o tienen otro tipo de expectativas diferentes a su labor metafísica se vuelven excluidos o rechazados por el régimen, al no darles un espacio en el cual realizar su deseo de pertenecer o de dirigir espacios de poder. Ante tal panorama surgen preguntas como las siguientes: ¿cuál es la perspectiva que se generó de un personaje como Vasconcelos para lectores posteriores de su obra, la de un intelectual marginado o la de un político rechazado?.

⁴ Se debe notar que en el caso de los hombres, la palabra intelectual cumple la función del sustantivo, y lo 'puro' o lo 'político' ocupan el lugar de los adjetivos calificativos, mientras que en el caso de la mujer, varía toda

En cuanto a la mujer intelectual me interesaba conocer su discurso, ya que algunas obras escritas por mujeres no habían sido tomadas en cuenta, por diversos motivos. Algunas veces por las ideas planteadas en sus textos y otras tantas por su condición femenina, así que partiendo de este prejuicio elegí a Elena Garro, quien tuvo una actitud poco convencional, ya sea con otros intelectuales y en ocasiones para con el mismo Estado, pues se convirtió –de acuerdo con un texto de Elena Poniatowska– en la defensora de los campesinos de Ahuatepec y los acompañó en la lucha por sus tierras.⁵

El conocimiento de varios textos críticos así como la lectura de muchas de las novelas de Elena Garro, me acercaron a esta autora y me llevaron a problemáticas que implicaban una investigación con un sesgo diferente. Una de estas vertientes de análisis de la figura y obra de esta escritora es la manera en que la memoria ocupa un papel especial en su obra. Pienso que el quehacer literario de Garro se encaminó a reconstruir su infancia, periodo que la autora asumió como el mejor de su vida. De ahí que por medio de su memoria Elena Garro hizo una relectura de acontecimientos vividos tiempo atrás, dando como resultado que la escritura y los discursos derivados de esta, colaboran para que ella pudiera hacerse presente y constituirse en su propio ser

[...] la relación entre un sujeto y el discurso, el texto, el género discursivo mediante el cual se constituye y se hace presente. Donde más claro se presenta el sujeto es aparentemente en los discursos, el yo que enuncia el discurso y que tiene presencia aunque sea en un sentido gramatical, [...] para producir la ilusión de una existencia real.⁶

Siguiendo a Silvia Pappel, Elena Garro sería un sujeto que se constituye ya que se construye y manifiesta mediante sus escritos. Otro elemento de análisis estaría mucho más ligado a la discusión sobre género y por ende menos cercana a los planteamientos sobre la función del

esta estructura, pues 'mujer' se vuelve el sustantivo e 'intelectual' la califica.

⁵ El libro de Poniatowska, a pesar de que no es un texto propiamente histórico, está elaborado con testimonios, recuerdos, cartas y algunas otras fuentes de las mujeres artistas e intelectuales de las que habla Elena Poniatowska en su obra. *Las siete cabritas*, México, Editorial Era, 2000, pp. 106-109.

⁶ Silvia Pappel, *Sujeto y modernidad, una relación incierta*. Ponencia para el coloquio Los paradigmas de la modernidad a debate, septiembre 2003., p. 4.

intelectual, lo que nos abriría la posibilidad de conocer a través de otra mirada la actuación de esta importante escritora. De Elena Garro también se puede investigar la recepción que se tiene de ella como la que nos perfila a Garro como una mujer fuerte, luchadora, que desafió el orden establecido, dueña de un discurso propio.

Las lecturas me llevaron a la conclusión de que Garro no fue una intelectual que se acoplara al imaginario ya establecido ni estaba dentro del espectro de problemáticas planteados por esta investigación, pues según autores como Edward Said, los intelectuales tienen inherentes ciertas características,⁷ que a mi parecer no confluyen de manera categórica en Elena Garro. Pienso que ella fue más una escritora que produjo sus discursos antes bien para constituirse a sí misma, que por un legítimo afán intelectual.

La actuación tanto como el discurso de Elena Garro y José Vasconcelos estaban encaminados a aspectos mucho más alejados de la labor del intelectual, pero más cercanos a otros intereses. En Vasconcelos había una aspiración política, en Garro la posibilidad de constituirse antes que escritora e intelectual en un sujeto autónomo. Cuesta parecía obedecer con mayor claridad a ciertas ideas imperantes del intelectual y fue el que más se asemejó al imaginario creado alrededor de las lecturas de las cuales se extrajo la imagen de estos personajes. Esto fue el motivo por el cual coloqué a Cuesta dentro de la categoría del *intelectual puro*, el cual al tener un acercamiento con el aparato gubernamental tuvo la posibilidad de expresar sus ideas, aunque eso no implicaba que se abstuviera de elaborar una crítica al sistema.

ESTRUCTURA DE LA INVESTIGACIÓN

Definido que el eje sobre el cual iba a girar la investigación era Jorge Cuesta, se estableció un corpus de varios ensayos para analizar su escritura, a través del discurso de este intelectual para obtener la forma en que se concretan las ideas, la cultura y el bagaje de quien emite dichos discursos. Los intelectuales escriben de acuerdo al tiempo en que viven, a su formación académica, su ideología, sus logros tanto políticos como académicos y en especial a cómo se perciban ellos mismos con relación a los otros. Siguiendo a Michel De Certeau,

⁷ Edward W. Said, *Representaciones del intelectual*, España, Editorial Paidós, 1996, pp. 24-27.

Estos discursos no son cuerpos que flotan “en” un englobante que llamaríamos la historia (o el “contexto”). Son históricos porque están ligados a operaciones y definidos por funcionamientos. Así pues, no se puede comprender lo que dicen independientemente de la práctica de donde proceden.⁸

Nigel Grant Sylvester, afirma que tal vez el punto más significativo que surge de la totalidad de los ensayos cuestianos, sea el hecho de que amalgama sus teorías políticas y culturales. Para Cuesta, tanto en la política como en el arte, el único criterio universal y por eso duradero, que propicia un cambio constructivo es una actitud crítica.⁹ Los ensayos seleccionados me parecieron los indicados para observar el pensamiento de este intelectual; además creo que estos ensayos contienen gran parte de sus principios tanto políticos como estéticos y en muchos hace una combinación de ambos aspectos. Reflejan la discusión que Cuesta entabló con tres entidades: otros intelectuales, el poder cultural y el poder político.

La investigación se perfiló entonces como un análisis historiográfico, alejándose de ámbitos como el ensayo histórico y aún más del literario, en los cuales las herramientas de análisis distan mucho de las que fueron utilizadas en esta investigación. La parte metodológica se afianzó, sobre todo, en la hermenéutica de Gadamer, de quien se retomaron los conceptos: horizonte de enunciación y recepción de la escritura. De Michel De Certeau se aplicó el concepto de lugar social de escritura, lo que nos permite vislumbrar las distintas circunstancias de quien enuncia y lo que éstas reflejan en el acto de escribir. Por lo tanto, los ensayos son entendidos como discursos en tanto práctica social, ya que gracias a ellos se puede ver el papel que jugaban los intelectuales dentro de una sociedad por medio de su actividad primordial que es la de pensar y reflexionar.

Planteados los supuestos de los cuáles partí para elaborar esta investigación, dividí el contenido de la tesis en tres capítulos, para mostrar cómo a partir del horizonte de lectura de

⁸ Michel De Certau, *La escritura de la historia*, [2ª. Edición] México, Universidad Iberoamericana, 1999, p. 34.

⁹ Nigel Grant Sylvester, *Vida y obra de Jorge Cuesta*, México, Premiá Editora, 1984, p. 44. Aunque este investigador en su momento no analizó a fondo los ensayos, este tipo de afirmaciones se encuentran mucho, más ligadas con la construcción que se quería hacer de Jorge Cuesta, tal como se verá en el capítulo 2 de esta investigación.

los sesenta se creó un arquetipo del intelectual, desde la lectura (en ese momento un tanto superficial) de los ensayos de Jorge Cuesta; posteriormente analizo la obra cuestiana como tal. En el primer capítulo presento la situación imperante de los años sesenta y como la observaron los intelectuales. Describo cómo a partir de la impresión de la obra cuestiana en 1964, dio inició una nueva lectura sobre la persona y el trabajo de este autor. En esta parte de la tesis sostengo que la idea sobre Cuesta, como el intelectual independiente y crítico se formó en el horizonte de los años sesenta. En estos años era necesario revalorar la actuación del intelectual en una sociedad que se encontraba inmersa en un momento considerado como el partaguas en la historia contemporánea de México. En el segundo capítulo se observó cómo fueron variando las percepciones que se tenían sobre él como personaje. En este capítulo hago un recorrido tanto en bibliografía como en fuentes hemerográficas, desde un contexto distinto al de la fecha de publicación de las *Obras* para tener la posibilidad de ver la recepción que tuvo y tiene la escritura de Jorge Cuesta.

En el tercer capítulo, pongo a consideración el análisis que elaboré de varios ensayos. Algunos de ellos son los siguientes “Clasicismo y romanticismo”, “¿Existe una crisis en nuestra literatura de vanguardia?”, “La literatura y el nacionalismo”, “Conceptos del arte”, “La pintura superficial” y “La música inmoral” ensayos mucho más vinculados a la estética y en los cuales Jorge Cuesta discutió sobre la importancia del arte como tal y aseguró que este no debía tener ninguna especie de servidumbre a nada y a nadie. Estos ensayos son una huella del momento y de las problemáticas que a Cuesta le pareció importante examinar con relación al arte, al nacionalismo y al universalismo. Del mismo modo se muestran algunas claves del pensamiento cuestiano, al hacer referencia a la relación entre Cuesta y Julien Benda, al retomar la lectura que el primero hiciera del segundo, de quien adquirió la idea del intelectual crítico, pero se distanció de las apreciaciones del francés al luchar por un espacio dentro del poder para llevar a cabo sus proyectos.

Otro de los asuntos más discutidos por Jorge Cuesta y al cual le dedica gran parte de su tiempo es la educación, considerada por este autor como una de las herramientas más poderosas para influir en la conciencia de la gente. Entre los ensayos que utilizo para analizar dicha situación se encuentran “La reforma al Artículo Tercero”, “La escuela

socialista”, “El socialismo y la enseñanza”, “No hay educación socialista”, “La práctica de la educación socialista” y *Crítica de la Reforma del Artículo Tercero*. De fechas posteriores aunque analizando la misma temática están “La Universidad y la técnica”, “La “experiencia” de la Universidad”, “La política en la Universidad”, “La autonomía de la Universidad”, “La cuestión universitaria”, “La Universidad y el Estado”, “La enseñanza universitaria” y “La autonomía de la Universidad”, ensayos en dónde se puede observar de nueva cuenta, el afán de Cuesta porque la educación como la cultura fueran libres, sin tener que sufrir servilismos políticos o doctrinarios.

El capítulo concluye con un análisis a los ensayos dedicados en su totalidad a la política, materia infaltable en la escritura cuestiana a partir del conflicto que sostuvo Cuesta con la autoridad judicial y del cierre de la revista *Examen*. Entre los ensayos que escribió destacan “La política de altura”, “La crisis de la Revolución” y *El plan contra Calles*, este último muestra fehaciente de su postura política. No debe perderse de vista que estos ensayos tienen el mismo rigor que los dedicados a la cuestión estética.

En la parte final presento algunas reflexiones sobre el trabajo, así como también integro algunos anexos conformados Los Rostros de Jorge Cuesta, Los Contemporáneos y *Contemporáneos*, imágenes de algunos de los libros a los que hago referencia en el cuerpo de la tesis y algunas notas periodísticas dedicadas a este autor y su obra. Por lo tanto, y a partir de las consideraciones que expuse en las páginas anteriores, pongo a consideración una investigación que lejos de ser un tema agotado, abre muchas vertientes más mediante las cuáles analizar a Jorge Cuesta. Esta tesis es un intento por abordar la labor de un intelectual desde una mirada historiográfica, otorgando mucho mayor peso a la práctica discursiva que a fin de cuentas, lo único que queda de él para la posteridad es su presencia resignificada desde su misma escritura.

Introducción

El papel que los intelectuales tienen dentro de una sociedad los convierte en personajes importantes, públicos y conocidos que tienen la facultad de emitir sus propias opiniones y que éstas se vuelvan una verdad ante todos. Se piensa que deben estar presentes e influir en la toma de decisiones de los individuos que detentan cualquiera de las tres principales categorías de poder: el económico, el político o el ideológico que derivan de la posesión de riqueza, de tener el control de la fuerza o de tener una gran inteligencia que es utilizada como medio para conseguir los fines de su poseedor. Estos factores son los que ofrecen la posibilidad de dominación que tienen unos sobre la mayoría; incluso en ocasiones se ha pensado que la principal actividad del sector intelectual es la de legitimar las acciones de los poderosos a través de sus opiniones y consejos para que se hagan las cosas de manera apropiada, aunque no siempre ocurre de tal manera.

Una de las características que legitiman la labor de los intelectuales es el asumir posturas independientes para poder realizar su trabajo de manera más pura y espontánea, sin permitir que nadie los coaccione en sus juicios. Esta actitud no los hace populares ni famosos, sino que les ofrece la oportunidad de ofrecer resistencia y de poner en tela de juicio las imágenes, los discursos oficiales y las justificaciones del poder. Lo cual le abre dos caminos, el primero de ellos lo aísla, lo que provoca que se vuelva un intelectual segregado de las esferas del poder; mientras que el segundo, hace del intelectual un individuo al servicio de diversas causas, ya sean sociales, económicas y políticas.

Las actividades, el discurso y el deber ser de los intelectuales han sido motivo de varias teorías. Hay una infinidad de ejemplos que podrían darnos una imagen clara acerca de la función de los intelectuales, pues desde hace mucho se intenta dilucidar cuál es en realidad la labor de este grupo. Sin embargo, dos personajes han sido el estandarte de diferentes concepciones de pensamiento de lo que debe ser el intelectual, éstos son Antonio Gramsci y Julien Benda, quienes a pesar de ubicarse tanto en épocas como en situaciones distintas, se han transformado con el paso del tiempo en dos figuras arquetípicas, ya que a raíz de sus enunciados se ha establecido todo un debate a partir de las nociones que proponen y sus postulados son representativos para diferentes pensamientos.

Antonio Gramsci escribió en los *Cuadernos de la Cárcel*¹⁰ una importante definición acerca de las actividades que debía realizar un intelectual. Este autor aseveró que el intelectual debía estar ampliamente relacionado con el poder político para tener una amplia ingerencia en las decisiones que los gobernantes tomaran.¹¹ De esta manera se lograría que el pueblo estuviera representado por los intelectuales y obtener beneficios para la masa; por tanto se puede ubicar al intelectual que propone Antonio Gramsci como el ‘intelectual comprometido’ ya que este apuesta porque haya una estrecha relación entre el compromiso político y el compromiso intelectual.

Desde un horizonte de enunciación distinto, Julien Benda en su libro *Le trahison de les clercs*¹² dio a conocer que los intelectuales son todos aquellos hombres cuya actividad está alejada de cualquier fin práctico; que su mayor anhelo debería ser ejercer el arte, la ciencia o cualquier actividad metafísica. Afirma que por ninguna razón deben estar ligados a algún tipo de obligación y que su labor no debe estar encaminada al servicio de las masas como en el caso del intelectual que proponía Gramsci. Para Benda los intelectuales no escriben ni trabajan para la multitud sino que su labor es para unos cuantos, aquellos iniciados en un mismo lenguaje y poseedores de igual inteligencia. Por lo tanto, el intelectual defendido por el filósofo francés no debería mezclarse en asuntos relacionados con problemas terrenales como la política. Benda propuso el término *clercs*, pues su concepción era que los intelectuales son *clérigos* que defienden lo espiritual en contra de lo material aún en menoscabo de su propia persona.¹³

Entre los pensadores posteriores a Benda y a Gramsci se halla Norberto Bobbio, quien se ha dedicado a debatir acerca de la figura del intelectual y que también ha realizado estudios

¹⁰ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la Cárcel*, edición crítica del Instituto Gramsci, México, Era, 1981.

¹¹ La categoría que Gramsci propuso del intelectual orgánico dice que los intelectuales desde dentro del poder tienen la facultad de trabajar orgánicamente a favor del proletariado; en la interpretación gramsciana los intelectuales tienen la tarea de construir a su vez un nuevo intelectual que se pueda convertir en líder, a imagen y semejanza de Lenin.

¹² Julien Benda, *La traición de los intelectuales*, Chile, Editorial Ercilla, 1941.

¹³ Laura Baca Olamendi, *Bobbio: los intelectuales y el poder*, México, Editorial Océano, 1998, p. 44.

acerca de la representación y función de este. Para el pensador italiano, el intelectual es el sujeto que:

no hace cosas sino que reflexiona sobre las cosas [...] y que sus instrumentos de trabajo no son las máquinas sino las ideas” y la tarea que deben cumplir es la de “incitar, exaltar, fomentar, persuadir y disuadir, aconsejar, convencer, amenazar y aterrorizar, educar y maleducar, liberar y oprimir [...] y naturalmente, también, algunas veces hacer reflexionar.”¹⁴

A raíz de esta cita, me parece que puede observarse una confluencia de los postulados tanto de Julien Benda como de Antonio Gramsci, en la definición del autor italiano. Para Bobbio la materia prima del intelectual son las ideas, es decir, el mundo espiritual, tal como afirmara Benda; pero al mismo tiempo asevera que su función es la de ser "consejero del príncipe", acercándose también a la definición gramsciana. Bobbio estableció una tipología acerca de estos personajes de acuerdo a su actuación frente a la cultura y la política; pero sobre todo insistió en la cuestión de que el estudio del intelectual ocurre en un contexto y momento histórico determinados. Para Bobbio la función del intelectual está determinada por el espacio y el tiempo que le toque vivir, poniendo como un claro ejemplo de sus estudios las acciones llevadas a cabo por intelectuales del fascismo y de la resistencia italiana.

Más exactamente se puede decir que son intelectuales todos aquellos que de “hecho o de derecho” en un determinado periodo histórico y en precisas circunstancias de tiempo y de lugar, son considerados los sujetos a los cuales ha sido asignada la función de elaborar y difundir conocimientos, teorías, doctrinas, ideologías, concepciones del mundo o simples opiniones, las cuales constituyen los sistemas de ideas en una determinada sociedad.¹⁵

La tipificación que presenta Bobbio se deriva de la función de los intelectuales y la relación que establecen con el poder político. Este filósofo presentó cuatro categorías, “el intelectual puro”, “el intelectual educador”, “el intelectual revolucionario” y “el filósofo militante”, individuos que conservan la misma actividad de pensar y reflexionar sobre las problemáticas de

¹⁴ Laura Baca Olamendi, *Bobbio: los intelectuales y el poder...*, p. 55.

¹⁵ Laura Baca Olamendi, *Bobbio,...*, p. 75.

su sociedad, pero que utilizan diferentes medios para conseguir sus fines, tanto políticos como ideológicos.

En la primera clasificación se ubican aquellos personajes que no tienen compromiso alguno con el poder y proclaman el más absoluto desinterés por participar en la política. En este grupo Bobbio enmarcó a hombres como Julien Benda, Romain Rolland, Max Weber y Benedetto Croce, quienes colocaron siempre a la cultura por encima de la política subordinando ésta a los intereses de aquella. Para el segundo tipo, es decir, el que comprende al “intelectual educador”, Mannheim y Ortega y Gasset son los ejemplos más representativos, ya que éstos aceptaban tener algún acercamiento con el poder político y su función era la de ser los encargados de legitimar, justificar o certificar las acciones de quienes tuvieran el poder en sus manos. Consideraban que la política era el medio más eficaz para alcanzar los fines de la cultura; y así lograr que mediante su acercamiento al poder, tuvieran la oportunidad de instrumentar acciones que permitieran educar a la masa, es decir, se asumen como los encargados de promover el desarrollo de la sociedad.

El “intelectual revolucionario”, tiene un compromiso total con la política, pero establece una íntima relación con la cultura, en la cual esta última debía subordinarse al servicio de la primera. Gramsci sería el representante más fiel de esta concepción, ya que él pensaba que sólo desde dentro del poder el intelectual podría cumplir con mayor acierto su tarea de dirigir a las masas. En cambio, “el filósofo militante” considera lícita su participación en el poder pero siempre teniendo claro que su actividad es la de un hombre de ideas; por lo cual dice Bobbio que este grupo tiene una naturaleza diferente ya que convoca a luchar en una u otra forma contra el poder con lo cual logra convertirse en un crítico pues se considera antagónico natural del poder.¹⁶

Edward W Said en su texto sobre las *Representaciones del intelectual*¹⁷ escrito en 1996, retomó las opiniones de Gramsci y de Benda, y los utilizó como el canon al cual ceñir las actividades de lo que a su parecer debía ser el intelectual. Said se ocupó de mostrarnos la

¹⁶ Laura Baca Olamendi, *Bobbio, op. cit.*, p.75.

¹⁷ Edward W. Said, *Representaciones del intelectual*, España, Paidós, 1996.

división que el filósofo italiano estableció entre dos tipos: el primero se constituye por intelectuales tradicionales, mientras que el segundo grupo se conforma por intelectuales orgánicos, los cuales –en opinión de Antonio Gramsci– se vinculan con organismos que se sirven de los intelectuales para organizar intereses, aumentar el poder y acentuar el control que ya ejercen:

Gramsci pensaba que los intelectuales orgánicos se implicaban activamente en la sociedad [...] los intelectuales orgánicos están siempre en movimiento decididos a sacar partido de una situación.¹⁸

Según Said, los intelectuales deberían de ser individuos cabales dotados de una poderosa personalidad y por encima de todo debían aparecer en un estado de permanente oposición al *status quo*.¹⁹ Otra opinión de Said sobre los intelectuales es que su misión se encontraba más allá de ser parte de un sistema que les dispense su favor, por el contrario deberían actuar en contra de la domesticación que de ellos quisiera hacer el gobierno u otras instituciones de poder. La obligación de los intelectuales era la de tener una franca y valiente oposición ante situaciones con las cuales no estuviera de acuerdo; dice que todos los hombres pueden ser intelectuales, pero no todos son llamados a ocupar ese lugar en la sociedad y puntualizó que cada intelectual es de su tiempo.

Said nos muestra también otra faceta del deber ser del intelectual que provenía de Julien Benda. De él, Said retomó la idea de que la misión de los intelectuales era una actividad intangible, que no se guiaba por elementos prácticos, mediante la cual quisiera obtener beneficios para su persona, sino que su mayor retribución era el gozo que les proporcionaba el arte. No obstante esta afirmación, Said apuntó que Benda no mantenía en una torre de marfil a su tipo ideal de intelectual sino que le confería la obligación de enfrentarse a aquellos que hicieran un uso indebido de su poder, aun en perjuicio de sus intereses personales:

¹⁸ Edward W. Said, *Representaciones*, .p. 24.

¹⁹ Cita tomada por E.W: Said del libro de Julien Benda *La traición de los clérigos en Representaciones del intelectual...*, *op. cit.*, p. 23

Los auténticos intelectuales nunca son más ellos mismos que cuando, movidos por una pasión metafísica y por desinteresados principios de justicia y verdad, denuncian la corrupción, defienden al débil, se oponen a una autoridad imperfecta u opresiva.²⁰

En una discusión mucho más contemporánea y dentro del campo de la sociología se halla Pierre Bourdieu quien dio a conocer nuevas concepciones acerca de la función del intelectual. Él sostiene que la labor del intelectual es mantenerse alejado de la dirección de cualquier tipo de poder y que no debe justificar su existencia poniendo su servicio a las órdenes de los demás. Afirma que tienen que ser lo que son, producir opiniones y dar a conocer su visión del mundo, así como también tratar de mantenerse en la autonomía más absoluta con respecto a los poderes, para asegurar que tienen libertad de expresión absoluta.²¹ Bourdieu apuesta porque los intelectuales tengan la capacidad de constituirse en un grupo que oponga resistencia al campo del poder, a pesar de hallarse dentro de ese mismo ámbito. Dice que hay situaciones en que los escritores “menores o marginales”, quedan fuera de la selección de artistas y escritores reconocidos, permaneciendo total o parcialmente eliminados de la estructura del campo de poder en el que estén inmersos.

Desde esta postura, Bourdieu pugna porque el sector intelectual tenga una independencia absoluta con respecto a las esferas de poder, para que así tengan la suficiente claridad en sus juicios respecto de diversas situaciones. Hace hincapié en que la clase intelectual no debe limitarse a reflexionar sobre problemáticas locales, que sólo le afecten a él y a su nación, sino que deben también estar atentos a lo que acontece en otros ámbitos y dar sus opiniones como hombres preocupados por la sociedad sin tomar en cuenta que sean de una patria diferente de la suya.

[Los intelectuales] no son los portavoces de lo universal, menos todavía una “clase universal”, pero sucede que por razones históricas, tienen frecuentemente *interés en lo universal*.²²

²⁰ Idem, pp. 24-25.

²¹ Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, Argentina, Editorial Eudeba, 2000, pp. 171-172.

²² Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder...*, p. 172.

Después de revisar varias posiciones y concepciones de los autores a los cuales se ha recurrido para saber acerca de la función, del deber y de la interpretación de los intelectuales se puede ver que dichas nociones surgen de diferentes posturas que enriquecen la discusión entablada entre pensadores de antaño y contemporáneos. Se observa que uno de los elementos más importantes y que se halla presente en las definiciones de Norberto Bobbio, Edward W. Said y Pierre Bourdieu es la que se refiere al tiempo y espacio en los cuales trabaja el intelectual. Siguiendo a Bobbio, cada intelectual, así como su actuar y su decir van a estar ampliamente influidos por las circunstancias históricas en las que desarrolla su trabajo, pues de eso depende su actitud frente a las problemáticas que le rodean.

EL INTELLECTUAL MEXICANO (1920-1930)

A lo largo de la historia mexicana también se ha tenido la oportunidad de observar el papel que los intelectuales asumieron en diferentes momentos históricos. Existen ejemplos del trabajo de estos intelectuales como en el caso de Luis Cabrera quien estuvo al lado de Venustiano Carranza, o el de Otilio Montaña que, junto con Emiliano Zapata, redactó el Plan de Ayala. Estos intelectuales tuvieron sobre sí la tarea de justificar, explicar e interpretar el sentido de la lucha armada de los dos jefes revolucionarios.²³

En el momento histórico que analizo, es decir, las décadas de 1920 y 1930, la postura que tomaron los llamados intelectuales de la época posrevolucionaria estuvo íntimamente ligada a las circunstancias que vivían. En esos años, el gobierno estaba reconstruyendo a la Nación, después del marasmo en el cual cayó a partir de la revuelta armada y puso en marcha las reformas que se hicieron en diversos órdenes, incluido el ámbito de la cultura. Para esto se hizo un llamado a todos los sectores de la población para que cada uno contribuyera desde sus propias áreas a lograr este propósito común. El gremio intelectual y artístico no quedó impasible ante la petición que el gobierno les hacía.

Los intelectuales mexicanos estaban convencidos de que debían comprometer su obra para ayudar en el proyecto de reconstrucción que el gobierno implementaba. Varios de ellos fueron llamados para concretar desde el arte, las políticas de la administración obregonista.

La tarea más importante fue la de reconstruir al país en todos los sectores, se llamó a los intelectuales *para que reorientaran al pueblo mexicano en un futuro abierto por la Revolución Mexicana*.²⁴

Cuando Álvaro Obregón llegó al poder le imprimió una gran importancia a los rubros de educación y cultura, por tal motivo nombró a José Vasconcelos como el encargado del organismo desde el cual se implementaron todas las reformas necesarias para llevar la educación y la cultura a la gran mayoría de los mexicanos. El nuevo ministro creó la Secretaría de Educación Pública en 1921 y desde ahí dirigió las acciones para lograr el objetivo que le había encargado el presidente Obregón. Algunos de los ejemplos de esta cruzada educativa fueron las misiones culturales, la creación de las normales rurales, las campañas de alfabetización y el intento de establecer bibliotecas públicas que se llenaron de libros de autores clásicos. Una de las medidas más importantes que tomó Vasconcelos fue el llamado a los pintores muralistas. Mediante su arte transmitirían al pueblo un poco de la historia del país a través de las numerosas obras que realizaron bajo el auspicio del Secretario de Educación, específicamente en los edificios públicos como Palacio Nacional, la Escuela Nacional de Agricultura y la Secretaría de Educación Pública.

Las acciones que se llevaban a cabo tenían como único fin darle un nuevo sentido a la Nación Mexicana, dotarla de una imagen moderna que en gran medida contrastara con el atraso que significaba el porfiriato²⁵ para los constructores del México de la era posrevolucionaria. En este contexto surge –dice Mary Kay Vaughan– la gama cultural de la Revolución mexicana contando con las grandes figuras de pintores, escritores y en general de la clase que desde nuestro horizonte consideramos como la élite intelectual emanada de la Revolución. Entre esta destacan las figuras de Diego Rivera, Frida Kahlo, José Clemente

²³ John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Editorial Siglo XXI, 1994.

²⁴ La opinión de Enrique Florescano está tomada de *Los intelectuales y el Estado en México...* de Camp al cual ya nos hemos referido anteriormente, p. 98.

²⁵ Aquí hay que hacer patente que el atraso al que me refiero, es el que los revolucionarios le imputaban al porfiriato, en un afán de asumirse ellos mismos como lo nuevo, lo revolucionario, lo moderno, siempre en menoscabo del régimen anterior, que a pesar de todo el discurso negro que pesaba sobre él, es innegable que México accedió a cosas nuevas, al menos en el ámbito de la tecnología, durante el tiempo de Porfirio Díaz, aunque si se mira con detenimiento fueron muy pocas las cosas que tuvieron un cambio radical con relación al porfiriato.

Orozco, Carlos Chávez, Mariano Azuela, el propio Vasconcelos y tantos otros que pusieron su arte e inspiración al servicio de la reconstrucción de México.²⁶

La mayoría de los intelectuales de la época asumían como propia la gran tarea de servir al pueblo, de contribuir al desarrollo de la Nación, que se suponía era el beneficiario de la lucha armada. Los esfuerzos estaban encaminados a rescatar lo nacional, "lo auténticamente mexicano", se apostaba por el regreso a "lo nuestro", que seguía conservando en esencia un proyecto de nación proveniente de la tradición decimonónica.²⁷ Un claro ejemplo del intento por cimentar lo que se suponía y se tenía como "lo nuestro", son los análisis que desde este tiempo hiciera Samuel Ramos en *El perfil del hombre y la cultura en México* para poder entender, mediante un estudio con un sustento científico, qué significaba lo mexicano y cuáles eran las características del mexicano.²⁸

El trabajo que estos intelectuales desarrollaban estaba en gran medida influenciado por las ideas que llegaban al país desde otras latitudes, específicamente de la Unión Soviética, después de su revolución de 1917, por la cual se le consideró como el faro que guiaba las acciones de algunos intelectuales mexicanos. Éstos se asumían como parte fundamental del proyecto restaurador, por lo tanto trabajaban porque uno de los aspectos más sobresalientes de la institucionalización del gobierno emanado de la Revolución Mexicana lograra concretarse, es decir, darle forma y sustento a la Nación así como la conformación de una identidad. De esta forma, se estableció un fuerte lazo entre algunos ideales comunistas y las ideas que en el México de los años veinte se asumieron como las necesarias para la renovación del país.

²⁶ Mary Kay Vaughan, *La política cultural en la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México 1930-1940*, México, Secretaría de Educación Pública / Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 13. Me parece que sería importante hacer notar que aún en estudios muy recientes como el de Vaughan se sigue conservando la idea de que toda la élite intelectual, estaba comprometida con un mismo y único proyecto, sin embargo habría que investigar que tan cierta es la aseveración de que todos estaban encaminados a conseguir un ideal en conjunto.

²⁷ Me refiero a la búsqueda de lo mexicano, que se ve representada en trabajos como los de Diego Rivera y sus murales en diversas dependencias de gobierno, así como en escritores, que al estilo de Mariano Azuela y su clásico *Los de Abajo*, intentaban presentar la realidad del país.

²⁸ Una síntesis de todos estos acercamientos al significado de la psique del mexicano se van a ver concretados en el libro de Octavio Paz *El laberinto de la Soledad*, que si no el único, si es el que resume de manera clara las discusiones que desde los veinte y años posteriores se hicieran acerca de la cosmovisión e identidad de lo mexicano. Actualmente contamos con estudios como el de Alan Riding *Vecinos distantes. Un retrato de los mexicanos* y el de Roger Bartra *La jaula de la melancolía*.

Los intelectuales que se percibían a sí mismos como revolucionarios tenían muy claro que el binomio arte y revolución era indivisible, pues no se concebía un arte que no sirviera a la revolución ni una revolución que no fuera el tema principal del arte. Raquel Tibol nos ofrece un testimonio de esta situación en el libro *Diego Rivera. Arte y Revolución*,²⁹ en el cual hace una amplia recopilación acerca de los escritos, acciones y trabajos que Diego Rivera realizaba para servir ampliamente a la obra casi sagrada de la Revolución. Para él como para otros personajes era inconcebible que la pintura, la escritura, la música no se utilizaran como medios para instruir al pueblo. La acción de los intelectuales era la de trabajar como obreros para la construcción del nuevo régimen. Así como este caso hay muchos otros en los que se entabló una discusión profunda que comprendía varios aspectos acerca del desempeño del trabajo de intelectuales y artistas.

Por esta razón, cualquier manifestación disidente a la opinión de los intelectuales revolucionarios se tomaba de manera deplorable; quienes defendían discursos contrarios a la ideología predominante se les adjudicaba un sin fin de calificaciones peyorativas y se les consideraba traidores a la causa del pueblo. Según los escritos que se observan en el libro de Tibol, Diego Rivera relata como era acusado por parte de otros intelectuales (como por ejemplo Siqueiros) de no estar realmente comprometido con los postulados y obligaciones que, en su caso, el Partido Comunista estableció y de manera particular se acusaba a quienes no se ponían al servicio del proletariado al cual era indispensable otorgarle la mayor atención.³⁰

²⁹ Raquel Tibol, *Diego Rivera. Arte y Revolución*, Selección, prólogo y notas de Raquel Tibol, México, Grijalbo, 1978.

³⁰ Las ideas acerca del deber ser del intelectual revolucionario provenían de autores marxistas como es el caso de Antonio Gramsci de quien supongo tenían conocimiento los intelectuales revolucionarios y comprometidos de la época. En los *Cuadernos de la Cárcel*, Gramsci elaboró una compleja teoría acerca de las actividades que debía realizar un intelectual así como también él tenía la convicción de éste debía estar ampliamente relacionado con el poder político. Para lograrlo se debía tener una mayor participación en las decisiones de los gobernantes, para que así el pueblo pudiera estar representado por los intelectuales y se obtuvieran beneficios para la masa.

El apartado dedicado a los intelectuales mexicanos, nos remite de nueva cuenta a las ideas desarrolladas por los pensadores a los que se ha hecho referencia, es decir, se comprueba que los intelectuales responden a las necesidades y características de su circunstancia histórica. Si bien esta introducción ofrece al lector un abanico de posibilidades acerca de la función y de la labor de los intelectuales, el cometido principal de la tesis es observar el análisis que se elaboró a partir de los prejuicios que fui adquiriendo a lo largo del proceso de investigación y escritura de esta tesis.

Las líneas anteriores sólo pretenden bosquejar una idea de lo que se encontrará al interior del trabajo. Por lo tanto, sin mayores preámbulos pongo a consideración los resultados obtenidos de la investigación en la cual sobresale la idea de que una obra tiene tantos sentidos como lectores tenga, lecturas ampliamente influidas por el momento en que se lleve a cabo esa apropiación de la palabra cifrada en textos. Por último, estamos ante la construcción historiográfica de un intelectual que si bien perteneció y estuvo allegado a algunos sectores del aparato gubernamental, plantea un discurso crítico que será posteriormente resignificado y tendrá una recepción que dista mucho de las opiniones merecidas en el mismo momento en que dicho discurso fue elaborado.

Capítulo 1: Recepción de la obra cuestiana

El caso de Jorge Cuesta, escritor y poeta de los años veinte y treinta, se tomó como la piedra angular sobre la cual se basó la construcción del imaginario del intelectual ideal. Esta construcción remite a la de un individuo que tiene ideales sublimes, que permanece alejado de los poderes temporales y mundanos. Entre las razones más importantes que hicieron de Cuesta el modelo del intelectual están su escritura, su actuación frente al poder político, pero sobre todo, las lecturas que se hicieron de su obra en momentos posteriores al tiempo de escritura de Cuesta.

En las páginas siguientes, presento algunas de las cuestiones que mediaron la lectura que los intelectuales de la década de los sesenta hicieron de la obra de Jorge Cuesta. Entre estas se encuentran las circunstancias políticas, sociales e incluso las nuevas corrientes historiográficas que aparecieron en la década de 1950 y 1960. Este contexto propició las condiciones necesarias para transformar a Jorge Cuesta en el arquetipo del intelectual "puro", independiente y descastado, pero, a la vez, preocupado por la problemática de su realidad.

En este capítulo, se presenta cómo aparecieron nuevas formas de vinculación y de confrontación entre gobierno e intelectuales, las cuales dieron paso a que se suscitara reinterpretaciones novedosas de la historia del México de mediados de siglo XX. Una consideración importante es que la finalidad de este capítulo no es hacer una historia intelectual, sino que su objetivo es plantear bajo qué expectativas se leyó el discurso cuestiano, enfocándose en un primer momento a refigurar a Cuesta como intelectual, "rescatándolo" como persona, pero sin analizar a profundidad su ensayística.

LA REVOLUCIÓN A REVISIÓN

En las décadas de los cincuenta y los sesenta, las continuas disensiones entre el régimen y la sociedad civil provocaban que la situación se tornara cada vez más difícil en el medio político. El sector intelectual, buscó un discurso distinto, uno que formulara cuestionamientos a lo que hasta ese momento se consideraba la historia oficial. Los intelectuales buscaron comprender su realidad mediante conceptos novedosos, desde prácticas de escritura que tenían estrecha relación con estas nuevas formas de hacer historia.

Como respuesta a esta inquietud, en el ámbito académico surgió una nueva forma de analizar la Revolución Mexicana, la llamada historiografía revisionista. Esta nueva mirada observó el proceso revolucionario desde una perspectiva novedosa; lo alejó del discurso histórico tradicional, que veía la Revolución como un proceso renovador con respecto al antiguo régimen porfirista. Esto significaba algo inusual para los mismos estudiosos: los resultados de la revolución de 1910 se estaban poniendo en tela de juicio.

La historiografía revisionista cuestionó los éxitos de la Revolución Mexicana, le quitó la imagen que hasta los cincuentas y sesentas había predominado: es decir, la idea de que la Revolución había sido una sola, que todos los participantes habían luchado por la misma causa y que habían perseguido los mismos objetivos. La publicación de textos como los de John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana* (1969), libro que se ha convertido en clásica referencia para entender la lucha revolucionaria en el Estado de Morelos y el de James D. Cockroft *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana* (1979),³¹ inauguraron una etapa diferente de observar los resultados y los imaginarios de la guerra civil de 1910. Gracias a investigaciones como la de Womack y Cokcroft, se tuvo la posibilidad de conocer a otros personajes de la gesta revolucionaria como la gente del campo, a los obreros, el trabajo de las mujeres; en suma, se ofreció un discurso diferente al que hasta entonces se había manejado como la Historia de la Revolución.

La corriente revisionista de la historiografía nacional emergió a partir del libro de John Womack sobre el zapatismo aparecido en 1965 en los Estados Unidos, que vino a cuestionar la interpretación usual de que la revolución mexicana había sido un hecho nacionalista, popular y epopéyico, lineal y homogéneo. Emergieron entonces los actores y sujetos sociales que habían condicionado que la Revolución fuera un conjunto de proyectos, movimientos sociales y programas políticos heterogéneos, bases desde las cuales podría reinterpretarse la historia contemporánea de México.³²

³¹ John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Editorial Siglo XXI, 1994 y James D. Cockroft, *Precursores Intelectuales de la Revolución Mexicana (1900-1913)*, México, Siglo XXI, 1968.

³² Marco Velázquez, *La historiografía revisionista. Parte 1: Crisis y los nuevos horizontes*, Cuadernos de posgrado/Maestría en Historiografía de México, México, Universidad Autónoma Metropolitana- Azcapotzalco, 1999.

Aunada a la corriente revisionista se le dio mayor énfasis a la historia local y regional, la cual estudió la participación de distintas regiones de la República Mexicana. Dentro de esta corriente se inscribe la obra de Luis González, quien se dedicó a historiar el movimiento armado en su pueblo natal, encontrando que la revolución, lejos de las grandes hazañas, había sido un detonador de hambre, bandidaje y descontrol dentro de su comunidad.³³

En buena medida, aunque lejos de ser lo único, este proceso renovador dentro de la escritura de la historia, sirvió para que los intelectuales se percataran de la existencia de otros horizontes y escenarios dentro de su devenir histórico. Atrás quedaban los discursos homogenizadores y lineales que marcaban un mismo derrotero; por el contrario, nuevas expectativas se formaron dentro del imaginario de la época. Se hacía necesario encontrar una imagen que sirviera como paradigma de la labor que se les encomendaba como pensadores dentro de su sociedad.

INTELECTUALES VERSUS GOBIERNO

Hasta los años cincuenta, las relaciones establecidas entre el intelectual y el gobierno estaban regidas por varios motivos entre los que se hallan los económicos, los ideológicos y los políticos, pues el hombre de ideas se veía obligado a buscar empleo en el sector público para lograr subsistir, pues su trabajo no era muy demandado en el sector privado y era más difícil vivir por medio de un trabajo independiente. Saúl Jerónimo afirma que los intelectuales mexicanos en ocasiones se habían agrupado buscando defender una posición frente al Estado, mientras que otras se constituían en grupos que habían optado por dos caminos, ser censores o benefactores dentro de su mismo ámbito y que en otros momentos su preocupación se centraba en diferenciarse o bien tomar distancia de grupos distintos a los cuales ellos pertenecían.³⁴

A partir de los movimientos sociales que se dan en los años cincuenta y sesenta, los intelectuales mexicanos se dieron a la tarea de mostrar un talante mucho más crítico. Gente como Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero y Francisco López Cámara intentaron

³³ Thomas Benjamin, *La Revolución Mexicana. Memoria, mito e historia*, México Editorial Taurus, 2003, p. 212.

³⁴ Saúl Jerónimo, "Octavio Paz en la obra de Pablo González Casanova" ensayo inédito, p. 7.

cambiar algunas cosas desde el seno mismo del gobierno. Otros se volvieron mucho más radicales y se integraron a organizaciones como la del Movimiento de Liberación Nacional o el Partido Comunista Mexicano. Hubo algunos más que participaron desde la academia con sus ensayos, artículos e incluso desde la docencia como en el caso de Pablo González Casanova, que iniciaron su búsqueda para saber quiénes eran los intelectuales y para qué o por qué era necesaria su presencia.³⁵ Aunado a esto, los intelectuales iniciaron el cuestionamiento a un gobierno que distaba mucho de aquel que años atrás, ellos mismos habían ayudado a cimentar. Tales cuestionamientos superaban los ámbitos políticos e históricos, y se alcanzaron otras esferas tales como la literatura, la sociología y las expresiones artísticas. Por su parte, Arnaldo Córdova y Adolfo Gilly, destacados historiadores y politólogos, no estaban dispuestos a suscribir el discurso de la revolución popular, agraria, nacionalista y antiimperialista que daba sustento al gobierno mexicano de los años sesenta.³⁶

Las circunstancias tanto políticas como sociales influyeron de manera contundente para que las relaciones establecidas entre sociedad y gobierno se resquebrajaran ante los sucesos que ocurrieron desde los años cincuenta hasta finales de la siguiente década, lo que dio pauta a que se plantearan nuevas interrogantes que buscaban su respuesta en el pasado. En la política, el escenario se volvió cada vez más tenso, las relaciones entre gobierno y sociedad se tornaban difíciles; hubo una separación cada vez más honda entre los espacios de la política y los proyectos culturales.

El gobierno condenó cualquier manifestación política divergente, acusaba a obreros, políticos e intelectuales de ser agentes contrarrevolucionarios y provocadores internacionales. A partir de 1958, la actitud hostil del aparato gubernamental propició que no pocos intelectuales y políticos analizaran el término “revolucionario”, pues se encontraban frente a una nueva cara del gobierno que se mostraba autoritario. Daniel Cosío Villegas afirmaba

³⁵ Saúl Jerónimo, “Octavio Paz en la obra de Pablo González Casanova”, *op. cit.*, p. 4. El autor afirma que muchos de los intelectuales a quienes se les consideraba representativos del pasado eran Samuel Ramos, Jorge Cuesta, Daniel Cosío Villegas, José Gaos, Alfonso Reyes y Edmundo O’Gorman, quienes habían asentado las piedras angulares de las ideas que sustentaban los intelectuales de los años cincuenta, sesenta y setenta. Saúl Jerónimo, “Octavio Paz en la obra de Pablo González Casanova”, *op. cit.*, p. 4.

³⁶ Pedro Salmerón Sanginés y Pablo Serrano Álvarez, “El auge de la historiografía política regionalista en México, 1968-2000. Revisionismo y análisis político”, en *Secuencia*, México, Instituto Mora, Núm 57, septiembre-diciembre 2003.

en 1974, en una apreciación de lo que había sucedido años atrás, que la oposición a los lineamientos establecidos por el gobierno era algo impensable:

A esto debe agregarse que desde 1946 se hizo del desarrollo económico la meta principal o única de la ocupación y preocupación del Estado y aun de todos los mexicanos. Una meta tan levantada, y cuyo logro iba a beneficiar por parejo no podía admitir un rechazo y ni siquiera vacilación. En fin, la incuestionable estabilidad política y el no menos incuestionable progreso material alcanzados, *crearon una atmósfera de complacencia en que cualquier voz disidente hubiera sonado a grito destemplado.*³⁷

Aunque es imposible hablar de un gobierno monolítico y sin cambio alguno entre el horizonte desde el cual Cosío Villegas escribió, es decir en 1974, y el momento que analiza en su comentario, 1946, se consideraba negativo que hubiera discordancia entre intelectuales y gobierno, pues se suponía que todo debía conducir a un mismo fin, el engrandecimiento de la cultura nacional. Sin embargo, la afirmación que hizo Cosío Villegas, nos da una idea sobre la imagen que tenían los intelectuales de la época con respecto al gobierno, que se había dado a la tarea de encarcelar a quienes tuvieran el atrevimiento de contradecirlo y de exigir mínimas libertades políticas.

En el contexto social los problemas se acrecentaron ante las numerosas huelgas en ámbitos como el médico, el magisterio, en suma, la naciente clase media, aunado al de los obreros calificados, como los ferrocarrilero, electricistas, telegrafistas provocaron que el gobierno respondiera con batallones del ejército, encarcelamiento de los líderes huelguistas y otras acciones represivas como el despido masivo de obreros.³⁸ Estos sucesos durante los periodos presidenciales de Ruiz Cortines y de Adolfo López Mateos daban cuenta de las condiciones en que el gobierno tenía a los trabajadores del Estado, pues muchas veces el motivo principal de las huelgas eran los bajos salarios que percibían.³⁹

³⁷ Daniel Cosío Villegas, "Pasan atropelladamente periódicos, gobierno e intelectuales", *Plural*, 29, abril, 1974, p. 61. Las cursivas son mías.

³⁸ José Luis Reyna y Raúl Trejo Delarbe, *La clase obrera en la historia de México. De Adolfo Ruíz Cortines a Adolfo López Mateos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988, pp. 79-85.

³⁹ Para conocer con mayor profundidad las huelgas que se suscitaron durante las décadas de 1950 y 1960, remitimos al lector a José Luis Reyna y Raúl Trejo Delarbe, *La clase obrera en la historia de México. De*

La sociedad se da cuenta de que las expectativas que tenían de cambio y mejoras sociales no habían sido totalmente satisfechas. Para remediar dicha situación, surgen nuevas formas de protesta, se pasó del grito destemplado a la creación de organizaciones y manifestaciones mucho más articuladas, que en cierta medida amenazaban la estabilidad política del sistema.⁴⁰ Enrique Semo describe el panorama que se vivía en aquella época:

En 1959, centenares de obreros e intelectuales abarrotaban las cárceles. Siqueiros, Mata, Encinas, Hilario Moreno. La lista era larga. Entre los detenidos se encontraban dos dirigentes ferrocarrileros, Valentín Campa y Demetrio Vallejo, cuyo castigo, habría de ser una enseñanza para todos los que osaran subvertir la “paz revolucionaria” del país.⁴¹

Durante los años sesenta, la situación se volvió más tensa, las continuas protestas de parte de algunos sectores populares, eran prueba innegable de su descontento por el incumplimiento de las promesas que habían hecho los gobiernos emanados de la Revolución. El contexto social estaba muy agitado porque la distribución de la riqueza no era equitativa y se acentuaban la falta de educación, vivienda, salud, lo que propició un malestar general entre la sociedad mexicana.⁴²

En abril de 1960, las oficinas de los partidos políticos de izquierda, entre los que se contaban el Partido Comunista, el Partido Popular y el Obrero Campesino, fueron allanadas por la policía; varios de sus dirigentes fueron aprehendidos y privados de su libertad, acusados de disolución social.⁴³ El alejamiento se vio mucho más claro a raíz de los sucesos de Tlatelolco, cuando el gobierno mexicano utilizó medidas represivas en contra del sector estudiantil universitario,⁴⁴ lo que sentó las bases determinantes para establecer una nueva

Adolfo Ruíz Cortines a Adolfo López Mateos (1952-1964), vol. 12, México, Instituto de Investigaciones Sociales/ Universidad Nacional Autónoma de México, 1988 [4ª. Edición].

⁴⁰ Enrique Semo, *México un pueblo en la historia/4*, México, Universidad Autónoma de Puebla/Editorial Nueva Imagen, 1982 p. 54-55.

⁴¹ Enrique Semo, *México, un pueblo en la historia/4...*, *op. cit.*, p. 56.

⁴² Roderic A. Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, *op. cit.* p. 27.

⁴³ Enrique Semo, *México un pueblo...* *op. cit.*, p. 56.

⁴⁴ Aunque hay varios antecedentes de acciones represivas en contra del sector estudiantil en todo el país, como la que tuvo lugar en Morelia en 1966, y así como este hay otros sucesos más. Al respecto *cfr.* Antonio Gómez Nashiki, "El movimiento estudiantil mexicano. Notas históricas de las organizaciones políticas 1910-1971" en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, CINVESTAV, enero-abril 2003, Vol. 8, núm. 17, pp. 187-220.

reinterpretación de las relaciones entre intelectual y gobierno. Los intelectuales ya no se mostraron dispuestos a tolerar acciones como la violenta represión ejercida en contra de estudiantes y de ellos mismos ya que ambos grupos eran parte substancial de la sociedad.

La acción del gobierno en contra del sector estudiantil, provocó reacciones de parte de algunos intelectuales como Octavio Paz y Carlos Fuentes. Ambos renunciaron a sus puestos como embajadores de la India y Francia respectivamente, después de enterarse de que el gobierno había acallado de una manera por demás violenta, las voces que cuestionaban su autoridad y legitimidad. Aunque el caso de Paz fue el más conocido, sería muy importante pensar en otros intelectuales, dirigentes estudiantiles y líderes obreros que veían que la actividad de pensar y cuestionar al gobierno se había convertido en un crimen que se pagaba, en el mejor de los casos, con la cárcel.

[...] la oposición al servicio público existente entre ciertos grupos educados y entre los propios intelectuales aumentó en los años sesentas, de modo que la unión al gobierno se convirtió en una renuncia obvia a sus ideas y a las organizaciones que representaban.⁴⁵

Los intelectuales veían mermada su independencia así como también su función crítica, y tenían claro que cada vez tenían menor injerencia en el poder debido a que sólo eran llamados para legitimar las acciones de éste. Esta cuestión se traducía en que eran sujetos de ser cooptados por ese mismo gobierno, quien, a pesar de revelar su faceta autoritaria, representaba una de las pocas opciones laborales y económicas.⁴⁶ Camp afirma que muchos intelectuales participaron en el gobierno ya fuese por el prestigio, la seguridad económica y sobre todo porque verdaderamente creían que de alguna manera lograrían influir sobre las decisiones del gobierno.⁴⁷

⁴⁵ Roderic A. Camp. *op cit.*, p. 29.

⁴⁶ Para profundizar en las circunstancias históricas de la década de 1960, véase el texto de Enrique Semo, *México un pueblo en la historia*, que ya se citó anteriormente, en especial los capítulos III y IV. En el capítulo III se describe la situación tanto económica, social y política del país que llevó al descontento a la sociedad mexicana y el capítulo IV se titula “1968: el desafío de la democracia”, en el que se narra las diversas manifestaciones de descontento tales como la huelga de médicos, la de los estudiantes y la actitud que muchos intelectuales tomaron en contra de las medidas represoras del Estado. Por otra parte, Camp también hace un análisis detallado en el capítulo X de *Los intelectuales y el Estado...*, donde valora las relaciones entre el intelectual y el gobierno mexicano durante la década de 1960 y en especial en 1968.

Con mayor frecuencia se reflexionaba acerca de cuál podía y debía ser la relación que había entre el intelectual y el gobierno.⁴⁸ Se pensaba que la actividad del intelectual estaba regida de acuerdo a los caprichos o intereses de los individuos en el poder desde los primeros días de la época revolucionaria. También se creía que los hombres de letras habían estado atados a la conveniencia de las diferentes facciones. El paso de los años no había logrado que existiera una postura crítica hacia el gobierno, con la cual se valoraran los pros y los contras de los grupos gobernantes. Por otro lado, las circunstancias políticas y sociales no habían dado margen a que hubiera una división del trabajo que permitiera la posibilidad de la existencia de un intelectual “puro”, es decir, aquél dedicado a sus tareas intelectuales, sin comprometer su manera de pensar ni de legitimar la actuación de alguno de los grupos encumbrados en el poder.⁴⁹

Los movimientos sociales ocurridos en los cincuenta y los sesenta fueron el reflejo de que las cosas no estaban tan bien como se proclamaba en los discursos políticos. Esta situación reveló lo que hasta entonces había estado oculto y callado: las promesas que habían hecho los gobiernos al término de las luchas armadas no se habían cumplido. Sólo algunos, aquellos que pertenecían a una minoría, disfrutaban de los beneficios que les otorgaba una relación cercana con el poder político, mientras que la gran mayoría del pueblo mexicano, continuaba en una deplorable condición económica y social.

Poco a poco, surgieron diversos espacios de expresión, como el propiciado por las industrias dedicadas a la cultura. Uno de estos casos, fue el de José Pagés Llergo quien fue expulsado de la revista *Hoy* por haber publicado una fotografía en la cual aparecía la hija del ex presidente Miguel Alemán y su esposo; este último observando a una bailarina semidesnuda. Por la publicación de esta imagen, Pagés Llergo fue reprendido y se vio obligado a renunciar. Este episodio derivó en la fundación de la revista *Siempre!*, la cual inició su tiraje el 27 de junio de 1953 comenzando sus actividades con la publicación de un artículo de Roberto Blanco Moheno, donde denunciaba la miseria campesina. Ponía al descubierto que las tan llevadas y traídas promesas hechas por el presidente Alemán al campesinado mexicano se habían

⁴⁷ Camp, *op. cit.*, p. 281.

⁴⁸ Daniel Cosío Villegas, “Pasan atropelladamente periódicos, gobierno e intelectuales”, *op.cit.* p. 61.

quedado sólo en la retórica y el tintero. En 1961, Fernando Benítez y los colaboradores del suplemento *México en la cultura* del periódico *Novedades*, fueron despedidos, por haber publicado unos poemas eróticos de John Donne, traducidos por Octavio Paz e ilustrados por Elvira Gascón. Benítez y su grupo encontraron asilo en *Siempre!*, la cual había logrado proseguir con su labor periodística gracias a su público lector y sin tener que depender de la subvención gubernamental.

Otro intelectual de la época, Gabriel Zaid, declaró en su artículo “Tres momentos de la cultura en México” escrito en 1975,⁵⁰ que en los sesenta la mayor gloria del Estado todavía seguía siendo el triunfalismo y la exaltación de lo nacional provenientes del discurso emanado de la Revolución. Zaid recuerda que la novela *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis, que presentaba una cultura de la pobreza y era una imagen contraria al triunfalismo mexicano, había sido impresa en el Fondo de Cultura Económica, a la sazón dirigida por Arnaldo Orfila, quien fue destituido de su puesto por haber permitido que se publicara esta novela que atentaba contra los discursos presidenciales donde se exaltaban los beneficios de la gesta revolucionaria.⁵¹

Ante su cese de actividades, Orfila decidió crear en 1966, junto con otros intelectuales una nueva casa editorial de iniciativa privada, a la que puso por nombre "Siglo XXI Editores". Esta acción representó una rebeldía tanto material como simbólica frente al gobierno al atreverse a tomar distancia de él y no retractarse de sus acciones por el temor a que se les retirara el apoyo del erario público, lo que se tradujo en una mayor independencia para poder publicar lo que este grupo editorial consideraba apropiado, y no sólo lo que cabía en la visión del Estado. Otra razón podría ser que muchos de estos intelectuales, como por ejemplo González Casanova, eran profesores de la Universidad, lo que propiciaba que estuvieran en contacto con la creciente población estudiantil universitaria y recomendaran libros que se publicaban en estas editoriales, creando así también un público consumidor.

⁴⁹ Ídem, pp. 62.

⁵⁰ Gabriel Zaid, “Tres momentos de la cultura en México”, en *Plural*, 39, Abril 1975.

⁵¹ Gabriel Zaid, *op. cit.*, pp 10-16.

Al surgir nuevos mercados para los intelectuales, ubicados principalmente en la clase media,⁵² la cual se definía como la que detentaba un mayor nivel cultural y económico, las cosas fueron cambiando para los escritores, los pintores y la clase intelectual en general. Los miembros de la clase media estaban orgullosos de tener valores propios, lo que favoreció el renombre y a veces el mercado de los intelectuales y artistas. La clase media, significaba el mercado donde se consumía la producción “retratista” de personas, paisajes o situaciones, cuadros, novelas o análisis de lo mexicano. Al tener un espectro más amplio de consumidores, el gobierno dejó de ser el comprador único de su producción. La intelectualidad logró formarse una imagen más o menos independiente frente al gobierno, por lo que obtuvieron mayor libertad de opinión. Estas nuevas circunstancias les permitieron establecer un nuevo escenario, en el cual se tenían visiones distintas de la libertad y la sumisión con respecto al aparato gubernamental.

Los intelectuales, sin abandonar totalmente sus puestos oficiales y con cierto desahogo económico, sintieron el derecho de ser independientes, desarrollando así una mayor conciencia crítica. Por lo tanto, desde el interior del mismo sistema, prosiguieron en su actitud crítica y conservaron la idea de que, desde los puestos públicos podían construir un mejor país. Saúl Jerónimo dice al respecto:

[...] el horizonte de la revolución mexicana como expectativa, como posibilidad de futuro del país era suficiente aliciente para involucrarse en las actividades públicas, lo veían más como una responsabilidad, que como una adhesión sin cuestionamientos al partido en el poder.⁵³

A raíz de todas estas circunstancias sociales, políticas y económicas, los intelectuales iniciaron una búsqueda de sus orígenes y ubicaron a pensadores y creadores que plantearon y defendieron argumentos no del todo complacientes a las políticas estatales.⁵⁴ En esta búsqueda la mirada se posó en el “grupo de soledades”, tal como Torres Bodet lo llamara y

⁵² Para tener una idea mucho más profunda de las características de la clase media, *cfr.* Ilán Semo “Ascenso y cólera de las clases medias” en donde se analiza la actitud de la clase media durante los años sesenta, el tipo de personas que podían pertenecer a ella, así como también describe el tipo de vida que tenían y al cual se sentían con derecho a exigir, por ser el resultado de la Revolución. Enrique Semo, *México, un pueblo, op. cit.* pp. 95-103.

⁵³ Saúl Jerónimo, “Octavio Paz en la obra de Pablo González Casanova”, ensayo inédito, p. 4.

en especial en la figura de Jorge Cuesta. Él junto con los demás Contemporáneos, mantuvo una actitud reticente a aceptar de manera total y sin ambages el ideario oficial, sino que lo cuestionaron al mismo tiempo que ofrecían otras posibilidades de ser y estar en su mundo. Es en este marco en el cual planteo la resignificación que los intelectuales de la década de los sesenta hicieron de Jorge Cuesta, pieza invaluable en el re-conocimiento de la historia intelectual mexicana.

LOS CONTEMPORÁNEOS "DE REGRESO"

En los años sesenta, la búsqueda de una resignificación acerca de la labor y la función que se debía desempeñar como intelectuales, planteo la necesidad de escribir una historia sobre ellos mismos. Para lograrlo, los intelectuales de los sesenta, trataron de ubicar a sus antecesores desde horizontes distintos. Con estos fines se hizo un recuento de los individuos o bien de los grupos, que se ciñeran a la representación del tipo de intelectual "puro", pero al mismo tiempo "orgánico", que les permitiera poner en claro cual era su función en la sociedad.

Esta búsqueda se vio recompensada cuando encontraron al grupo de Contemporáneos. La recuperación del grupo, tiene una característica importante, pues no sólo significó el indulto a una generación literaria, sino que eran rescatados desde otra época en la cual se necesitaba su presencia para reanudar la actitud crítica de muchos intelectuales. El punto de partida para conocer las acciones de quienes conformaron el grupo de Contemporáneos fue la publicación de varios de sus trabajos, tanto de poesía como prosa, crítica literaria, de arte y por supuesto ensayos que albergaban toda una serie de temas tratados. El Fondo de Cultura Económica editó obras tales como *El Narciso y otros poemas* de González Martínez en 1952; *Poesía y Teatro* de Villaurrutia en 1953 y *Balzac* de Torres Bodet que fue publicado en 1959.

En 1964, se llevó a cabo la primera edición de las obras de Jorge Cuesta, empresa que estuvo a cargo de Luis Mario Schneider y de Miguel Capistrán bajo el auspicio de la Universidad Nacional. Esta fecha marcó el inicio de un proceso que a la postre se vería como una especie de redescubrimiento de Jorge Cuesta. Es en 1964, cuando proliferaron los ensayos y críticas

⁵⁴ Saúl Jerónimo, "Octavio Paz...., *op. cit.*, p.6.

dedicadas a revalorar sus obras y se asumió que su generación había sido una de las mejores, más puristas y estrictas en cuanto a su trabajo literario.⁵⁵

Desde la academia se analizó la obra y también se dio el esfuerzo de reconstrucción del contexto de este grupo que incluyó a Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen, Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo, Salvador Novo, José Gorostiza y Carlos Pellicer. De igual manera se analizaron las influencias estéticas, y en ocasiones políticas que marcaron su obra. Poco a poco las obras de los poetas y ensayistas de tiempos pasados pudieron volver a unirse, reeditarse o en muchas ocasiones se les imprimió por vez primera, como en el caso de Jorge Cuesta, quien en vida nunca se ocupó de reunir sus escritos. De esta manera empezaron a plantearse nuevas problemáticas y muchas interrogantes acerca de la vida y la labor de estos escritores en sus actividades tanto individuales como grupales. Gracias a la lectura que se hizo en los sesentas de los escritos de los Contemporáneos, se conoció la visión que ellos tenían en los años finales de los veinte y en la década de los treinta. Se supo entonces que fueron poetas encaminados a revelar el amplio universo del arte que se manifestaba en las tendencias e influencias literarias que ellos mismos defendían.

Miguel Capistrán hace un recuento de la manera en la cual se editó e imprimió el trabajo de Cuesta, en una entrevista realizada en 2001.⁵⁶ En ella Capistrán relata el trabajo de recopilación de los papeles de Cuesta, entre los que se hallaban manuscritos inéditos, correspondencia, recortes de periódicos y otros documentos; la labor tomó mucho tiempo y esfuerzo. Desde 1942 algunos amigos de Jorge Cuesta, intentaron reunir y divulgar la obra para evitar que se le recordara por la forma en la cual segó su vida,⁵⁷ ya que cuando eso sucedió, varios periodistas dieron a conocer de manera un tanto morbosa los pormenores de su enfermedad y las condiciones en que se dio muerte. Poco después de que falleciera, sus

⁵⁵ Anthony Stanton, *Los Contemporáneos y el debate en torno a la poesía pura*, en Rafael Olea Franco, *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*, México, El Colegio de México, 1994, pp. 27-43.

⁵⁶ José Carlos Blázquez, Entrevista a Miguel Capistrán realizada el 20 de febrero de 2001. (inédita)

⁵⁷ Jorge Cuesta se suicidó el 13 de agosto de 1942, a la edad de 38 años, al parecer se colgó de una reja en el hospital del Dr. Lavista, pudo ser rescatado con vida pero después de varias horas de agonía, falleció. La noticia salió publicada en varios periódicos tales como *El Herald*o y *El Universal*. José Carlos Blázquez, *Jorge*

amigos tuvieron la idea de rescatar sus escritos para publicarlos y poder conseguir que se conocieran tanto su obra poética como su trabajo ensayístico. Sin embargo, este primer intento sólo quedó como un proyecto. Salazar Mallén fue quien posteriormente recuperó gran parte de copias mecanográficas, recortes y otros papeles pertenecientes a Cuesta. Después hubo diversas ocasiones en las cuales se había intentado recoger la obra de Cuesta, primero en 1942, luego en la revista *Estaciones*, donde fueron publicados algunos de sus poemas y por último en la recopilación de Miguel Capistrán y de Luis Mario Schneider, en la que se reunieron poesía y ensayos.

Capistrán contaba con lo que se podía encontrar en los diarios y en las revistas como por ejemplo en *Ulises y Contemporáneos* donde Cuesta había publicado varios poemas. Con el apoyo del poeta Elías Nandino, logró ubicar otros textos. La colaboración de los familiares de Jorge Cuesta –entre ellos Natalia Cuesta Porte-Petit, Antonio Cuesta Marín y Víctor Cuesta– permitió a Miguel Capistrán y Luis Mario Schneider, reunir los materiales que aparecieron en 1964 bajo el título de *Jorge Cuesta. Poemas y ensayos*⁵⁸ bajo el sello de la Imprenta Universitaria, que en esa época era dirigida por otro poeta, Rubén Bonifaz Nuño. La obra se publicó como parte de la colección Poemas y Ensayos, coordinada por Jaime García Terrés.⁵⁹

Miguel Capistrán comenta en la entrevista mencionada que la recepción que tuvo la publicación de la obra fue muy amplia y motivó comentarios positivos, pues se había reconocido lo importante de la obra de Jorge Cuesta. Entre los investigadores, críticos y autores que escribieron sobre esta primera edición están Juan García Ponce, José Emilio Pacheco y Salvador Elizondo; el interés por conocer a Jorge Cuesta y el grupo al que perteneció, empezaba a crecer.

Cuesta, inteligencia en llamas, tesis de licenciatura, [inédita], Colegio de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2002, p. 120.

⁵⁸ Jorge Cuesta, *Poemas y ensayos*, Edición de Miguel Capistrán y Luis Mario Schneider, México, UNAM, 1964. La presente edición cuenta con una nota editorial en la que se narra la recopilación de la obra, así como indica la manera en que fue abordada y presentada en esta edición.

⁵⁹ José Carlos Blázquez, *Jorge Cuesta, inteligencia en llamas, op. cit.*, p. 128.

La recopilación de la obra de Xavier Villaurrutia, también estuvo a cargo de Miguel Capistrán y Luis Mario Schneider. Capistrán cuenta que el compendio del trabajo literario de Villaurrutia había sido editado en su primera edición en 1953, por el Fondo de Cultura Económica. La segunda edición fue presentada en 1966, en versión corregida y aumentada, producto del contacto con la hermana de Villaurrutia y con Elías Nandino, quienes proporcionaron una gran cantidad de documentos. La hermana del poeta conservaba muchos de sus cuadros y antigüedades, así como sus primeros poemas.⁶⁰ En 1970, la UNAM publicó *Xavier Villaurrutia. Crítica Cinematográfica*,⁶¹ texto en el cual se recopilan los escritos que realizó en torno al cine. Todavía en los setenta, se publicó el estudio *Xavier Villaurrutia en persona y en obra*,⁶² donde Octavio Paz publica bajo el sello del Fondo de Cultura Económica una biografía y un análisis de la poesía de Villaurrutia.

En 1971, el Fondo de Cultura Económica publicó *Poesía*⁶³ de José Gorostiza; la publicación atrajo la reflexión de Salvador Elizondo, quien publicó el ensayo “José Gorostiza: Apocatástasis y silencio”,⁶⁴ donde destaca que al poeta se le había escamoteado el reconocimiento literario por su condición de funcionario de gobierno. Elizondo afirmó que Gorostiza fue el gran poeta de la muerte mexicana, y asentó que el poema *Muerte sin fin* fue la primera manifestación universal de las letras nacionales. Posterior a este escrito, en 1974, el Fondo de Cultura Económica editó *José Gorostiza. Cartas de primeros rumbos*,⁶⁵ recopilación que Genaro Estrada realizó de la correspondencia de Gorostiza.

Por los mismos años se dio a conocer la obra de Gilberto Owen; por medio de artículos periodísticos como el aparecido en abril de 1974 a cargo de Inés Arredondo y de Tomás Segovia,⁶⁶ éste no sólo fue un descubrimiento sino una reivindicación, ya que Segovia asegura en el artículo citado que era imposible dejar una obra tan rica a la mala suerte o a la desidia de no recuperar a uno de los mejores escritores de las letras mexicanas. La

⁶⁰ José Carlos Blázquez, “Entrevista a Miguel Capistrán” *op. cit.*

⁶¹ Xavier Villaurrutia, *Crítica cinematográfica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970.

⁶² Octavio Paz, *Xavier Villaurrutia en persona y en obra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

⁶³ José Gorostiza, *Poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

⁶⁴ Salvador Elizondo, “José Gorostiza: Apocatástasis y silencio” en *Plural*, 19, abril 1973, p. 40-41.

⁶⁵ Genaro Estrada, *José Gorostiza. Cartas de primeros rumbos*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.

recuperación va más allá de ver en Owen a un gran escritor, se nos ofrecen también muestras de su pensamiento poético al incorporar sus disertaciones acerca de la poesía pura, tema que era muy apreciado entre los miembros de Contemporáneos. Esto también se observa en cartas dirigidas a Xavier Villaurrutia y a Celestino Gorostiza desde Nueva York y un comentario al libro de André Gide, *Los Alimentos Terrenales*. Tal como sucedió con los demás Contemporáneos, se publicó su trabajo literario en el Fondo de Cultura Económica en 1979, cuando salieron a la luz pública sus *Obras*.⁶⁷ A Salvador Novo no fue necesario sacarlo del olvido; él se cuidó muy bien de mantenerse presente en el escenario de la cultura nacional. Fue uno de los escritores más prolíficos de la generación y ocupó diversos puestos públicos. Fue nombrado Cronista de la Ciudad, cargo vitalicio que ocupó desde 1961, año de la muerte de Artemio de Valle Arizpe, hasta 1974, fecha en la que él falleció. Se puede tener una idea de la fama de Novo a través del trabajo de Carmen Galindo titulado "Salvador Novo, superestrella de la cultura nacional",⁶⁸ en donde la autora pone de manifiesto la admiración que se tenía por este escritor y su peculiar forma de ser.

Era la hora de redimir a los Contemporáneos, de resarcirles su título de jóvenes maestros, de aquilatar que la obra de los integrantes del grupo era de las mejores que había tenido el país en su historia literaria. Se publicaron nuevas ediciones, se hizo crítica literaria sobre la obra y se descubrieron los valores estéticos que predominaban en la escritura de los integrantes del grupo. Ejemplo de su gran legado poético eran *Muerte sin fin* de Gorostiza, los *Nocturnos* de Villaurrutia, *Sinbad el varado* de Gilberto Owen y *Canto a un dios mineral* de Jorge Cuesta, que fue reflejo fiel de la poética de los Contemporáneos.

¿POR QUÉ UNA LECTURA DE JORGE CUESTA EN LOS AÑOS SESENTA?

Los intelectuales de los años sesenta buscaron un antecedente que les sirviera como la imagen representativa del intelectual. Alguien que se erigiera como el imaginario ideal del hombre público, crítico, que marcara su distancia con el poder pero que estuviera lo suficientemente cerca como para darse cuenta cabal de las acciones de esa misma autoridad.

⁶⁶ Tomás Segovia e Inés Arredondo, "Gilberto Owen o el rescate", en Suplemento, *Plural*, 37, diciembre de 1974, pp. 55-66.

⁶⁷ Gilberto Owen, *Obras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.

Fue en Jorge Cuesta donde encontrarían al personaje con las características y las actividades propias del intelectual. No obstante, es necesario poner de manifiesto que la construcción que se hizo de Cuesta como el intelectual idóneo, corresponde a un horizonte de lectura distinto al que se tenía al momento del suicidio de Jorge Cuesta, momento desde el cual se le dio una significación diferente, enfocada al proceder de este escritor, valorando sobre todo sus actos como persona, no su quehacer intelectual.

En los años treinta, se vio en Jorge Cuesta a un reaccionario; en cambio, partir del horizonte de los años sesentas, empezó a imponerse la idea de que Cuesta siempre conservó su espíritu crítico, manteniendo para sí una actitud independiente gracias a la cual pudo observar, desde una óptica diferente, lo que estaba sucediendo en el país. Sin embargo, esta percepción de Jorge Cuesta se construyó desde un horizonte distinto al suyo, y fue a través de sus propios prejuicios que los intelectuales le dieron una función determinada a Jorge Cuesta. Delinearon un marco al cual hicieron ceñir a este escritor, porque se dieron cuenta que él se prestaba a la imagen que intentaban trazar de un personaje que mostró un discurso independiente, aun a pesar de que Cuesta nunca se deslindó del aparato gubernamental, sino que por el contrario, trató de estar cerca o al interior de los proyectos culturales y políticos de su época.

Algo que debe tenerse muy claro es que la conducta de Jorge Cuesta no debe analizarse desde una escala de valores o enjuiciamientos morales, sino que la condición que debe tomarse en cuenta, es que durante estos años, de finales de 1920 hasta la primera mitad de los años treinta, era aceptable -es más, se consideraba indispensable- que los intelectuales apoyaran y participaran en las propuestas educativas y culturales del gobierno. Los intelectuales de las cuatro primeras décadas del siglo XX se hallaban muy cercanos e inclusive integrados al poder en la búsqueda de satisfacer las siguientes situaciones: poner en práctica sus proyectos, es decir, la publicación de su trabajo literario, la fundación de escuelas de pintura o de talleres artísticos. En segundo término, la cercanía con el aparato gubernamental era necesaria si se quería tener la oportunidad de conseguir un trabajo que les

⁶⁸ Carmen Galindo, “Salvador Novo, superestrella de la cultura nacional”, en *Los empeños. La vida literaria*, 1, abril-mayo-junio de 1980, pp. 41-50.

permitiera vivir y como consecuencia inmediata poder tener una solvencia económica que les permitiera seguir produciendo su trabajo artístico. Además, el simple hecho de estar cerca de los poseedores del poder político, era una situación que les abría la posibilidad de satisfacer los puntos anteriores. Por lo tanto es comprensible que Cuesta, al igual que los demás Contemporáneos, vieran en su participación en el gobierno una vía mediante la cual ejecutar un plan cultural distinto, que establecía una separación profunda del nacionalismo o del mexicanismo sin más, pero que al fin y al cabo, era necesaria esa cercanía al poder para lograrlo.

Desde su época, Jorge Cuesta era considerado por Villaurrutia y Gorostiza como la "conciencia crítica de Contemporáneos" y no es gratuito que los estudios sobre él fueran bastante numerosos a fines de los cincuenta, los sesenta y parte de la década de los setenta. Este gran interés se incrementó a raíz de los conflictos entre intelectuales y el aparato gubernamental y que permitieron ver en Cuesta al intelectual que escribió en su tiempo de una manera crítica e independiente. Lo interesante es analizar por qué si ya desde los veinte y treinta se le veía como un hombre inteligente y crítico, fue hasta varias décadas después, que se puso de manifiesto su labor intelectual.⁶⁹

Como ejemplo de esta construcción discursiva sobre la actuación de Jorge Cuesta, se pueden citar varios títulos que en sí mismos nos dan una idea acerca del tipo de figura, quizá arquetípica o mítica que se formó alrededor de este personaje. Los diarios de la época son una excelente fuente de donde podemos extraer diversos artículos que abordan la publicación de las obras de Jorge Cuesta, pues son indicadores de la buena acogida que tuvo la recuperación y edición de su trabajo, tanto literario como ensayístico.

Entre los críticos, académicos y escritores que se dedicaron a ponderar las virtudes del trabajo que habían realizado Miguel Capistrán y Luis Mario Schneider, se encontraban Alf

⁶⁹Los intelectuales de los años veinte y treinta que defendían el valor intrínseco del arte —entre los que se contaba a Cuesta— merecían la desaprobación de la gran mayoría y fue sólo a partir de la relectura y nuevo sentido que desde los sesenta se hizo de la obra cuestiana, que ésta adquiere una nueva significación y sentido. De esta forma podemos ver su paso de un intelectual que era considerado en los años veinte y treinta, como un reaccionario a uno profundo y analítico en la lectura que se hizo de su escritura en los años sesenta.

Chumacero y Juan García Ponce.⁷⁰ Uno de los primeros que escribió sobre la publicación de *Poemas y Ensayos* fue Jesús Arellano, quien publicó un artículo en su sección ‘Las ventas de don Quijote’. En este ensayo, el autor deploró el hecho de que Cuesta no hubiera abundado tanto en la poesía, logrando tan sólo la creación de *Canto a un dios mineral* y algunos poemas más. Arellano concluye que por pequeña, la obra poética que produjo le impidió colocarse como uno de los más reconocidos literatos de la época. Sin embargo pondera el trabajo ensayístico, donde rinde varios elogios a la fuerza de una mente privilegiada para tratar cualquier asunto por difícil que sea y afirmó que

No nos queda más que reconocer *su enorme capacidad para el agudo análisis y la certera conclusión*. Pero no sólo esto es enorme, no, lo que maravilla es la *multiplicidad de temas* pues lo mismo diserta sobre política que sobre economía, educación, pintura, novelas, poesía, etc, etc.⁷¹

Inés Arredondo escribió el artículo “Jorge Cuesta ensayista”,⁷² en el que señaló que la imagen prevaleciente de Cuesta, antes de la publicación de sus *Obras* era la de un fantasma borroso, difuso, alguien sobre quien circulaban diversas historias sobre su vida. Arredondo afirmó que a raíz de la labor de Capistrán y Schneider, la figura de Jorge Cuesta cobró tanta presencia, tanta dimensión que lo único que podía hacerse era hablar de él como de una persona recién conocida, y dijo que:

Es uno de los ensayistas más *inteligentes*, que cuando se comienzan a leer sus ensayos *deslumbran su lucidez, y una agudeza incisiva* que va al objeto de modo descarnado, soltando con frecuencia pedazos de *razonamiento* [...] va tras *el rigor*, tras el *ascetismo*

⁷⁰ Ali Chumacero “La imagen que se esfuma”, *México en la Cultura*, Suplemento de *Novedades*, junio 8, 1958, p.p. 4 y 11; Jesús Arellano; “Poemas incompletos de Jorge Cuesta” *Revista Mexicana de Cultura*. Supl. de *El Nacional*, julio 6, 1958, p. 11; “Muestrario de las letras. Homenaje a Jorge Cuesta a los 20 años de su muerte”, *México en la Cultura*, Supl. de *Novedades*, agosto 19, 1962, p 3; Inés Arredondo “Jorge Cuesta ensayista” *Ovaciones*, Supl. Cultural, marzo 7, 1965, p. 2 “Historia de una antología poética”, *Letras Potosinas*, enero-marzo, 1966, p. 11; Juan García Ponce “Jorge Cuesta”, *La cultura en México*, Supl. de *Siempre!*, febrero 15, 1967, pp. II-IX; Anónimo, “Nivel memora y rinde homenaje a Jorge Cuesta”, *Nivel*, junio 31, 1972, pp. 1-2.

⁷¹ Jesús Arellano, “Las ventas de Don Quijote. Revisión de algunos nombres de la literatura mexicana: Jorge Cuesta”, en *Nivel*, septiembre 25, 1964, p. 5.

⁷² Inés Arredondo “Jorge Cuesta ensayista” en *Ovaciones*, Suplemento Cultural, marzo 7, 1965, p. 2. Las cursivas son mías.

intelectual. Se dirige a los hombres no a la masa, sino a la conciencia de los hombres. Mérito de un escritor que apenas alcanzamos a conocer enriquece nuestra cultura.⁷³

El comentario de Antonio Magaña Esquivel, a menos de tres meses de la aparición del artículo de Arredondo, hace hincapié en la importancia que la obra cuestiana adquirió desde un horizonte distinto al suyo. Magaña asentó que la de Jorge Cuesta era una imagen alucinada en la que se concentraban la *alquimia, la inteligencia y la leyenda*. Al re-conocer su obra se probaba que la suya fue una existencia real, que sus ensayos eran un mundo de *mayores dimensiones conceptuales*, que al elegir un tema lo discernía hasta sus últimas consecuencias, *con disciplina científica o de alquimista, de erudito o de poeta*.⁷⁴

Estas breves citas de los artículos de Arredondo, Magaña y Arellano traslucen el papel que se fue asignando a Cuesta, veinte años después de su fallecimiento. Unas cuantas líneas, ofrecen la posibilidad de acceder al lugar de enunciación de los autores de estos tres artículos, y de ver a través de sus ojos el pensamiento de una comunidad intelectual que arrancó a Cuesta del escarnio que en vida sufriera, para elevarlo como el emblema del intelectual mexicano. Sin embargo, debe acentuarse que a pesar de que estos tres escritores hicieron especial referencia a las cualidades ensayísticas de Cuesta y pusieron de manifiesto la inteligencia, el rigor y la capacidad de análisis, no fueron más allá de una simple enumeración de adjetivos. Si bien sirvieron para satisfacer la necesidad de darle una nueva faceta al Cuesta escandaloso y conflictivo, no bastó para que los nuevos lectores profundizaran en los ensayos ni que trataran de analizar lo que Cuesta sentenciaba cuatro décadas atrás, ni la forma en que lo hizo.

En los sesenta, escritores y críticos como los arriba mencionados, en un intento de centrarse más en la obra de Cuesta, le hicieron abandonar su faceta de provocador, lo deslindaron del incesto, de sus experimentos para encontrar la fuente de la eterna juventud, de su mutilación y de las circunstancias de su suicidio.⁷⁵ Fue regenerado y recuperado para una nueva generación de lectores de su obra y se convirtió en objeto de estudio de lo que debía ser un

⁷³ Inés Arredondo, "Jorge Cuesta ensayista", *op.cit.*

⁷⁴ Antonio Magaña Esquivel, "Jorge Cuesta rescatado", en *El Nacional*, junio 24, 1965, p. 3.

⁷⁵ Elena Urrutia, "Habla Natalia Cuesta", *El Sol de México en la cultura*, p. 12-14.

‘verdadero intelectual’. No obstante permanece la pregunta: a partir de qué parámetros Jorge Cuesta se convirtió en la imagen del intelectual por antonomasia de la cultura nacional, aún por encima de sus compañeros.

Entre los Contemporáneos, Cuesta no era el único ensayista antes bien, casi todos los miembros de ese grupo escribían con prolijidad y sobre temas por demás variados, pues su vasta cultura les daba la posibilidad de navegar por distintos mares. En la elección que se hiciera del personaje que décadas después le diera forma a la construcción del intelectual, se eligió a Cuesta. Aquí me parece que la razón principal se encuentra en la recepción que se hizo en los sesenta de las actuaciones de cada uno de estos escritores.

Jaime Torres Bodet, siempre cargó con la "culpa" de haber sido parte del sistema, la fama de burócrata fue y ha sido una sombra que lo ha perseguido hasta nuestros días. Esta idea se ve confirmada por un texto de Octavio Paz, en donde afirma que “en su juventud escribió y publicó mucho; más tarde, a partir de 1949, sus publicaciones se espaciaron: la vida pública terminó por devorar al poeta”.⁷⁶ A partir de 1929, se dedicó a servicios diplomáticos en Madrid, La Haya, París, Buenos Aires y Bruselas. De 1940 a 1943 fue subsecretario de Relaciones Exteriores. De 1943 a 1946 fue secretario de Educación Pública, desde donde reorganizó y dio nuevo impulso a la campaña alfabetizadora, creó el Instituto de Capacitación del Magisterio, organizó la Comisión Revisora de Planes y Programas, inició la Biblioteca Enciclopédica Popular, auspició la creación de numerosas escuelas, entre ellas la Escuela Normal para Maestros, la Escuela Normal Superior y el Conservatorio Nacional en la ciudad de México. Sin embargo, a la par de estas actividades, escribió varios libros de poesía y de ensayos, pero no se reconoció en él a un autor destacado en este último género.

Salvador Novo ocupó diversas dependencias gubernamentales dedicadas a la cultura como la jefatura del Departamento de Publicidad de la Secretaría de Relaciones Exteriores y del Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública. Además, Novo fue profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, del Conservatorio Nacional de Música y de la Escuela

⁷⁶ Octavio Paz, “Poeta secreto y hombre público: Jaime Torres Bodet” en Rafael Olea Franco, *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*, México, El Colegio de México, 1994, pp. 3-12.

de Arte Dramático del INBA. Sus actividades estaban mucho más vinculadas a la escritura de las crónicas sobre la ciudad de México, que a la ensayística. Sin embargo, permaneció en el centro del escándalo al ostentar en público su preferencia sexual, su intento por parecer más joven o las sátiras que hacía en contra de quien lo atacaba. Aunado a todo esto, siempre estuvo cerca de hombres poderosos en la política, por lo que tampoco ofrecía la posibilidad para enaltecerlo y volverlo un modelo del intelectual independiente.

Por su parte, Xavier Villaurrutia, había sido profesor de la Escuela Nacional Preparatoria e impartido clases de dramaturgia; fue jefe de la Sección de Teatro del Departamento de Bellas Artes, escribió varios guiones cinematográficos y formó parte del comité de redacción de *El Hijo Pródigo*. Gilberto Owen, se encaminó más a la diplomacia. En 1928, ingresó al servicio consular en Nueva York, pasando de esta ciudad a Perú, Ecuador y Colombia. A su regreso a México en 1942, al igual que Villaurrutia, trabajó en la revista *El Hijo Pródigo*. José Gorostiza, también se integró al servicio diplomático mexicano desde 1927, tiempo en el cual ocupó cargos oficiales en el Consulado General de México en Gran Bretaña y como segundo secretario de la Legación de México en Dinamarca. Durante estos años asumió diferentes funciones, como Director General de Asuntos Políticos y del Servicio Diplomático, asesor ante el Consejo de Seguridad de la ONU, secretario de Relaciones Exteriores y Presidente de la Cámara Nacional de la Energía Nuclear. Estos tres personajes, a pesar de sus actividades, eran considerados los poetas del grupo, tenían un papel ya asignado en la historia de la literatura mexicana.

En los años sesenta la lectura que hicieron de los ensayos cuestianos se encontraba cargada de un sentido que difería de la primera lectura: ya no era la obra individualista de un “reaccionario”.⁷⁷ A partir de este momento se transmutó en un Cuesta mitológico, en un paradigma que para la época era necesario crear y conservar como un icono al cual los intelectuales tomaron como modelo para establecer su propio actuar y decir. Jorge Cuesta fue entonces el único que reunía las condiciones para “rehacer” en su persona al Intelectual Ideal, aunadas al hecho de que estaba muerto desde hacía mucho tiempo.

⁷⁷ La lectura posterior que se hizo de la obra de Cuesta, así como el proceso de resignificación que siguió a la misma, se analizarán en el capítulo siguiente.

A partir de la recuperación del trabajo de Jorge Cuesta y de comentarios como los arriba citados, es que se fue creando en él la imagen del verdadero intelectual que pugnó por mantener una actitud de pensamiento independiente. Imagen que se construyó aún a pesar de todos los conflictos y polémicas en las que se inmiscuyeron Cuesta y los demás Contemporáneos. Fue quien –a los ojos de los intelectuales de los sesenta– tomó distancia del gobierno, en ciertas épocas con mayor énfasis que en otras, que no aprobó muchas de sus acciones, que no estuvo dispuesto a abandonar sus preferencias estéticas para suprimirlas a favor de un arte para la masa. Además de que se dio tiempo de escribir numerosos ensayos en los que plasmó interrogantes y cuestionamientos sobre varios temas complejos, en los que se nota que padeció las difíciles situaciones que afectaban al país. La honradez que se refleja en sus ensayos fue la de un hombre que trató lo más posible de no comprometer su pensamiento con las políticas gubernamentales, aunque la mayoría de sus publicaciones se hicieron en periódicos y revistas que estaban subvencionadas por el gobierno, como era el caso de *El Universal*, en donde se encuentra un gran número de los ensayos cuestianos. Por todas estas razones se erigió desde muchos ángulos como la imagen de un intelectual interesado por los problemas de México y profundamente preocupado por las soluciones propuestas.

Como se ha visto, la figura de Cuesta se fue modelando de una manera distinta. Se había dejado atrás el denuesto que cayó sobre Contemporáneos durante los años treinta provocado por el escándalo suscitado a raíz de la demanda judicial hecha en contra de Jorge Cuesta y su equipo de colaboradores por *Examen*, revista que fue la última empresa editorial que acometió Cuesta. Como dice Sheridan, era el espacio que concentraba la madurez de los Contemporáneos; en ella se encontraban a autores y trabajos que marcan las preferencias estéticas, filosóficas y políticas de Cuesta.⁷⁸

En los años sesenta, la ensayística fue mucho más valorada que la obra poética, sin embargo, conforme pasaba el tiempo los críticos se acercaron sin tanto temor a la poesía que había estado relegada porque se consideraba que era oscura, enigmática y cerrada. En la misma poesía de Paz se pueden encontrar vestigios de la lírica cuestiana, y es posible que él se

considerara como el sucesor indiscutible de la generación de Contemporáneos, aunque no se refirió y ni siquiera incluyó a Cuesta como uno de los grandes poetas del grupo. En el prólogo de la antología *Poesía en movimiento*,⁷⁹ Octavio Paz no puso a Jorge Cuesta como uno de los poetas seleccionados aduciendo que

No faltará quien nos reproche la ausencia de Jorge Cuesta; la influencia de su pensamiento fue muy profunda en los poetas de su generación y aún en la mía, pero su poesía no está en sus poemas sino en la obra de aquellos que tuvimos la suerte de escucharlo.

Aunque parece negar la pertinencia de incluirlo en su antología, Paz no puede olvidar su relación con Cuesta y el influjo que este ejerciera sobre él. De esto puede darnos cuenta el libro que José Luis Cabada Ramos escribió recientemente sobre estos dos escritores y que se titula *La relación olvidada, Jorge Cuesta (1903-1942) y Octavio Paz (1914-1998)*.⁸⁰

Tiempo después del interés despertado por la ensayística, se dio un nuevo acercamiento a algunas muestras de la poesía cuestiana a la que posteriormente se le estudió con más énfasis. Con una idea renovada sobre la poética, se elaboraron una serie de análisis de la poesía de Jorge Cuesta, para encontrar dentro de la lírica, alguna clave que permitiera entender la actuación y el pensamiento cuestiano. Esta búsqueda puso especial énfasis en el poema que es considerado como la obra cumbre de Cuesta: *Canto a un dios mineral*. La poesía representó uno de los temas más socorridos, en especial para la crítica y los estudios literarios.⁸¹

Los estudios ligados a la prosa y a la narrativa fueron mucho más serios en tiempos recientes, pues anteriormente los investigadores no se molestaban en analizarlos y sólo eran tomados en cuenta para trabajos como las recopilaciones que se hacían periódicamente sobre

⁷⁸ Este episodio se abordará con mayor profundidad en los capítulos siguientes.

⁷⁹ Octavio Paz, et al, *Poesía en movimiento*. México, 1915-1966, México, Editorial Siglo XXI, 1996 [1ª. edición 1966].

⁸⁰ José Luis Cabada Ramos *La relación olvidada, Jorge Cuesta (1903-1942) y Octavio Paz (1914-1998)*, México, Instituto Veracruzano de la Cultura, 2003.

⁸¹ Annick Allaire-Duny, *L'écriture poétique de Jorge Cuesta. Les sonnets* [s.l.], Editorial Covedi-CDRVL, 1996 y el texto de Alberto Pérez Amador Adam *La sumisión a lo imaginario: nueva edición, estudio y comentario de Canto a un dios mineral de Jorge Cuesta*.

la obra cuestiana en particular, o en las antologías dedicadas al grupo. Estos trabajos siempre volvían a puntos comunes como la oscuridad, el hermetismo de la escritura cuestiana, tal y como sucede con los textos de Grant Silvester y Louis Panabiére. En estudios mucho más contemporáneos se ha visto una propensión más profunda por conocer la poesía cuestiana, y se vuelven a realizar exhaustivas lecturas del poema de Cuesta, integrándose nuevos elementos para tratar de entender los motivos del autor para escribir un poema como el *Canto a un dios mineral*.

Después de la etapa de re-conocimiento en 1964 la figura de Cuesta se valoró de una manera distinta: de "poeta maldito" se erigió en la representación del 'Intelectual'. El centro de atención se desplazó del personaje a su obra, primero por la referencia a sus ensayos y a partir de 1980 por el interés hacia su poesía, ya la que se le había caído el velo de oscuridad y se volvieron una manifestación de erudición y de rigor poético. Esa nueva mirada que se posó mayormente en la poética, y sólo de manera tangencial en los ensayos es lo que abordo en el siguiente capítulo.

Capítulo 2. Jorge Cuesta. La construcción de un paradigma

En el capítulo anterior, vimos que los hechos que se suscitaron antes, durante y después de 1968, propiciaron que surgiera un cuestionamiento acerca del papel que los intelectuales jugaban en la sociedad de la época. Se revaloró la actitud que debían asumir ante un gobierno que se había vuelto en gran medida represor y que había cerrado toda posibilidad de diálogo y negociación ante los miembros de dicha sociedad. Poco a poco y muchas veces debido a cuestiones económicas y en ocasiones políticas –según argumenta Camp– el grupo intelectual se fue subordinando al poder político, ya que este representaba uno de los pocos medios de subsistencia y de espacio que les permitiera seguir creando, puesto que el consumo de su obra estaba restringido al Estado y muy poco dirigido a las masas, pero esta situación se transformó a raíz de los cincuenta y sesentas, como ya se desarrolló en el capítulo 1.

La represión desatada a fines de los años 50, poco a poco fue alejando a estos intelectuales de los puestos y posiciones gubernamentales, y entre varios de ellos se fue gestando la idea de que el gobierno y los políticos y el partido había tomado una ruta en la que ya no había reconciliación con la sociedad.⁸²

A raíz de esta fractura en las relaciones entre gobierno y sociedad, es que se piensa desde un referente distinto sobre la función de los intelectuales y se establece una brecha entre ellos y el gobierno. Ante tal estado de las cosas es que la construcción de la imagen de un intelectual independiente, crítico ante el poder, alejado de una entidad que lo oprime y no le permite expresarse, sólo es posible en los sesenta pues respondía a las exigencias de una determinada época, amén de todas las circunstancias a las que ya se hizo referencia.

LOS CONTEMPORÁNEOS Y JORGE CUESTA. DE REACCIONARIOS A PARADIGMA

Un factor importante que me parece necesario resaltar es que los intelectuales de la posrevolución tenían la firme convicción de que era necesaria su presencia, para construir y cimentar una cultura que fuera a tono con los cambios que había sufrido el país después de los años revolucionarios. Se debe tener muy claro que antes de esta época no era mal visto que un escritor, un pintor, un músico o un intelectual en general colaborara en los espacios

del gobierno ya que para muchos de ellos, los puestos en el gobierno formaban parte de su modo de vivir. No obstante, había profundas diferencias entre la manera en que se pensaba que debía realizarse el proyecto de llevar a cabo la reconstrucción del país, sobre todo en lo relativo al aspecto cultural. Entre gente como Ermilo Abreu Gómez, Mariano Azuela, Diego Rivera, Jorge Cuesta, había profundas diferencias en la concepción que cada uno tenía del plan del gobierno posrevolucionario.

Las opiniones que se tenían sobre aspectos como educación, cultura y principalmente por el asunto del nacionalismo, que era uno de los temas que más se discutía en los años veinte y treinta, provocó que varios grupos como el de los estridentistas y los llamados nacionalistas consideraran de manera negativa la actuación y el discurso de los Contemporáneos. El grupo nacionalista asumía que lo que éstos últimos hacían estaba muy lejos de concretar el proyecto de un gobierno que recurrió a los intelectuales para consolidar las instituciones nacientes; esto se tradujo en una falta que durante mucho tiempo no les fue perdonada y por la cual se les consideró como reaccionarios y antipatriotas. El grupo de los Contemporáneos se mostraba en pleno desacuerdo ante el insistente discurso de pintores, músicos y escritores que enarbolaban la bandera de la ‘cultura nacional’, concepto en el cual se conjugaban una serie de enunciados destinados a la exaltación de lo mexicano a ultranza. Se valoraba cualquier actividad relacionada con el arte, tan solo por el simple hecho de que eran manifestaciones artísticas producidas por mexicanos y para mexicanos, y no se tomaba en cuenta que fuera una obra con valor estético, sino que con el simple hecho de haber sido realizada en el país se consideraba arte revolucionario y comprometido, cuestión ante la que no estaban de acuerdo los miembros de Contemporáneos.

Las diferencias propiciaron que en torno a los Contemporáneos se creara una atmósfera de hostilidad, que provocó que durante mucho tiempo después de que ellos vivieron, se siguiera pensando en estos escritores como en un grupo que lejos de analizar las problemáticas que asediaban la vida del país, se ocuparon de temas que estaban fuera de la realidad mexicana. Esta apreciación persiguió durante casi tres décadas al grupo de Contemporáneos y en especial a Jorge Cuesta, e influyó para que se creara una imagen negativa de ellos.

⁸² Saúl Jerónimo, "Octavio Paz en la obra de Pablo González Casanova", *op. cit.*, p. 5.

Guillermo Sheridan, gran conocedor de esta agrupación literaria a la que perteneciera Cuesta, opina que el olvido al que se les confinó durante mucho tiempo se debió en gran medida a que tanto en su tiempo como mucho después de la desintegración del grupo resultaban:

de una escasa, si no nula, representatividad y, por lo mismo, son abrumadoramente incómodos [...] a principios de los años treinta sus detractores, preocupados porque se consideraran a aquellos representantes de la cultura mexicana, emprendían verdaderas cruzadas epistolares (nunca críticas) para convencer a los extranjeros de que no eran los Contemporáneos, sino ellos, los que estaban escribiendo para el grueso del país (y por eso les preocupaba tanto la opinión de los extranjeros).⁸³

Con todos estos antecedentes resultó necesaria la nueva lectura que se hizo desde el horizonte de los sesenta y setenta para alejarlos de la mala opinión que por muchos años pesó sobre ellos. Conviene revisar cómo y por qué surgió un estereotipo que calificaba de negativa la labor de poetas y en general de escritores ajenos a las circunstancias del país. Debe hacerse hincapié en que la imagen de este intelectual fue cambiando; en los sesenta se inició un rescate de la obra y una vindicación de Jorge Cuesta como persona, y a partir de la década de los ochenta, se presenta un nuevo fenómeno: se consagra a Cuesta como un poeta profundo, inteligente y riguroso, mientras que la parte ensayística quedó un tanto relegada en los análisis que se hicieron de su obra.

Los Contemporáneos, y en especial Jorge Cuesta, estuvieron en contra de que el trabajo artístico se redujera a la exaltación de algunos tópicos, como la revolución, el proletariado y lo indígena como única representación de lo 'auténticamente mexicano'. Consideraban que la cultura mexicana, iba más allá de estereotipos como el del indio, y que ésta debía acceder a una universalización que permitiera lograr dos objetivos: el primero dar a conocer lo que era México y el segundo era abatir la idea de buscar al Hombre en el mexicano, sin entender que lo mexicano formaba parte de un todo y no era una excepción. En sus escritos tanto en prosa como en verso, se negaron a adoptar presupuestos ideológicos que ya estaban delimitados de antemano

⁸³ Guillermo Sheridan, *Homenaje nacional a los Contemporáneos. Monólogos en espiral. Antología de narrativa*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes /Cultura-Secretaría de Educación Pública, 1982., p. 6.

por otro sector de la intelectualidad, por lo que recayó sobre ellos la imagen de reaccionarios, que se dedicaban a escribir acerca de todo, menos sobre los problemas de la Nación.

Los Contemporáneos habían optado por ser a partir de ellos mismos un paradigma distinto al que se estaba gestando en su momento histórico. Se convirtieron en el grupo de escritores que, más allá de ser ‘puristas’ enfocados única y completamente a su trabajo literario, analizaron su realidad, buscando ofrecer una alternativa distinta a la que predominaba en la época. Este grupo tomó la elección de vivir y asumir su obra de manera independiente del discurso nacionalista, elaborando críticas al nacionalismo exacerbado e inclusive ante algunas decisiones del gobierno las cuales, según su apreciación no eran las más acertadas, aunque manteniéndose lo suficientemente cerca para tener una clara percepción sobre lo que ocurría y emitir sus opiniones tanto a favor como en contra de las situaciones que les circundaban y que definitivamente les preocupaba.

Por tal razón, los Contemporáneos fueron muchas veces censurados por el afrancesamiento del que hacían gala en su poesía y prosa. A pesar de tales censuras, las letras francesas siempre fueron una influencia a la que ellos no se sustrajeron sino, por el contrario, pusieron siempre de manifiesto la simpatía que les inspiraban autores como Morand, Giradoux, Montaigne, Baudelaire, Mallarmé, Anatole France y otros más.⁸⁴ La inclinación que tenían los miembros del grupo por las letras francesas, españolas e italianas, expresa los lineamientos que tomó su propio trabajo literario con plena creencia de que su labor como artistas se fincaba en lo que debía ser el ejercicio de compromisos para consigo mismos y el arte.

Casi todos los Contemporáneos tuvieron relación en mayor o menor grado con diversas dependencias de gobierno, ya que desde muy jóvenes, trabajaron en el aparato gubernamental. Jaime Torres Bodet a los 17 años fue secretario personal de José Vasconcelos en el breve lapso que estuvo al frente de la Secretaría de Educación. Bernardo

⁸⁴ En 1927, Gilberto Owen escribe un texto para reafirmar lo que para él, y a mi parecer, para todo el grupo significaba el conocimiento de autores franceses, pues de ellos retomaban el ideal de hacer poesía pura, desligada de todo, excepto de lo que Owen denomina como una sensualidad abstracta. A lo largo de este texto, el autor de *Sinbad el varado* hace innumerables referencias a Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Brémond y Valery. *Poesía —¿Pura?— plena. Ejemplo y sugestión*, en Inés Arredondo y Tomás Segovia, “Gilberto Owen o el rescate”, en Suplemento, *Plural*, 37, diciembre de 1974, p. 62-64.

Ortiz de Montellano y Xavier Villaurrutia tuvieron su mayor época de participación en el gobierno obregonista, durante los últimos años de la década de 1920 en la administración de Bernardo Gastélum como Secretario de Salud, época desde la cual les sobrevino que les llamaran el ‘Parnasillo de Salubridad’. Muchos de ellos buscaban su permanencia dentro de la administración pública para obtener espacios que les permitieran escribir y publicar. Poco después tuvieron la agudeza de ver en Genaro Estrada a su siguiente mecenas y lo lograron cuando Estrada se convirtió en asiduo patrocinador y al mismo tiempo colaborador de la revista *Contemporáneos*. Varios miembros del grupo se dedicaron al trabajo diplomático con el apoyo de Estrada en la Secretaria de Relaciones Extranjeras. Así, tanto Gastélum como Estrada se convirtieron en el lazo que unió a los jóvenes literatos con algunas dependencias públicas, lo que permitió que pudieran obtener un espacio –además de una seguridad económica– que les dejaba expresar su creatividad.

Los diversos integrantes de los grupos que forman a los Contemporáneos se disponían ya desde hace tiempo a vigilar su permanencia en el poder con la misma táctica de siempre: estar cerca de un poderoso interesado en la cultura.⁸⁵

El grupo de Contemporáneos, a pesar de su trabajo en el gobierno, trató de no comprometer su obra, como lo hicieron los artistas nacionalistas. Tenían muy claro que era necesario participar en el gobierno para lograr poner en práctica su proyecto, para ubicar en primer lugar a México, más allá de sus fronteras tanto geográficas como simbólicas y colocarlo a la altura de los grandes países, pensando siempre en Francia como el faro que debería guiar el desarrollo de la cultura nacional. Para ellos era necesario impedir que el país se cerrara sobre sí mismo y que no se abriera a lo extranjero, sobre todo en las manifestaciones artísticas.⁸⁶ La meta de Contemporáneos era universalizar la cultura mexicana, desligándose así del insistente estribillo del coro nacionalista que predominaba en el círculo cultural, razón por la cual poco tiempo después, durante los treinta, serán el blanco de continuos ataques a los que ellos respondieron desde su trinchera intelectual.

⁸⁵ Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 310-311.

A principios de 1930, Jorge Cuesta ingresó como empleado en la Subsecretaría de Educación Pública, gracias a la intercesión de Bernardo Gastélum.⁸⁷ Cuesta tuvo la plena convicción de que mediante su aportación al gobierno iba a poder llevar a cabo sus proyectos personales y de grupo. Aunque eso no fue un argumento lo suficientemente fuerte para que no estuviera en conflicto permanente con el Estado, con la sociedad, con otros grupos culturales y que no lograra ser aceptado ni reconocido en su momento. A partir de todo esto es que surge una interrogante: ¿a qué se debieron las continuas polémicas en las que Cuesta se vio envuelto?

La razón pudiera ser que el medio en el que habitó no hubiera sido el que más a propósito sirviera a Cuesta para dar a conocer su enorme potencial intelectual, es decir, los razonamientos de un intelectual como el que se analiza, estaban fuera de tono con lo que había en México en los años treinta. Por lo que se dio a la tarea de construirse las condiciones necesarias para lograrlo y lo hizo a través de polémicas, de provocaciones y de razonamientos personales que convirtió en públicos para abrirse espacios que le permitieran fincar sus creencias intelectuales. Por lo tanto no resulta extraño que se le considerara pernicioso para el medio literario en el cual se desarrolló.

La consignación de Cuesta, de sus colaboradores y la clausura de *Examen* en 1932 —a tan sólo tres números publicados— por parte de las autoridades con el argumento de que el lenguaje que se utilizaba faltaba a la moral es uno de los episodios que retrata más fielmente el rechazo a sus razonamientos. Este conflicto se dio a raíz de la publicación de la novela *Cariátide* de Rubén Salazar Mallén; —historia que tenía como principales personajes a gente del pueblo y a los cuales el autor les hace expresarse con el habla propia del medio en el que se desarrollan—. La acusación que se les hizo provino de un ataque encubierto al Secretario de Educación Pública, cuestión que no pasó desapercibida para el escritor. Esta rivalidad a fin de cuentas no era más que una discusión a nivel cultural entre Jorge Cuesta y quienes

⁸⁶ Este problema, se ve expuesto con mucha mayor claridad en el tercer capítulo de este trabajo, en el análisis que se elabora de los ensayos de Cuesta, en dónde el nacionalismo y el universalismo ocupan un gran espacio en la discursiva cuestiana.

⁸⁷ Jorge Cuesta, *Poemas y Ensayos I*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964.

atacaban a Narciso Bassols, miembros de un proyecto social a la sazón bastante conservador y celoso guardián de las buenas costumbres y de la conciencia pública.⁸⁸

Ahora bien, por lo que se refiere a las opiniones anónimas que aparecieron con los ataques de la prensa de que fuimos objeto, Ud. mismo comprendió desde un principio que la verdadera finalidad de esos ataques era la gestión de Ud. en la Secretaría de Educación y que no debíamos esperar que tuvieran realmente la convicción que en la revista *Examen* se hubiera cometido un delito de prensa.⁸⁹

Según Cuesta, esta agresión se debía a las facciones de origen reaccionario y católico, que estaban visiblemente contrariadas por la postura inflexible que había tomado el gobierno al reglamentar la educación y eliminar la actividad del clero en el ámbito educativo. Varios de los colaboradores de *Examen* trabajaban en el aparato gubernamental y *Cariátide* había sido tomada como pretexto para causarle un conflicto al Secretario de Educación, con el propósito de desprestigiar el proyecto cultural que se estaba implementando desde el gobierno con referencia a la educación sexual que se pretendía enseñar en las escuelas públicas.⁹⁰

El contexto y la época en la cual Cuesta vivió provocaron que cada vez más se viera en él a un reaccionario, a un personaje que devino en contra de los códigos morales y culturales de la época y del pensamiento que guardaba aún los resabios del romanticismo decimonónico. Su espíritu inquisitivo no le permitía hacer concesiones ante personajes, ideologías y doctrinas, lo que le ocasionó serios problemas para aceptar la política predominante de su tiempo.

Jorge Cuesta a través de sus ensayos trató de derribar las columnas que sostenían la retórica nacionalista, entendida ésta como el nacionalismo revolucionario que influyó en la mayoría de las manifestaciones artísticas como la de los músicos, los muralistas, los novelistas de la Revolución, que se adueñaron del discurso oficial, exaltando también la fuerza del proletariado y la importancia de los localismos. Inclusive la pasión nacionalista alcanzó

⁸⁸ Augusto Isla, *Jorge Cuesta. El león y el andrógino*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.

⁸⁹ Jorge Cuesta, "Carta al Secretario de Educación Pública" en *Obras*, tomo II, México, Ediciones del Equilibrista, 1994, p. 298-303.

⁹⁰ Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos...*, *op. cit.*, p. 390.

ámbitos como el de la política, la educación, la religión, anteponiendo la ascensión del Pueblo como depositario y único beneficiario de los bienes obtenidos del movimiento armado iniciado en 1910.⁹¹

JORGE CUESTA DESDE OTROS HORIZONTES

La personalidad y la obra de Jorge Cuesta han dado oportunidad para que se escriba sobre ambos temas desde diferentes perspectivas, en diversos momentos históricos y a partir de distintos ámbitos. Es una escritura a partir de los horizontes de enunciación de investigadores, literatos e historiadores, tomando en cuenta otros niveles de análisis y obviamente esa multiplicidad de imágenes también dependió de los intereses de cada uno de sus lectores influidos por su propio horizonte. Cada uno de los textos que se escribieron sobre él posteriores a su muerte, ofrecen la posibilidad de leer varias facetas de Cuesta y lograr múltiples interpretaciones de un mismo personaje. En estos textos el propio Cuesta es el objeto de estudio para autores que escribieron después de la recuperación de la figura cuestiana.

La imagen creada a finales de los veinte y los treinta tanto de Contemporáneos como en particular de Jorge Cuesta tuvo que ser superada y repensada en la década de los sesenta, siempre a partir de una búsqueda que conllevaba una intención determinada que tenían los lectores de estos años. En la década de 1980 se inició una nueva lectura, ya no de la figura de Cuesta, sino ahora de su obra, que si bien tuvo su punto de partida en la nueva faceta que se adjudicó a este escritor desde los años sesenta, ya en el decenio de los ochenta se pensó no tanto en Jorge Cuesta como en su obra poética, dándole ahora la imagen de un excelente poeta, lo que años antes no había sido tomado en cuenta.

La búsqueda que hacían autores como Luis Mario Schneider y Miguel Capistrán, presentaron un Jorge Cuesta que se inclinaba más hacia lo literario que a lo político, y esto es un indicio importante para saber qué se buscaba encontrar en Jorge Cuesta en 1964. La biografía que presentan en el prólogo de *Poemas y Ensayos*, en su primera edición, afirmó que en el caso de Jorge Cuesta era mucho más fácil encontrar datos de cuando era niño y adolescente que en su madurez, no obstante yo difiero de tales afirmaciones, pues existe

⁹¹ Augusto Isla, *Jorge Cuesta, op. cit.*, p. 130.

información acerca de las actividades de Jorge Cuesta, en las entrevistas que les hicieron a su familia y amigos, después de su muerte. Sin embargo, la intencionalidad de Schneider y Capistrán se inclinaba a armar el discurso del "intelectual ideal", por lo tanto no fueron incluidos los datos que pudieran desvirtuar la imagen que ellos querían proyectar acerca del escritor cordobés en el momento en el que ellos enuncian.

La resignificación que se hace de Jorge Cuesta, durante estos primeros años posteriores a la publicación de la obra cuestiana, está mucho más enfocada a darle una imagen más positiva, a dar por sentado su gran trabajo poético. El objetivo es alejarlo de los escándalos (su supuesto homosexualismo, del incesto, de su suicidio), del ámbito de lo político (sus críticas a algunos proyectos políticos), de su relación con el gobierno, estos elementos son excluidos, pero me parece que más que ignorarlos, estos investigadores decidieron que la figura que se necesitaba o que se debía privilegiar en este momento era la de poeta.

La idea de formar una visión del Cuesta poeta, se verá mucho más reforzada en los análisis que se harán de él y de su obra en momentos posteriores, retomando la faceta de escritor de poesía para que sirviera como eje principal para realizar otros estudios que se hicieron de él desde una óptica y necesidades distintas. Se enfatizó lo valioso de sus sonetos y se dejó de lado la actividad ensayística pues, si bien mencionan que escribía ensayos, no realizaron una exégesis más profunda de ellos. Como prueba de esto se encuentran los textos que construyeron la imagen del poeta excelso mediante los testimonios de personas allegadas a Cuesta tal como fueron Elías Nandino, médico suyo y compañero de aventuras literarias, Rubén Salazar Mallén escritor de la novela que le valió a Jorge Cuesta la consignación de *Examen* y Guadalupe Marín, con quien estuvo casado de 1929 a 1932 y madre de Lucio Antonio, hijo único del escritor.

El número 114 de *Nivel* publicado en 1972, se dedicó por completo a Jorge Cuesta; en este ejemplar destacan los textos "Retrato de Jorge Cuesta",⁹² que fue escrito por Elías Nandino, donde el autor nos dice que la existencia de Cuesta, se consumía por su evasión, así como también contó que lo había conocido cuando el intelectual tenía veintitrés años. En este

escrito, Nandino aseguró que Cuesta nunca había conocido la niñez ni la juventud por haber nacido con estampa de hombre maduro, habló también acerca de la profunda inclinación que Jorge Cuesta tenía por el rigor tanto científico como poético. El número contiene las opiniones de Rubén Salazar Mallén en su “Jorge Cuesta”,⁹³ donde lo compara con el Sócrates de René Krauss, ‘un hombre corpulento y desgarrado, poseído por el demonio del análisis’. *Nivel* cerró el número presentando algunos poemas de Cuesta entre los que destaca el *Canto a un dios mineral*, poniendo especial énfasis en la grandeza lírica del poema.

El Sol de México en la cultura le dedicó a Cuesta el suplemento de junio de 1977, al publicar los textos “Jorge Cuesta. ¡Oh inteligencia, soledad en llamas...”⁹⁴ de la pluma de Daniel Dueñas, que resalta la importancia y especial significación que tiene la obra de este escritor, inteligente y trágico en el más absoluto sentido que implican estos términos. Miguel Capistrán escribió un trabajo que muestra la influencia que tuvo sobre Cuesta el famoso personaje de Paul Valery, ‘Monsieur Teste’, pues decía que ambos eran analíticos, críticos y severos para con ellos mismos. Roberto Páramo realizó una interesante entrevista a Guadalupe Marín, esposa de Cuesta por un corto tiempo. En esta entrevista, la autora de *La Única* expuso las impresiones que le dejó su convivencia con Cuesta y cómo al final de su vida, veía en su ex-esposo a un hombre que vivió por y para su inteligencia. Elena Urrutia presentó una entrevista a Natalia Cuesta, hermana del poeta, quien desmintió varios de los mitos creados acerca de la figura de su hermano, tales como el incesto que supuestamente había cometido con ella y con Antonio Cuesta Marín, además de que aclaró las circunstancias en que se suicidó. Uno de los textos que complementaron el suplemento fue ‘El affaire Examen’, que es el relato de la demanda establecida contra Jorge Cuesta y los colaboradores de la revista *Examen*; relacionado con este asunto se encuentra el texto ‘Literatura y pornografía’ de la autoría de Cuesta. Berta Taracena trajo a colación la producción pictórica de los años treinta y la relación de los miembros de Contemporáneos con

⁹² Elías Nandino, "Retrato de Jorge Cuesta", *Nivel*, 114, junio 1972, pp. 1, 2, 8.

⁹³ Rubén Salazar Mallén, “Jorge Cuesta”, *Nivel*, 114, junio 1972, pp. 1, 2, 8.

⁹⁴ Daniel Dueñas, “Jorge Cuesta. Oh inteligencia, soledad en llamas...”, pp. 1, 2; Miguel Capistrán, “Jorge Cuesta o el obstinado rigor”, pp. 3-4; Roberto Páramo, “Lupe Marín y el más triste de los alquimistas”, pp. 5,6; Octavio Paz, “La caída. A la memoria de Jorge Cuesta”, p. 7; Berta Taracena, “Acento propio en la pintura durante la época de Jorge Cuesta”, pp. 8-10; “El affaire Examen”, p.11; Elena Urrutia, “Habla Natalia Cuesta”, pp. 12-14; “Sus Contemporáneos”, p. 15; *El Sol de México en la cultura*, suplemento cultural, 140, junio 1977.

algunos pintores. Algunos de los antiguos miembros del grupo escribieron para este suplemento las opiniones que él les mereció. Por último, se incluyó el poema *La Caída* que le dedicara el joven Octavio Paz.

Los ejemplos anteriores del análisis que hicieran estos escritores, expresan un horizonte distinto, cuya lectura estuvo mucho más vinculada con la percepción que se tuvo sobre Jorge Cuesta como ser humano, en su lado íntimo y como artista, pero tomando como guía la imagen del poeta. No obstante, el fin de los artículos que se han presentado en los párrafos anteriores fue el de refigurar la personalidad más que la obra escrita de este personaje, pues la mayoría de estos comentarios tuvieron un profundo interés por descubrir la esencia misma del comportamiento que Jorge Cuesta observara en su cotidianidad. Tanto Nandino, Salazar Mallén y Dueñas, así como la entrevista que Roberto Páramo hiciera a Lupe Marín, tenían un único propósito: poner al descubierto la parte humana de una personalidad signada por la inteligencia.

Los trabajos que Louis Panabiére, Nigel Grant Sylvester, Adolfo León Caicedo, Jorge Aguilar Mora y Octavio Paz realizaron sobre el poeta cordobés son de los años ochenta.⁹⁵ En los libros de estos autores, Jorge Cuesta fue presentado como el tema principal de los primeros tres académicos, y es utilizado como referencia en los textos de Aguilar Mora y de Octavio Paz. Panabiére y Sylvester abordaron al personaje, tomando en cuenta su origen, su formación, sus relaciones afectivas y profesionales para crear así un contexto en el cual situar a Cuesta, y que fue imprescindible para la producción de su trabajo. En cuanto a la obra en sí, analizan la manera en que Cuesta expresó en su quehacer literario sus percepciones y opiniones del medio en que se desarrolló.

Grant Sylvester, Panabiére y León Caicedo tienen puntos de convergencia en sus apreciaciones de la obra poética y ensayística cuestiana. Louis Panabiére ofreció al lector

⁹⁵ Jorge Aguilar Mora, *La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz*, México, Editorial Claves, 1978, pp. 55-63; Adolfo León Caicedo, *Soliloquio de la inteligencia. La poética de Jorge Cuesta*, México, INBA/LEEGA, 1988; Nigel Grant Sylvester, *Vida y obra de Jorge Cuesta*, México, Premiá Editora, 1984; Louis Panabiére, *Itinerario de una disidencia. Jorge Cuesta (1903-1942)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983; Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, [3ª. Edición], 1999, pp. 163-187.

una imagen detallada de Jorge Cuesta como persona, así como también afirmó que para entender con mayor precisión a este autor, había que unir en una misma perspectiva tanto la vida como las ideas del personaje, pues ambos niveles se encontraban estrechamente ligados entre sí. Panabiére comenta que para tener una imagen de la constitución del pensamiento cuestiano, tuvo que elaborar un mapa de los itinerarios culturales del autor, donde se pusiera de manifiesto las elecciones, los rechazos y los obstáculos a los que éste se enfrentó al construir su idea del deber ser intelectual.

Un punto que me parece importante y que me gustaría destacar es que estos investigadores presentan a un Cuesta marginado tanto en lo personal como en lo público, un ser aislado, recluido en la soledad en sus relaciones con el Otro, alteridad reflejada en el sistema de gobierno y en otros intelectuales. Dice Louis Panabiére que Cuesta tuvo la virtud de lograr una independencia, una autonomía que es la verdadera cultura⁹⁶ que si bien sirvieron para ofrecerle una distancia desde la cual percibir con mayor claridad algunas problemáticas, tuvo el inconveniente de que esa misma distancia terminó aislándolo.

Adolfo León Caicedo realizó un extenso y profundo análisis sobre las particularidades de la poética cuestiana, de donde extrajo elementos para esclarecer la poesía que fue considerada oscura y hermética. Con mayor particularidad fijó su atención en el *Canto a un dios mineral*; al igual que Grant Sylvester y Panabiére, realizó una exégesis del poema, donde Cuesta puso en práctica su afán de realizar una poesía pura, que no viniera tanto de la inspiración como de un riguroso trabajo métrico y de rima y que se ha considerado dentro de la tradición poética proveniente de Sor Juana Inés de la Cruz y de Juan Ruiz de Alarcón.

La lectura de Jorge Aguilar Mora, hizo alusión a la discusión que Jorge Cuesta entabló por su crítica a problemas tales como el nacionalismo y el universalismo, dentro de un diálogo que se antojaba irreconciliable para los artistas y escritores posrevolucionarios. Aguilar Mora coincidió con la mayoría de los estudiosos de Cuesta al afirmar que la agudeza de sus

⁹⁶ Louis Panabiére *Itinerario de una disidencia*, op. cit., p. 74.

observaciones lo condenaron al ostracismo y que a pesar de tener una idea muy clara acerca de la tradición, fue irremediabilmente excluido de ella.⁹⁷

Uno de los escritores más conocidos de México, Carlos Monsiváis, abordó a este Contemporáneo en un texto que fue parte de la colección de los Grandes Maestros Mexicanos y que sólo lleva por título *Jorge Cuesta*. En la primera parte de este libro Monsiváis relató la vida de Jorge Mateo Cuesta Porte-Petit, su nacimiento, su infancia, habló del carácter enérgico de su padre “lleno de rencor contra los bandidos y demagogos de la Revolución”, narró la forma en que el gobierno de Adalberto Tejeda expropió las tierras a su familia. Aludió la manera en que tiempo después, en el Café América, se reunió con los que serían sus amigos personales y compañeros de aventuras literarias. El autor nombró a Cuesta como *el crítico más escrupuloso y exigente de los Contemporáneos*,⁹⁸ opinión que permite acercarse al imaginario que prevalecía en los ochenta con respecto a Jorge Cuesta, es decir, se siguió poniendo de manifiesto la actitud crítica

En la hemerografía de la década de los ochenta, se puede constatar el interés que Cuesta despertaba. En los diarios se encuentran varios artículos que se referían a él, como por ejemplo, el que apareció en 1984 y que daba a conocer la presentación del libro de Louis Panabiére editado por el Fondo de Cultura Económica y de la mesa de discusión que se llevó a cabo para analizar la obra de Cuesta presidida por Adolfo Castañón, traductor del libro.⁹⁹ En el mismo año, en la sección de Francisco Zendejas titulada *Multilibros* se desplegó un texto a propósito de la publicación del libro de Nigel Grant Sylvester, *Vida y obra de Jorge Cuesta*. Zendejas afirmó que Cuesta “sigue de moda” y que sólo un desliz observaba en el libro, haciendo referencia a que el investigador inglés dio por sentado el incesto cometido por Cuesta.¹⁰⁰

⁹⁷ Jorge Aguilar Mora, *La divina pareja, op. cit.*, p. 62.

⁹⁸ Carlos Monsiváis, *Jorge Cuesta*, México, Editorial Terra Nova, 1985.

⁹⁹ Anónimo, “Publica el FCE un libro sobre la figura y el pensamiento de Cuesta”, *Excélsior*, mayo 1984, p. 6.

¹⁰⁰ Francisco Zendejas, “Cuesta sigue de moda”, *Excélsior*, octubre 1984, p. 6.

En 1986 Christopher Domínguez Michael, publicó dos artículos en el periódico *Uno más uno*,¹⁰¹ en los cuales mostró su descontento ante la crítica que dibujaba a Cuesta rodeado de una oscuridad y una excrecencia que provocaban que no se le leyera de manera adecuada. Domínguez Michael se preguntó por qué nadie inquirió sobre lo que leía Cuesta, ya que este autor señaló que la escritura cuestiana estaba respaldada por una historia intelectual y una tradición crítica que conformaron sus ideas estéticas y políticas. Aseveró que muchas de las claves de su pensamiento podían hallarse en la *Nouvelle Revue Francaise* de los años veinte y treinta, revista literaria que publicaba a escritores como André Gide, Romain Rolland, Valéry Larbaud, Guillaume Apollinaire, Marcel Proust y Paul Valéry.

Como puede verse, los investigadores conservaron el interés por Jorge Cuesta en la década de 1980, pero buscando algo distinto. Se dejó atrás la arqueología que se hiciera en la década de los sesenta y setenta, y se dio paso a una visión más profunda de la poética de este escritor. En la década de los ochenta, son otras las expectativas que se tenían para seguir ahondando en la obra cuestiana y también fueron otros los resultados que se obtuvieron de esa lectura. Por lo tanto, la figura cuestiana cambió radicalmente en los años ochenta, floreció una apreciación positiva sobre Cuesta y su obra. Fue una manera novedosa de abordar a un autor que por mucho tiempo permaneció en la oscuridad de la tumba en la cual le depositaron, tanto física como literariamente. Resurgió para ser la imagen de un poeta profundo que había tenido la suficiente sensibilidad para escribir las últimas líneas de su poema más codiciado, poco antes de ser internado en una institución para enfermos mentales. Sin embargo, esa última acción camino a la locura, dejó de ser parte de la leyenda negra, para transmutarse en la imagen mítica de un escritor que lo perdió todo, menos su gran inteligencia.

Los años noventa no podían ser la excepción dentro de la larga cadena de análisis que se hicieron tanto de la vida como de la obra de Jorge Cuesta.¹⁰² Durante esta década, la

¹⁰¹ Christopher Domínguez Michael, “Discutir a Jorge Cuesta II. El liberalismo de Jorge Cuesta”. *Uno más uno*, marzo 1986.

¹⁰² Dice Luis Maristany que “la propuesta de Contemporáneos suscita en México desde hace unos años, un interés crítico y editorial creciente. Se han reeditado sus revistas, se han exhumado sus textos y se han publicado estudios que sitúan el perfil y el valor particular de cada uno de los autores y la significación cultural del grupo en su conjunto.” Afirma también que estos escritores nunca pretendieron ser espejo de su país, ni llevar inscrito en ellos alguna marca social o étnica diferente de los demás. Luis Maristany, *Contemporáneos*.

academia hizo lo posible para conocer a través de un cristal distinto las circunstancias que propiciaron una escritura que tenía las peculiaridades necesarias para ser considerada digna de tantos y tan variados estudios. Gracias al proceso que hemos visto a lo largo de tres décadas, "la profundidad", "el rigor", "la inteligencia", etc., eran adjetivos que ya no se le escamoteaban a Jorge Cuesta.

Según Schneider, en el prólogo que hiciera a la edición de la colección de Lecturas Mexicanas de 1991 y que lleva por nombre *Jorge Cuesta. Poesía y crítica*, dijo que

[...] en un contexto de proliferación vagarosa (*sic*) y de palabras tímidas y que se esfuman hace de Jorge Cuesta –poeta y científico, mitólogo y analista- una figura singular porque a través de su obra y en el curso de ella quiso y pudo evadir el capricho de las fantasías, de los intereses, sentimientos y resentimientos subjetivos para acceder a una altura, a una distancia, a un desprendimiento. Lo intentó y lo logró en todos los terrenos, evadiendo, en todos, la mecanicidad de los diversos intereses creados, aquí de las políticas, allá de los escritores y poetas [...] y de transitar contra la corriente conformista, de decir lo que se piensa, de comunicar su pensamiento en voz alta, hizo de Cuesta (y lo es aún) un pensador vigente, un pensador maestro.¹⁰³

Esta cita es bastante esclarecedora en cuanto a la imagen predominante de Cuesta, que es ante todo y sobre todo un ‘pensador’. Cumplía con creces su papel de intelectual, que todo el tiempo observa y reflexiona acerca de las circunstancias que le rodean proponiendo respuestas, pero al mismo tiempo planteando nuevas interrogantes.

Muchos estudiosos no dejaron atrás su inquietud por entender, cada vez con mayor profundidad, las causas del rechazo que había perseguido al grupo de Contemporáneos durante los treinta, si en los noventa se daba por sentado lo brillante de su trabajo. Por este motivo, dio inicio una nueva época en que se hicieron estudios monográficos y en general

José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Salvador Novo, España, Anaya & Mario Muchnik/ Ayuntamiento de Málaga, 1992

¹⁰³ Luis Mario Schneider, “Jorge Cuesta o las paradojas de la inteligencia”, en *Jorge Cuesta. Poesía y crítica*, 3ª Serie, Lecturas Mexicanas, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, pp. 13-18.

sobre cada uno de estos escritores, el ejemplo más conocido es *Los Contemporáneos ayer*¹⁰⁴ de Guillermo Sheridan que se ha convertido en referencia obligada para saber acerca de este grupo literario.

Los Contemporáneos ayer realiza un exhaustivo recorrido por la historia del grupo, desde sus precoces incursiones dentro del aparato gubernamental, el encuentro de los distintos miembros del grupo, la creación de sus revistas, sus intereses comunes. También ilustra acerca de las discusiones con escritores de distintas generaciones que recelaban de sus opiniones, tal como sucedió a raíz de la publicación de la Antología, y aborda el alejamiento que se dio entre ellos. Sheridan concluye con un estudio, a manera de epílogo, acerca de la revista *Examen*, que fue la manifestación crítica más madura que habían realizado, ya no como un grupo, pero sí con varios miembros de lo que había sido Contemporáneos.

En *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*,¹⁰⁵ editado por El Colegio de México se presentaron ensayos sobre la actuación de varios miembros del grupo, como Jaime Torres Bodet y Carlos Pellicer. En este libro también se observa cómo se desarrollaron las relaciones que los Contemporáneos mantenían con distintos ámbitos del arte, como el cine, las artes plásticas y su relación con otros grupos literarios, como los estridentistas. En este libro hay tres artículos que abordan a Jorge Cuesta; uno de Adolfo León Caicedo titulado “Jorge Cuesta: Pensar la poesía”, en el cual Caicedo escribió acerca de la meticulosidad de la escritura cuestiana, así como de las influencias (Valery, Gide y Nietzsche) de las cuales tomó ejemplo y manifiesta el desarraigo de la poesía de Cuesta. María Stoopan, en “El arte como conocimiento en la estética cuestiana” hace referencia a la discontinuidad que existe entre el arte por su originalidad y sus deseos de libertad y la realidad tangente e inmediata. Cristina Múgica en su “Jorge Cuesta ante *Muerte sin fin* de José Gorostiza.” presenta la lectura que Cuesta hizo del poema de Gorostiza y del cual aseguró que el asunto principal del poema era la pasión religiosa del alma.¹⁰⁶

¹⁰⁴ Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

¹⁰⁵ Rafael Olea Franco y Anthony Stanton (editores), *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*, México, El Colegio de México, 1994.

¹⁰⁶ Rafael Olea Franco y Anthony Stanton (editores), *Los Contemporáneos en el laberinto...*, *op. cit.*, pp. 197, 247, 383.

Adolfo Castañón en su artículo “Contemporáneos: ¿Homenaje o vasallaje?”¹⁰⁷ exaltó a los Contemporáneos, por su eterna búsqueda del arte puro. Adolfo Castañón comentó:

La generación de Contemporáneos representa ese brote tardío en la literatura emancipada de la política con una excepción o un matiz [...] Viven en carne y martirio propio los problemas del arte, [y] la voluntad de la claridad intelectual.¹⁰⁸

Adolfo Castañón hizo una alegoría del episodio en que San Jorge se enfrentó al Dragón; en esta alegoría Cuesta personificó el papel del santo y al gobierno correspondió la imagen del dragón, dando a entender la lucha constante entre el arte y la política. Castañón escribió para preservar la imagen del Cuesta poeta, no oscuro ni hermético, sino profundo, de un poeta que no se entrega fácil, sino que exige de sus lectores un esfuerzo por analizar a fondo la lectura de sus textos.

La de Cuesta es una defensa del espíritu en contra del poder, una defensa del poder espiritual en los momentos del asalto a la razón y de la Institución de una Razón de Estado en contra del espíritu de libre examen [...] Se ha insistido mucho en que Jorge Cuesta fue el espíritu crítico de una generación y hoy diríamos de toda una época.¹⁰⁹

Para Castañón, Cuesta realizó una búsqueda intensa del significado de la palabra y asevera que gracias a su trabajo literario y su ensayística política realizados en un momento de constitución y formación de instituciones tanto educativas, como culturales y mitológicas su aportación había ayudado a esclarecer varios de los dilemas de su época. Siguiendo a Adolfo Castañón, la obra cuestiana perdura a través de la distancia porque conserva una gran actualidad debido a la reflexión que hizo, no limitándose a ser un mero espectador, sino que aportó una visión clara de los acontecimientos que tenían lugar durante los treinta, ofreciendo a los lectores, de un horizonte distinto, la posibilidad de entender las dinámicas de la sociedad de esa década.

¹⁰⁷ Adolfo Castañón. *Arbitrario de la literatura mexicana. Paseos I, La reflexión*, México, [s.e], 1993.

¹⁰⁸ Adolfo Castañón. *Arbitrario...*, *op cit.*, p. 107.

Un trabajo que vio la luz en esta década es la que se estimó como la más acabada de las recopilaciones de la escritura cuestiana; me refiero a *Jorge Cuesta. Obras*.¹¹⁰ Ésta edición de 1994 fue considerada por mucho tiempo como la más exhaustiva, ya que recogía varios textos que no fueron incluidos en *Poemas y Ensayos*, primera de las recopilaciones que databa de 1964. Esta nueva edición se debió también al trabajo de Miguel Capistrán y Luis Mario Schneider, y se diferenció de sus antecesoras por la inclusión de *Correspondencia y de índices onomásticos* útiles para quien deseara acercarse a estudiar la obra cuestiana. La de 1994, ofrecía un panorama más amplio de ensayos y varias versiones de los poemas, lo cual nos muestra la meticulosidad con la que Jorge Cuesta componía su poética.

Los trabajos de José Joaquín Blanco y de Christopher Domínguez Michael, de 1996 y 1997 respectivamente, retomaron el tono con que Adolfo Castañón había escrito sus apreciaciones poco tiempo antes. José Joaquín Blanco dedicó a los Contemporáneos un extenso ensayo,¹¹¹ que dividió en varios apartados: "La Juventud de Contemporáneos", en el cual hace un recuento de las condiciones que influyeron para que unos jovencitos tomaran en sus manos la producción cultural del país, a falta de una generación anterior que por causa de la lucha revolucionaria había estado ausente. En "Las influencias y los maestros" Blanco ubica a quienes fueron influencias determinantes en la poética de los Contemporáneos, tanto extranjeras como nacionales, y menciona a quienes fueron –según los mismos Contemporáneos– sus maestros, es decir a literatos como López Velarde, Vasconcelos, Henríquez Ureña y Tablada.

Blanco dedicó un apartado a las críticas literarias de Gorostiza, que constaba de *materiales breves, rápidos y ligeros* en los cuales tenía un amplio abanico de intereses para criticar: teatro, cine, música, poesía, pintura y escultura, que aparecieron en columnas periodísticas o de revistas. De Villaurrutia, da por sentada su actividad crítica sobre poesía y cine, pero Blanco va más allá y hace un recorrido en busca de la crítica interior a sí mismo, para encontrar el origen de la exquisita poesía de este Contemporáneo. La crítica de Novo, más

¹⁰⁹ Íbidem, pp. 123-124.

¹¹⁰ Jorge Cuesta, *Obras*, Recopilación de Luis Mario Schneider y Miguel Capistrán, Tomo I y II, Michigan, Ediciones del Equilibrista, 1994.

¹¹¹ José Joaquín Blanco, *Crónica literaria. Un siglo de escritores mexicanos*, México, Editorial Cal y Arena, 1996.

que crítica –dice Blanco– fue un autorretratarse, más que hablar sobre algún tema en específico, su afán era mostrar al público su brillante insolencia. Elaboró otro apartado con la crítica de Pellicer, Owen y Torres Bodet, quienes no tocan la crítica más que en breves ocasiones, siendo en realidad su trabajo poético lo que conlleva en sí mismo un cariz crítico. El artículo de Blanco concluyó con un análisis de la relación que había entre Contemporáneos y el Estado entre 1920 y 1970, en el cual se establece el menoscabo de sus actividades literarias al que se vieron sometidos la mayoría de ellos, al ingresar por completo al aparato burocrático.

El trabajo de Blanco evalúa la actuación de este grupo literario, pone de manifiesto la crítica cultural que estos escritores hicieron desde diferentes puntos de vista hacia cuestiones como la literatura, el arte y con respecto a la política. Es importante destacar que Blanco afirma que para varios de los Contemporáneos, la poesía fue un género clandestino y personal debido a la dificultad que implicaba que sus obras fueran aceptadas, ya que se les tachaba de extranjerizantes, por lo tanto tuvieron que cultivar su poesía en la intimidad, y que en algunos casos fue marcadamente escasa, tal como sucedió con Jorge Cuesta.

Domínguez Michael en “Contemporáneos, los enemigos de la promesa”¹¹² expone a los Contemporáneos como un grupo que fue atacado desde varios frentes poniendo especial atención en las burlas que hacían sobre ellos otras agrupaciones literarias como los estridentistas. Retomó el episodio suscitado en octubre de 1932, cuando se fundó desde la Cámara de Diputados un Comité de Salud Pública, viéndose en él un instrumento encargado de vigilar el acceso de "elementos de dudosa calidad revolucionaria" a los puestos oficiales y sobre todo para darle caza a la jauría de “invertidos extranjerizantes”.¹¹³

¹¹² Christopher Domínguez Michael, *Tiros en el concierto. Literatura mexicana del siglo V*, México, Editorial Era, 1997.

¹¹³ Sheridan proporciona un poco más de información sobre este Comité de Salud Pública, que surgió gracias al auspicio de un grupo de diputados que se autodenominaba Bloque Nacional Revolucionario, que tenía la intención de "turnar los expedientes de todos los malos mexicanos al mismo Presidente de la República", para que fueran valoradas las actitudes y comportamientos de quien deseara conseguir un trabajo en el aparato gubernamental. Guillermo Sheridan, *México en 1932: la polémica nacionalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 71-72.

Domínguez Michael afirma que después de medio siglo sigue molestando la existencia de un mandarinato soberbio y despectivo, tal y como califica a todo el grupo de Contemporáneos y menciona al respecto que:

En los años treinta se les humilló y persiguió como grupo desde las tribunas parlamentarias o las columnas periodísticas [acusados de] poetas practicantes de la oscuridad hermenéutica, sospechosos de baja erótica, escritores de fines inconfesables ocultos tras máscaras teatrales, financiados por damas de alta sociedad. Los Contemporáneos crecieron y murieron de cara a un Estado posrevolucionario [...] ¹¹⁴

Domínguez Michael hace patente la estrecha vinculación entre Jorge Cuesta y Julien Benda, pues tituló la primera parte de su ensayo “La formación de un clérigo”, y sobre todo afirmó que sin lugar a discusión Cuesta fue el primer intelectual moderno de México. Domínguez afirma que la aportación de Cuesta a la discusión de la política ha sido una de las más notables contribuciones que intelectual alguno hubiera hecho en la historia de las ideas mexicana. Así como también no excluye que el trabajo que realizó Cuesta alcanzó niveles que muy pocos hubieran podido superar, ya que opinó sobre personajes y temas que se suponían intocables. El texto llamado “La crisis de la Revolución Mexicana” y sobre Vicente Lombardo Toledano, quien en los treinta tenía un gran poder por su cercanía con el Presidente Cárdenas y la influencia que tenía sobre gran parte del bloque obrero de la época son un buen ejemplo de ello.

A fines del siglo XX su reputación es firme y pasará algún tiempo antes de que otra generación lo ponga en duda. Es una de las pocas victorias morales que la posteridad le ha concedido a un intelectual mexicano. ¹¹⁵

Cristina Múgica escribió *Jorge Cuesta. Sonetos*, libro que contiene un retrato escrito y un estudio preliminar. El texto incluyó una carta astrológica natal que hiciera su sobrina, María Eugenia Peláez Cuesta. En este libro hay una análisis que la autora llama ‘radiografía’ en la cual se describe el modo en el que Jorge Cuesta escribía sus sonetos y la autora afirma que su obra poética lo convertía en un ‘tentador’, en una especie de demonio que buscaba en las

¹¹⁴ Christopher Domínguez Michael, *Tiros en el concierto*, op. cit, p. 235.

¹¹⁵ Íbidem, p. 275.

profundidades la materia con la cual escribir su poesía. En cuanto a la carta astral, ésta se refiere a las influencias de los astros que determinaron –según Peláez Cuesta– la existencia del poeta, afirmando que a partir de los signos zodiacales se podía inferir el mundo intelectual que bullía dentro de él, pero que también se veía que la confluencia de los signos y astros, ascendentes sobre su vida, tendrían mucho que ver con su muerte.¹¹⁶

La hemerografía expresa también la importancia y vigencia de Cuesta. En *La Jornada* está el artículo que Miguel Capistrán escribió con motivo de los cincuenta años de la muerte del poeta, donde se relata la manera en la cual Jorge Cuesta puso fin a su vida después de varios intentos de suicidio. Habló acerca de cómo había rescatado junto con Schneider la obra cuestiana y presentó dos textos no incluidos en las *Obras* que se titulan “Acerca de Unamuno” y “En la exposición de arte moderno”, este último fue publicado en *El Universal Ilustrado* en 1926. Capistrán terminó su ensayo con unas breves líneas de Cuesta con referencia a su idea sobre el suicidio: *Porque me pareció poco suicidarme una sola vez. Una sola vez no era, no ha sido suficiente.*¹¹⁷

Las revistas especializadas acogieron varios trabajos que se hicieron sobre Jorge Cuesta, entre éstas se encuentra *Literatura Mexicana*, publicación periódica de la Universidad Nacional Autónoma de México, que en 1998 publicó un artículo de Rodolfo Mata titulado “El fruto que del tiempo es dueño. Jorge Cuesta: Canto a un dios mineral”¹¹⁸ en el cual el autor describe su muerte y la leyenda negra que se formó en el momento del suicidio. Mata habla acerca de la formación como químico de Cuesta y la relación que esta formación profesional tuvo con la escritura de *Canto a un dios mineral*. Un punto certero es la cercanía que Mata establece entre la poesía cuestiana y la poética de Paul Valéry.

El nuevo siglo no ha escapado a la influencia de Jorge Cuesta y al parecer ha tomado mucha mayor fuerza el interés por el pensamiento cuestiano. En 2001, Pedro Ángel Palou publicó el

¹¹⁶ Cristina Múgica, *Jorge Cuesta. Sonetos*, México Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.

¹¹⁷ Miguel Capistrán, “Jorge Cuesta: cincuenta años de una trágica muerte”, *La Jornada*, agosto 1992, pp. 24-25.

¹¹⁸ Rodolfo Mata, “El fruto que del tiempo es dueño. Jorge Cuesta: Canto a un dios mineral”, en *Literatura Mexicana Volumen IX*, número 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, pp. 107-137.

estudio llamado *Escribir en México durante los años locos*¹¹⁹ que tiene como función principal delinear el campo, tanto literario como político, en el cual se desarrollaron las actividades de Jorge Cuesta y demás Contemporáneos ubicando las circunstancias que envolvían el ejercicio de la escritura durante la década de 1920. En el año 2002, un grupo de escritores reunidos en la revista *Fractal*, se dio a la tarea de “Pensar a Cuesta”, frase con la cual titularon el número dedicado a ensayos que reflexionaron sobre varios matices de la personalidad de Jorge Cuesta. En la revista aparecen textos como “Inéditos de Juventud”, donde Víctor Peláez Cuesta, hijo de Natalia Cuesta, hermana del poeta, dio a conocer que él había encontrado entre algunas cosas que todavía conserva la familia varios textos inéditos, escritos desde los años de secundaria de Cuesta. Alfonso D’ Aquino escribió sobre “La Soledad del Alquimista”, haciendo alusión a la confluencia de intereses de Cuesta, por la poesía, los experimentos químicos y los escritores a los cuales leyó. Al igual que los anteriores, Verónica Volkow, Jesús Martínez Malo, Annick Allaigre, Francisco Segovia e Ilan Semo, ofrecen sus análisis de la obra cuestiana.¹²⁰

En 2003, La École Lacanienne de Psychanalyse, organizó un coloquio titulado *Jorge Cuesta, “La frágil ciencia del acto”* que tuvo lugar en el Instituto Francés para América Latina. Dicho evento contó con la participación de Jesús R. Martínez Malo quien fue el encargado de decir las palabras de apertura. Carlos Monsiváis, Annick Allaigre-Dunny, Jorge Huerta, Béatrice Ménard, Robert McKee Irwin, Christopher Domínguez Michael, Francisco Segovia y Adolfo Castañón, discutieron sobre diferentes aspectos de la vida tanto personal como pública de Cuesta. Se analizaron aspectos de su obra, tal como las figuras del deseo en los sonetos bajo una perspectiva a la vez literaria, psicoanalítica y filosófica. Se analiza la carta que Cuesta escribió a quien fuera su psiquiatra como un medio eficaz para observar los temores y sufrimientos padecidos por el poeta.¹²¹

¹¹⁹ Pedro Ángel Palou, *Escribir en México durante los años locos. El campo literario de los Contemporáneos*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001.

¹²⁰ “Pensar a Jorge Cuesta”, *Fractal*, Revista trimestral # 25, abril-junio, 2002, año VII, vol. VII.

¹²¹ Jesús R. Martínez Malo, *De una carta recobrada: la letra, la química y el cuerpo*, Carlos Monsiváis *La libertad del deseo*, Annick Allaigre-Dunny, *La traducción cuestiana, entre acercamiento crítico y creación*, Brigitte Complain, *El hombre planta. De públicos secretos*, Héctor Pérez-Rincón *Iconografía de una celotipia*, Béatrice Ménard, *Las figuras del deseo en los sonetos de Jorge Cuesta*, Robert McKee Irwin, “*El Único*”: Jorge Cuesta y sus bien conocidos gustos sexuales, Christopher Domínguez Michael, *Jorge Cuesta, Actualidad y destino de un pensamiento político*, Francisco Segovia, *Jorge Cuesta, la cicatriz en el espejo*, Adolfo Castañón, *Jorge*

El Fondo de Cultura Económica publicó, también en 2003, *Jorge Cuesta: Obras reunidas*.¹²² Esta nueva recopilación de la obra cuestiana consta de tres volúmenes, siendo la primera ocasión en que se presentan los textos que realizaron los especialistas sobre la vida y obra del autor. Del mismo modo se logra apreciar la totalidad de la producción del poeta, incluyendo un poema que no fue publicado en las *Obras* de 1994, en las Ediciones del Equilibrista. Se integraron las traducciones que Cuesta realizó de distintos autores franceses y norteamericanos. El segundo tomo abarca toda la obra ensayística y el tercer volumen contiene una cronología exhaustiva sobre la vida de Jorge Cuesta y la investigación bibliohemerográfica realizada por Luis Mario Schneider y Miguel Capistrán. Las presentaciones de los tres tomos, provienen de Francisco Segovia, Christopher Domínguez Michael y Jesús R. Martínez Malo, respectivamente. Esta obra en conjunto contó con el apoyo y la participación de Adolfo Castañón y Víctor Peláez Cuesta, sobrino del poeta.

En 2003, Augusto Isla, publicó en la UNAM *Jorge Cuesta: el león y el andrógino*,¹²³ ensayo que analiza desde la sociología la figura y la actuación de Jorge Cuesta, parte de su vida, de su muerte, de la soledad que siempre lo acompañó. Isla subrayó su función como crítico, puso de manifiesto las cuestiones por las que Cuesta tenía preferencia y aquellas por las cuales sentía aversión, a partir de temas centrales como el arte y la política con lo cual logra ofrecer una visión global de las inquietudes intelectuales de Cuesta.

La imagen de Cuesta, ha sido objeto de varios análisis desde horizontes distintos. Puede decirse que desde el momento en que publicó sus reflexiones poco aplaudidas y consideradas como reaccionarias en periódicos como *El Universal*. Esta imagen se transformó a raíz de su muerte, se consolidó a raíz de su redescubrimiento y se le sigue considerando como la imagen más exacta del deber ser de un intelectual. Sin embargo, la construcción que se hizo sobre Jorge Cuesta tuvo que recorrer un largo camino, iniciando con la publicación de la obra cuestiana. Luego se hizo un rescate y revaloración de la figura

Cuesta: Itinerarios hacia un itinerario. Testimonios de un lector. Coloquio de la École Lacanienne de Psychanalyse Jorge Cuesta, "La frágil ciencia del acto" Instituto Francés para América Latina, 2003.

¹²² Jesús R. Martínez Malo (coordinador), *Jorge Cuesta: Obras reunidas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

¹²³ Augusto Isla, *Jorge Cuesta: el león y el andrógino*, Col. Cuadernos de posgrado, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.

de Cuesta para moldear una escultura que correspondiera a la idea generalizada que se hizo sobre él.

Lo importante es ubicar lo que en él puede aparecer como la construcción de un intelectual paradigmático, en el cual confluyen diversas contradicciones. Crítico, analítico, reaccionario, contrarrevolucionario; intelectual y burócrata o burócrata intelectual. Son etiquetas que se le han adjudicado a Cuesta, sin embargo, es mejor tomar en cuenta su escritura y conocer a través de ella su pensamiento e ir más allá de su actuación tanto pública como privada. Esa es la intención del siguiente capítulo.

Capítulo 3. Los ensayos cuestianos: la escritura como medio de opinión

El presente capítulo desarrolla mi propia lectura, la cual plantea que si Jorge Cuesta es considerado como un intelectual crítico e independiente, fue debido a sus ensayos. Siguiendo tal idea, en las siguientes páginas presento las reflexiones que suscitaron la lectura de los escritos políticos y estéticos de Cuesta, representación de su pensamiento y de la visión que él tenía sobre diversos temas. Este capítulo propone que Cuesta representa al intelectual en permanente búsqueda de lo nuevo, lo moderno y el incesante análisis de la conciencia moderna.

La manera en que Jorge Cuesta presentó sus opiniones fue, en la mayor de las veces, mediante la escritura de ensayos. Por lo tanto, quiero hacer un breve recorrido en la manera en que este subgénero discursivo, ha sido utilizado en México desde hace dos siglos, como una forma de expresión por parte de escritores, políticos y pensadores. A continuación se detallan algunos de los ejemplos más representativos de la escritura ensayística mexicana, tradición a la cual Jorge Cuesta se inscribió.

EL ENSAYO, UNA FORMA DE EXPRESIÓN

El ensayo se ha visto como una de las formas menores de la expresión escrita. No tiene la extensión ni la profundidad de un tratado; en ocasiones se le considera que es sólo una revisión a vuelo de pájaro de los temas sobre los cuales argumenta. Se aduce que el ensayo es una exposición subjetiva del autor, falta de reflexión y de un aparato crítico que sustente el decir del ensayista. La definición más socorrida de ensayo es la que proporciona el Diccionario de la Real Academia Española al decir que "*Ensayo* es un escrito generalmente breve, sin el aparato ni la extensión que requiere un tratado completo sobre la materia".¹²⁴ Todo eso nos orilla a tener una percepción negativa acerca de la finalidad del ensayo: "es breve, no es profundo y es subjetivo". Sin embargo, se deberían considerar las ventajas que ofrecen este tipo de escritos.

Entre los méritos de esta forma de expresión escrita se pueden enlistar los siguientes puntos: en primer lugar el ensayo ofrece la posibilidad de que cualquier temática se convierta por sí

¹²⁴ José Luis Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992. Versión consultada en www.ensayistas.org.

misma en una materia de reflexión filosófica que desmenuce hasta en sus mínimas partes el asunto del cual trate el discurso ensayístico. En segundo término, la subjetividad que se le imputa al ensayo, es la forma de exponer las opiniones del autor. Siguiendo a Fernando Rodríguez Genovés el ensayo:

[...] nunca es impersonal, muestra un punto de vista, el del ensayista y la parte de realidad en la que vive y piensa. (...) se encamina al ámbito de la experiencia y ésta siempre es apropiada por partes, las que delimitan la circunstancia y la actitud del ensayista.¹²⁵

Esta defensa acerca de la validez de compartir con los demás (los lectores), su punto de vista es una de las cualidades más importantes del ensayo, pues a partir de esto, es que se ha tenido la oportunidad de observar, a través de la mirada de los ensayistas, muchas de las situaciones históricas de una sociedad. Así, los ensayos ayudan a interpretar una realidad y junto con ella los temores, los fracasos y los logros de su misma circunstancia, lo que permite dilucidar, en ocasiones, el rumbo de un individuo y más, el de una nación.

LA TRADICIÓN ENSAYÍSTICA MEXICANA

Si bien el ensayo tiene su origen en los textos de un escritor francés, Michel de Montaigne, su arraigo dentro de la historia de las letras mexicanas abarca un largo periodo. El ensayo representó para los escritores el medio más eficaz para elaborar una interpretación de su situación, pues pudieron plasmar sus opiniones de un modo mucho más subjetivo, sin tener que justificar lo que decían y tuvieron así la oportunidad de ofrecer a los ojos de todos el resultado de sus reflexiones.

La tradición de la ensayística moderna en México tiene su origen desde finales de la Colonia; se tiene noticia de trabajos de índole ensayística provenientes de la pluma de Sor Juana Inés de la Cruz, con su *Carta Atenagórica* y su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, escritos en los cuales discurre sobre temas relativos a la religión y a la actividad

¹²⁵ Fernando Rodríguez Genovés, "El ensayo y lo sopesado" en Rodríguez Genovés Fernando, *Saber del ámbito. Sobre dominios y esferas en el orbe de la filosofía*. Madrid, Editorial Síntesis, 2001, pp. 33-57. Versión consultada en www.ensayistas.org.

escriturística de la propia Sor Juana. Se cuentan también los escritos de autores como Francisco Xavier Clavijero y Pedro José Márquez.¹²⁶ La producción continuará durante la época independiente, incrementándose con el arribo de las ideas enciclopedistas de la Ilustración Francesa, que transformaron la escritura literaria colonial en ejercicio de reflexión que tenía como objetivo la libertad americana. A partir de que se tomó conciencia de las diferencias que había entre España y sus colonias, surgió el impulso de escribir las reflexiones que en lo político, lo económico y lo cultural suscitaban las lecturas ilustradas. Así, el ensayo comenzó a ser el género por excelencia para pensar y decir lo que era y debía ser América.¹²⁷

En el siglo XIX, diversos personajes encontraron en el ensayo la forma más idónea de comunicarse: José María Heredia y Heredia, el Conde de la Cortina, José María Lafragua, Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Ignacio Ramírez, José Tomás de Cuellar, Vicente Riva Palacio, Manuel Gutiérrez Nájera, Joaquín Fernández de Lizardi, José María Luis Mora, Lucas Alamán y Fray Servando Teresa de Mier quien analiza la manera en que la Nueva España podría liberarse del yugo de la dominación española, son algunos de los intelectuales más renombrados de la época que se dedican a escribir ensayos, pues logran expresar así sus opiniones sin necesidad de una amplia erudición. Estos escritores dan cuenta de la importancia que tenía el género para la intelectualidad de la época. Muchas veces presentaban a sus lectores algunas apreciaciones sobre literatura o bien discurrían acerca del trabajo de algunos escritores, aunque estos temas a veces sólo eran pretextos, pues entre líneas reflexionaron acerca de varios asuntos de importancia capital para la época.¹²⁸

[los ensayos] prueban que la actividad literaria mexicana del siglo pasado estuvo acompañada por una amplia reflexión, o podríamos decir “autorreflexión”, de quienes ejercieron el oficio de escritor y contribuyeron a darle una especial dimensión entre las actividades humanas, mayormente resaltando su utilidad y su importancia para mejorar

¹²⁶ José Luis Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*, op. cit.

¹²⁷ José Luis Martínez, *El ensayo mexicano moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, p. 17.

¹²⁸ José Luis Martínez op.cit. y Jorge Ruedas de la Serna et al, *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

a la sociedad, depurar sus costumbres, robustecer la moral pública, revalorar nuestro patrimonio geográfico y cultural, afirmar nuestra identidad y, con todo ello, fortalecer la conciencia nacional.¹²⁹

Estos pensadores compartían su quehacer intelectual, profesional y literario con el periodismo cultural y político, con cargos públicos, con actividades revolucionarias, y del mismo modo dedicaban gran parte de su tiempo a la docencia. Este ejercicio de diversas prácticas, resultaba enriquecedor, ya que les permitía tener una visión más amplia sobre varias problemáticas, lo que se tradujo en discursos llenos de hondas reflexiones acerca de la construcción y afirmación de la nacionalidad mexicana.

Las preocupaciones de estos autores no se limitaban al estudio de las condiciones del país sino que también escribían acerca de su propia situación y de las limitantes que les afectaban, es decir, sabían que su trabajo creador no era lo suficientemente bien pagado como para depender sólo de él, motivo por el cual tenían claro que necesitaban del aval de un gobierno que les protegiera para continuar trabajando en sus proyectos personales. En ocasiones su situación era precaria por lo que era importante tener constante participación en el gobierno, pues a la par que remediaba sus apremios económicos, se consideraban partícipes de un proyecto de edificación de la conciencia nacional.

Uno de los temas que más ocuparon su atención, como es lógico suponer, fue el de la situación del escritor, su desamparo, sus limitaciones, la protección que requería de un gobierno ilustrado, en un país en el que la población en general no tenía acceso a la lectura y en donde era impensable su profesionalización.¹³⁰

En ocasiones y gracias a esta condición, los escritores tenían la posibilidad de convertirse en los mentores y guías de la nación. Esta imagen surgía e incluso dependía de las circunstancias por las que atravesaba el país, pues tanto las guerras contra otros países, como las luchas intestinas y el desorden causado por ellas habían sumido a México en un caos. Esta era una

¹²⁹ Jorge Ruedas, *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX op. cit.*, pp.7-8.

¹³⁰ Jorge Ruedas, *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX, op.cit.*, p.8.

situación ante la cual se imponía la necesidad de que los pensadores sumaran sus esfuerzos para que se superaran estas etapas de desconcierto.

Los ensayistas del XIX tomaron en cuenta todos estos factores y no es de extrañar que estos hombres escribieran acerca de temas estrechamente relacionados con México. Por ejemplo Luis de la Rosa disertó sobre la “Utilidad de la literatura en México”; de igual manera que Francisco González Bocanegra hizo un “Discurso sobre la poesía nacional”; tampoco sorprende que Francisco Zarco se interesara por el “Estado de la literatura en México” y que José María Vigil hiciera “Algunas observaciones sobre la literatura nacional”. Todos los caminos llevaban al mismo lugar, esto es, a la creación, conocimiento y consolidación de un proyecto que afianzara de manera firme la idea de Nación.

En la ensayística decimonónica existían dos puntos que tenían gran importancia. El primero era la convicción de que la literatura cumplía una función particular de transmitirle una manifestación artística a los lectores. El segundo buscaba una condición de universalidad en la cual los escritores del siglo XIX, añoraban que la literatura no fuera relegada o asumida únicamente por lo local. Para lograrlo se dieron a la tarea de construir condiciones para establecer diálogos con escritores provenientes de otras latitudes, retomando elementos que les ayudaran a discutir con mayor amplitud los problemas que se pudieran presentar en el esfuerzo constructor de una nacionalidad y de una nación, que lejos de significar un obstáculo para los escritores mexicanos, representaban una posibilidad de crear una tradición propia con los valores pertenecientes a las circunstancias del país.

El tema constante en la mayoría de los ensayos modernos será México; México en su totalidad o algunos de los asuntos que interesan a la formación del país: su historia, su cultura, sus problemas económicos y sociales, sus creaciones literarias y artísticas, su pasado y su presente [...] en nuestros ensayos la inteligencia y la sensibilidad pocas veces se despliegan para solaz gratuito o puramente intelectual o estético, sino que se aplican en cambio, al servicio de revisiones fundamentales, ya de carácter cultural: la

expresión literaria o artística, el pensamiento filosófico, el carácter del mexicano o los grandes conflictos históricos y espirituales, o ya de carácter social y económico.¹³¹

En los albores del siglo XX, el ensayo siguió siendo medio de expresión para otros grupos intelectuales, continuando así con la tradición heredada de los escritores del siglo XIX, quienes escribían desde ángulos de enfoque distintos, no obstante, teniendo siempre como tema central de sus disertaciones el mismo asunto, es decir, México y las situaciones que privaban en la época.¹³² En *El ensayo mexicano moderno*, José Luis Martínez afirma que en México, la mayoría de los ensayistas se inclinaban a analizar la realidad y la problemática nacional, no importando su perspectiva personal, su disciplina de estudio o su ideología. Tal como afirma Liliana Weinberg, un tema medular para el ensayo hispanoamericano fue la dialéctica entre socialidad y comunidad. Por consiguiente, en muchos casos el ensayista reflexiona sobre una comunidad histórica y socialmente situable, y se preocupa por hacer a través de su ensayo un perfil que sea representativo de la misma. Por esta razón, los ensayistas mexicanos no lograron sustraerse a analizar la misma realidad que les rodeaba, ya que era el marco referencial en el cual estaban situados y sobre todo, era el que mayor preocupación les causaba como hombres de gran cultura.

Este afán de estudiar y discutir a México, se intensificó durante los años siguientes a la Revolución, ya que hubo nuevos planteamientos que fueron parte de otro tipo de problemáticas, así como también surgieron otros interlocutores, además de que en sí fue una etapa en la que era necesario dialogar acerca de los sucesos que diario acontecían e inquietaban a los mexicanos. Los diferentes grupos e intelectuales de la época, retomaron la doctrina nacionalista proveniente del siglo XIX, y continuaron desarrollando esta cuestión desde muy diversos ángulos, abordando diversos temas y preocupaciones.

Un grupo que se dedicó a reflexionar sobre México fue la llamada “generación de 1915”, entre la que se contaban a Antonio Castro Leal y Alfonso Caso, quienes –según argumenta José Luis Martínez– se sobrepusieron a todo el caos de la Revolución y profundizaron sobre

¹³¹ Jorge Ruedas, *La misión del escritor...*, pp. 19-21.

los problemas que sufría la realidad mexicana en uno de los momentos más intensos de la lucha revolucionaria.

El impacto de la Revolución, alrededor de 1915 y hasta los años finales de los veintes, provoca el retorno al conocimiento de los orígenes nacionales como un redescubrimiento de México, cuando no una huida nostálgica al pasado.¹³³

Años más tarde, ya en plena década de 1920 y hasta 1930 el ensayo continuó siendo un género muy cultivado, influencia a la que no escaparon los escritores que conformaron el grupo que sería conocido como Contemporáneos, quienes se dedicaron a la escritura de ensayos que tenían como objetivo la investigación y el análisis de la realidad mexicana, dispuestos a plantear en sus páginas temas mucho más vinculados a literatura, arte, educación. Dichos trabajos fueron publicados tanto en periódicos como en revistas, lo que les permitió dar a conocer de manera más amplia sus ideas en torno a los temas de mayor interés nacional.¹³⁴

Por los mismos años, escritores de diferentes generaciones y disciplinas intelectuales emprenden una vasta tarea [...] de investigación y análisis de la realidad mexicana, lo mismo en el campo de la historia cultural que por medio de estudios y valoraciones sociales y económicas. Se inicia entonces la indagación del mexicano –especialmente con el libro *El perfil del hombre y la cultura en México* de Samuel Ramos– [...] ¹³⁵

Una de las vías en la que los diferentes grupos de intelectuales presentaron sus opiniones fue por medio de la palabra escrita, puesta a disposición del gran público a través de los espacios que los periódicos les otorgaban, que muchas veces se convirtieron en el campo de batalla en el cual se dirimían las diferencias y discutían las ideas. A la par, sirvieron como un foro en el cual se intercambiaron insultos, descalificaciones o verdades incómodas. En este medio es

¹³² Liliana Weinberg, *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Fondo de Cultura Económica, 2001. p. 47.

¹³³ Liliana Weinberg, *op. cit.*, p. 22.

¹³⁴ En el capítulo anterior se asienta que las revistas y los periódicos fueron un medio de comunicación de ideas, proyectos tanto comunes como contrarios, lo que posibilitó que hoy podamos tener acceso a todo el panorama cultural, político y social de las décadas de 1920 y 1930, aunque hay que hacer hincapié en que casi todos los textos de este grupo se vinculaban de una u otra manera con asuntos de interés nacional.

¹³⁵ José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 23.

que encontramos a Jorge Cuesta, que desde 1925 se sumó a la fila de escritores que utilizó las revistas y los diarios para dar conocer su opinión y que a la distancia, sus textos son la manera más eficaz para conocer el pensamiento de un hombre que quiso poner de manifiesto sus ideas, expandir sus preocupaciones, pero al mismo tiempo proponer y dar a conocer cuál era su representación del mundo.¹³⁶

LOS ENSAYOS CUESTIANOS: JORGE CUESTA COMO LECTOR Y ESCRITOR DE SU REALIDAD

El capítulo anterior dio cuenta de la recepción que tuvieron los ensayos que escribiera Jorge Cuesta. En el presente comento la producción de estos textos, que plantean interrogantes acerca de cómo, por qué y para qué escribió Jorge Cuesta. Muchos de los ensayos fueron escritos respondiendo a un interés estético, a los gustos del autor o bien para establecer un debate con otros escritores, tal y como sucedió en las dos polémicas en las que participó y que se desarrollarán más adelante.

Antes de iniciar, quisiera plantear cómo abordo el discurso cuestiano a través de sus ensayos. El primer apartado está dedicado a su relación con otros intelectuales, en una confrontación de los proyectos que cada uno defendía y que consideraba era el que se debía de poner en práctica para la reconstrucción del Estado. En el segundo, ubico la confrontación en el plano político; y por último, hago hincapié en el ámbito educativo y cultural, esferas que eran de gran importancia para este intelectual y que indudablemente son preocupaciones que atraviesan toda la obra.

Al pensar en Jorge Cuesta y sus ensayos, se debe tener presente que no era un lector y un escritor desinteresado de su realidad sino que escribió siempre con alguna intención y con el deseo de llegar a la mayor cantidad de interlocutores. En la mayoría de sus escritos, el mensaje tenía un destinatario poseedor de nombre y apellido. Puso de manifiesto toda su inteligencia para expresar mediante la palabra escrita las expectativas que tenía acerca del deber ser de los intelectuales, oponiéndose a lo que él consideraba una odiosa servidumbre.

¹³⁶ Entre las publicaciones periódicas en las que Jorge Cuesta publicó se hallan *La Antorcha*, *Revista de Revistas*, *Ulises*, *Contemporáneos*, *El Espectador*, *Escala*, *El Universal Ilustrado*, *El Universal*, *Examen*, *Excelsior*, *Siempre!*, *Imagen*, entre otras.

Ésta opinión era el resultado de la línea que había mantenido a lo largo de sus escritos, es decir, una mirada mucho más crítica y despejada, lo que marcó el estilo de su pluma.

La presencia de Jorge Cuesta destacó de entre las demás figuras literarias del momento, ya que aunada a su labor poética dedicó gran parte de sus escritos a criticar algunas de las políticas emprendidas por el gobierno y su ideología revolucionaria. Esta postura le valió ser percibido por los demás como un intelectual reaccionario, contrario a las expectativas que se tenían sobre el trabajo que debía realizar el sector intelectual. En los años treinta se esperaba de los intelectuales apoyo sin condiciones al gobierno posrevolucionario, por lo tanto un intelectual como Jorge Cuesta, quien no comulgaba totalmente con los postulados revolucionarios, se colocó a sí mismo en una posición aislada e independiente.

Cuesta empezó a escribir sus ensayos desde muy temprana época, textos que para muchos – como posteriormente se verá en este capítulo– fueron considerados ásperos, que resultaron analíticos para otros más, pero que indudablemente tenían un cariz por demás crítico y que se convirtieron en la vía de expresión de este escritor. A partir de esta línea de escritura que conservó a lo largo de su carrera como ensayista, tuvo una multitud de detractores que lo consideraban un hombre de pensamiento reaccionario. Incluso se llegó a creer que Jorge Cuesta ni siquiera existía, pues se creía que su nombre era el pseudónimo que usaban otros integrantes de Contemporáneos.¹³⁷ Al paso del tiempo su nombre se convirtió en sinónimo de crítica, no sólo ante seres tangibles, sino que fue mucho más allá y se enfrascó en un debate contra una corriente de pensamiento que se autodenominaba nacionalista, con la cual no comulgó por considerarla impropia de los objetivos de la Revolución. Advirtiendo todas estas circunstancias, él asumió su responsabilidad como intelectual y de este modo, su discurso se convirtió *a posteriori* en reflejo fiel y crítico de su época.¹³⁸

¹³⁷En *México en 1932: la polémica nacionalista* (1999), Sheridan transcribe una nota firmada por Fígaro, que se sabe era el pseudónimo que utilizaba Porfirio Hernández, quien se preguntaba ¿Quién es Jorge Cuesta?, ya que él aseguraba que Cuesta era una idea, una aparición pues nadie conocía su obra, ni se sabía que publicara libros, por lo que aseveró con gran convencimiento: "Señores: Jorge Cuesta no existe, Jorge Cuesta es un prejuicio..." Por otra parte, Héctor Pérez Martínez confundió a Cuesta con Jorge Useta, redactor conservador de *El Universal Gráfico*. Pienso que es muy difícil creer que los dos escritores mencionados en verdad no conocieran a Cuesta, sino que simplemente, ya desde su época era preferible dejar a Cuesta en el anonimato o en el olvido. Guillermo Sheridan, *México en 1932: la polémica nacionalista, op. cit.*, pp. 241-244.

El análisis de los ensayos, ofrece resultados diferentes si las lecturas se hacen desde distintos enfoques. Al leerlos por su calidad discursiva, el resultado sería que todos los temas fueron desarrollados con el mismo rigor de escritura, sin menoscabo de ellos por tratar alguno u otro tema, manteniendo la misma línea de pensamiento crítico del autor. Si los ensayos se abordan desde una perspectiva cronológica, se podría ver que Jorge Cuesta se mantuvo en una constante. No se puede hablar de un Cuesta temprano a quien le interesaran ciertos temas en una temporada y posteriormente de uno tardío que se dedicara a otros más, sino que desde que empezó a escribir sus ensayos, igualmente abordaba un suceso político que un acontecimiento cultural. Los cortes que yo planteo para abordar la obra cuestiana, están mucho más relacionados con la división tradicional que siempre se ha hecho, es decir, una parte que se dedica a los temas estéticos y por otro lado los que están más vinculados con cuestiones políticas.

Como se puede ver, las categorías que hago son claramente temáticas, ya que según lo que argumenté desde las primeras páginas de esta investigación, el ámbito estético y posteriormente el político merecieron una gran atención por parte de este escritor. Estos ensayos fueron la representación escrita de la lectura crítica y subjetiva que realizó Cuesta de su realidad, escritura que fue muchas veces irónica, pero siempre exhaustiva. En cuanto a la calidad discursiva de los ensayos, el autor mantuvo una misma forma de exposición gracias a la profunda tradición discursiva que le venía de sus lecturas tanto de autores mexicanos como franceses.¹³⁹ La escritura de Cuesta estuvo siempre bien estructurada, a la vez que mantenía el balance en cuanto a los temas que trataba, pues no les concedió mayor calidad a los ensayos de la parte estética, –que pienso eran los temas que más gustaban a Cuesta– ni demerita su trabajo en los ensayos dedicados a la política. Ambos rubros merecían por parte de Cuesta el mayor rigor y profundidad, es decir, cuidó el tratamiento que les daba tanto a unos ensayos como a otros. Lo que conduce a pensar que lo que definió a los ensayos no fue tanto la temática sino el rigor con que el autor escribía.

¹³⁹ Entre los autores mexicanos que Cuesta leía estaban José Juan Tablada, Ramón López Velarde, Salvador Díaz Mirón, además de escritores franceses, a los cuales aludiré en este capítulo.

En los ensayos cuestianos, el lector observa la profunda reflexión del autor sobre estética, que son los textos que aborda con mayor abundancia en un primer momento. Después puso de manifiesto su análisis sobre cuestiones de corte político. Se debe hacer especial énfasis en la cuestión de que el autor no pensaba que escribía sobre temas más relacionados con lo político, aunque, como veremos más adelante el autor toma conciencia tiempo después –o al menos eso parece– de que hacía mucho que estaba abordando asuntos de la política. Entonces asumió que había tenido una *literaria incursión en la política*, tal y como él le refiriera después al Doctor Bernardo J. Gastélum.¹⁴⁰

Es así entonces como la escritura de Cuesta se divide en tres grandes bloques; uno que se refiere a la poesía, otro a la crítica estética y el último a la parte política. Entre los poemas que escribió se encuentran *Retrato de Gilberto Owen*, *Réplica a Ifigenia Cruel*, *No aquel que goza, frágil y ligero*, *Hora que fue feliz y aún incompleta*, *Tus mejillas son rosas* y el poema que es considerado su obra cumbre *Canto a un dios mineral*; como ya se ha visto en el capítulo anterior de esta tesis, la poética fue considerada por mucho tiempo como la parte más importante de la obra cuestiana, dejando en un segundo plano la prosa de este autor.

Los comentarios que Cuesta publicó regularmente en diversos diarios se enfilaron a aspectos mucho más relacionados con la cuestión estética como la crítica literaria, de música, pintura, y sobre todo de su poesía, es decir, en los años que van de 1925 a 1932. De sus primeros trabajos están algunos ensayos como el que se refiere a la "Pintura de Agustín Lazo", "El clasicismo mexicano" o "Un pretexto. *Margarita de Niebla* de Torres Bodet", "La poesía de Paul Eluard", "Una teoría sexual: Bertrand Russell", "*La rebelión de las masas* de José Ortega y Gasset", "La pintura de María Izquierdo" y sobre "José Clemente Orozco".

A partir de la polémica de 1932 la temática de los ensayos cambió y se orientó a los aspectos fundamentales de la sociedad mexicana, los cuales se discutían continuamente: la educación sexual, la educación socialista, la democracia, el socialismo, los escritores y el comunismo. Es en este momento cuando destacan sus discusiones acerca del nacionalismo y de la

¹⁴⁰ Jorge Cuesta, "Carta a Bernardo J. Gastélum", *Obras*, t. II, Michigan, Ediciones del Equilibrista, 1994.

obligación de los intelectuales a tomar como tema central de su trabajo al pueblo, para lograr que su labor tuviera validez ante los ojos de los demás.

Paralelamente a los temas literarios, pictóricos, musicales y de doctrinas e ideologías, que demuestran su preferencia por ciertos creadores como Ramón López Velarde, Salvador Díaz Mirón, André Gide, Charles Baudelaire, Paul Valéry, José Vasconcelos [...]; se observa una ascensión en el campo de las cuestiones políticas, educativas y económicas en considerable número de artículos publicados en *El Universal* entre los años de 1934 y 1937; incluyendo los dos únicos folletos en vida: *El plan contra Calles* y *Crítica de la reforma del Artículo Tercero*.¹⁴¹

Entre los ensayos que escribió más enfocados a la política se encuentran “La crisis de la Revolución”, “El socialismo y la enseñanza”, “El marxismo en el poder”. Para respaldar sus ideas en contra de la corriente comunista escribió un ensayo titulado “Marx no era inteligente, ni científico, ni revolucionario, tampoco socialista, sino contrarrevolucionario y místico”, es decir, su espectro de intereses no se limitó a emitir juicios estéticos ó críticas literarias, sino que vinculó a sus intereses originales, sus opiniones políticas.

LA DISCUSIÓN CUESTIANA CON OTROS INTELECTUALES

En los años que van de 1920 a 1940 en el México Posrevolucionario existía una gran polémica cultural que se distinguía por ser cerrada, sectaria y sobre todo exageradamente nacionalista. Aunque con contradicciones, entre las que destaca la necesidad de sobrevivir adaptándose a la burocracia, los Contemporáneos se dedicaron a defender la especialización en el trabajo literario así como también proclamaron, a despecho de los nacionalistas, la grandeza del trabajo literario de autores como Máximo Gorki y Henri Barbusse.

Cuesta, al igual que sus compañeros, Salvador Novo, Gilberto Owen, Jaime Torres Bodet y Xavier Villaurrutia, fueron duramente criticados por algunos de los miembros de la intelectualidad mexicana de los años veinte y treinta debido a que los tachaban de ostentar una actitud europeizante. Este grupo de escritores se vio envuelto en las dos polémicas

¹⁴¹ Jorge Cuesta, *Poemas y ensayos*, tomo I, [Prólogo de Luis Mario Schneider], México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964.

literarias más importantes de la primera mitad del siglo XX, la de 1925 que ponía de manifiesto “El afeminamiento de la literatura” y la de 1932, que surgió a raíz del cuestionamiento “¿Existe una crisis en la generación de vanguardia?”.

En las dos polémicas, tanto Jorge Cuesta como su grupo eran cuestionados porque se manifestaban en franco desacuerdo con algunas de las políticas del Estado revolucionario. Si bien se propugnaba porque una de las más caras premisas y promesas de la Revolución se cumpliera: que la educación y la cultura llegaran a todos los mexicanos, la clase política heredera del movimiento, quería lograr que la cultura fuera un lazo ideológico que ayudara a fortalecer la identidad colectiva y establecer una completa fidelidad al nuevo Estado. En este sentido, el proyecto cultural posrevolucionario fijó su atención en un discurso nacionalista y lo hacía mediante un adoctrinamiento que hacía ver a la cultura como servidora de los fines de la política, exacerbando los sentimientos nacionalistas. Para los Contemporáneos, eso era reprobable desde cualquier punto de vista, pues para ellos el arte no debía ser más que arte, sin cumplir con ningún cometido aleccionador y la labor intelectual no debería supeditarse a la línea que el Estado marcara. Aunado a que su cosmopolitismo chocaba contra el nacionalismo cultural reinante en esos años.¹⁴²

[Los Contemporáneos] por un lado se enfrentan al nacionalismo cultural, que reconocen como la limitación sacralizada y deificada, y por otro practican un arte derivado y sin embargo importante. (...) Como teóricos del antinacionalismo aciertan al considerar la exaltación del lo nativo como una forma perniciosa del estancamiento.¹⁴³

Sin embargo, esta no era la única razón por la que los miembros de este grupo literario en varias ocasiones fueron atacados.

LA POLÉMICA DE 1925 ENTRE NACIONALISTAS Y AFEMINADOS

La polémica de 1925, se inició a partir de la publicación de una encuesta en el periódico *El Universal*, en la que se interrogaba al público lector su opinión acerca de la existencia de un

¹⁴² Armando González Torres, "La proximidad de Cuesta" en *Fractal*, Septiembre, 2005.

¹⁴³ Leopoldo Zea y Manuel Gamio *et. al.*, *Características de la cultura nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969, p. 66.

supuesto afeminamiento en la literatura mexicana. Esta encuesta provenía de la pluma de Julio Jiménez Rueda –escritor y periodista de la época– quien mostraba así su descontento por los nuevos escritores y sus manifestaciones literarias que según él no tenían nada que ver con las viriles manifestaciones artísticas a las que estaba acostumbrado el público mexicano.

Hay varios niveles en los que se puede ubicar esta discusión. El horizonte de la polémica, era el de la reconstrucción nacional, se querían sentar las bases de lo que debería ser el país para lograr un consenso del rumbo que debería tomar la Nación. Los intereses políticos e ideológicos se traducían en el nacionalismo que desde el término de la Revolución había significado uno de los grandes proyectos a afianzar y cumplir por parte de los gobiernos emanados de ella.

Otro punto importante en esta discusión fue la cuestión del nacionalismo, que después de la Revolución, entró en una fase que casi rayaba en la intransigencia a manifestaciones que se consideraban externas. Se creía que el mexicano tenía una misión especial, consolidar y resguardar a la cultura nacional, por lo tanto en 1925, se exigía de los intelectuales y artistas un compromiso profundo con el nacionalismo entonces imperante. Julio Jiménez Rueda suscribió ese compromiso y estaba en total desacuerdo con las manifestaciones artísticas que desafiaban o que, al menos, no comulgaran con la ideología predominante. Sin embargo, los Contemporáneos se negaron a sumarse a las filas del nacionalismo revolucionario, por lo que se vieron convertidos en los antagonistas y blanco preferido de los ataques de Jiménez Rueda. Sheridan dice al respecto:

Eran los años de nuestro *proletcult* que, en su "versión mexicana", optaba explícitamente por un adusto nacionanlismo, tan *sui géneris*, tan supuestamente alineado con la causa nacional en crisis, que habría de convertirse en un mexicanismo de exportación, privado de toda actitud crítica y recubierta por el aura dudosa, pero funcional, de una imaginaria misión nacional.¹⁴⁴

¹⁴⁴ Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos ayer, op. cit.* pp. 179-181.

Para quienes se consideraban los ‘verdaderos’ intelectuales de la revolución, resultaba sospechoso que mientras ‘aún olía a pólvora y sangre’, algunos escritores se dedicaran a escribir libros como los que hacían Jaime Torres Bodet quien publicó *Biombo* (1925); Bernardo Ortíz de Montellano hizo lo propio con *Trompo de siete colores* (1925); José Gorostiza escribió *Canciones para cantar en las barcas* (1925); Salvador Novo dio a conocer *XX Poemas* (1925); Gilberto Owen *Desvelo* (1925) y Xavier Villaurrutia escribió *Reflejos* en ese mismo año (1925). Se pensaba que la literatura producida por estos poetas era inútil para la dinámica imperante de realzar lo mexicano. La poesía, así sin más adjetivos, era considerada como un desperdicio de las capacidades de los creadores, ya que ésta debía servir para fincar el respeto a la Revolución, a la Patria y a los logros del pueblo que había sufrido durante la lucha civil.

En los veinte y en los treinta los Contemporáneos (...) debían atenerse a la lucha contra la hostilidad del medio ambiente, impregnado de antiintelectualismo, saturado de una mezcla barata de chovinismo y de terror a enfrentarse a una realidad que resultase insobornable.¹⁴⁵

Los intelectuales –en su mayoría– opinaban que debería escribirse poesía como *Urbe Super poema bolchevique en cinco cantos* del estridentista Manuel Maples Arce¹⁴⁶ o libros como *Los de Abajo* de Mariano Azuela.¹⁴⁷ que se suponía tenían un mensaje para el pueblo, ya que se consideraba necesario establecer un compromiso ante la revolución y las clases trabajadoras

La objeción de Jiménez Rueda tenía otras razones y se ubicaba en una esfera más relacionada con la vida privada de los jóvenes autores, en concreto con sus preferencias sexuales. El uso de la palabra *afeminamiento* y *afeminados*, ya revestidos de una carga peyorativa implícita, se tornaba idóneo para designar a quien no presentaba visos de virilidad. La masculinidad contenía una serie de valores como honestidad, rectitud y

¹⁴⁵ Leopoldo Zea y Manuel Gamio *et. al.*, *Características de la cultura nacional*, *op. cit.*, p. 68.

¹⁴⁶ José Carlos Blázquez, *Jorge Cuesta...*, *op. cit.* p. 84.

¹⁴⁷ Aunque no podemos afirmar de manera tajante que autores como Mariano Azuela y *Los de Abajo*, –que sería asumida posteriormente como el prototipo de la novela de la Revolución– correspondieran a una crítica

hombría; motivo por el cual aquellos que no comulgaban de manera total con el ideario nacionalista eran considerados como afeminados ya que todo lo revolucionario, por el simple hecho de serlo, era sinónimo de virilidad. El término ‘afeminamiento’, sirvió no sólo para descalificar una obra literaria, sino que los diferentes autores que participaron en la polémica, la utilizaron para desacreditar a sus contrarios, aquellos que no entraban en el “canon” de la virilidad. Víctor Díaz resume con gran acierto esta cuestión:

Julio Jiménez Rueda, desde el título del artículo que inicia la polémica “El afeminamiento en la literatura mexicana”, aclara su propósito de criticar el aspecto más vulnerable de algunos jóvenes escritores, una personalidad con manifestaciones evidentemente homosexuales, que provocan envidias y críticas debido a que ya disfrutaban de cierto prestigio y poder en la sociedad cultural, el gobierno y la opinión pública.¹⁴⁸

Julio Jiménez Rueda terminaba su artículo haciendo alusión a la supuesta homosexualidad y señaló lo siguiente:

Hasta el tipo de hombre ha degenerado. Ya no somos gallardos, altivos, toscos. Es que ahora suele encontrarse el éxito, más que en los puntos de la pluma en las complicadas artes del tocador.¹⁴⁹

En el nivel de lo estético también existieron luchas, enfocadas más a lo literario, otras que se alejaban mucho de esto y que eran más bien personales. La juventud de los nuevos literatos, era un argumento que usaban recurrentemente los escritores mayores, quienes ponían como escudo su experiencia para decir que la poesía que hacían los jóvenes no era lo suficientemente buena a comparación de la suya. Existía un profundo choque generacional, lo

ciega y a favor de los resultados de la Revolución, sino que también él criticaba los efectos de las acciones de los gobiernos posrevolucionarios, críticas que podemos ver en *Los de Abajo o la Nueva Burguesía*.

¹⁴⁸ Víctor Díaz, *Querrela por la cultura revolucionaria* (1925), México, Fondo de Cultura Económica, 1989. p.58. Por supuesto, Víctor Díaz se refiere a quienes posteriormente conformarán el grupo denominado Contemporáneos, entre los cuales se encontraba Jorge Cuesta, personaje principal de este escrito.

¹⁴⁹ Víctor Díaz, *Querrela por la cultura revolucionaria* (1925), *op.cit.* Para tener una idea más clara de lo que se decía se remite al lector al libro de Francisco Monterde, *Mariano Azuela y la crítica literaria*, en especial el artículo "Existe una literatura mexicana viril", del mismo Monterde donde hace una apreciación de la polémica y él afirma que los escritores, privados del aire, encerrados en la oscuridad de las bibliotecas eran hombres pequeños, débiles físicamente y que por el contrario nunca habían sido "gallardos, altivos y toscos". Francisco

que traía como consecuencia otros problemas, como la descalificación de la obra de cada una de las partes contendientes, pues unos pedían para sí un reconocimiento que los otros les negaban. Su precocidad intelectual, así como su rápido ascenso dentro de la burocracia de la mayoría de los miembros del grupo de Contemporáneos fue mal vista por otros escritores, ya que a pesar de su juventud, habían escalado impetuosamente en los puestos públicos. El ejemplo más claro fue la participación de Jaime Torres Bodet como secretario particular de José Vasconcelos, quien era el titular de la recién estrenada Secretaría de Educación Pública. Aunque me parece que uno de los motivos más importantes de que se diera esta situación fue el salto generacional que hubo. Las mismas situaciones por las que el país atravesaba dieron pauta a que jóvenes como Torres Bodet, accedieran a diversos puestos, pues la generación que antecedió directamente a los Contemporáneos se había desperdigado por las vicisitudes de la lucha iniciada en 1910.

La precocidad es proverbial en esta generación. Torres Bodet publicó a los dieciséis años su primer libro, *Fervor*; a los dieciocho era maestro y secretario del Ministro de Educación (...) y director (con Bernardo Ortiz de Montellano) de la principal revista de vanguardia literaria de la época, *La Falange* (1922-1923); Carlos Pellicer domina a los diecisiete (...) el modernismo rubendariano y publica a los veinticuatro *Colores en el mar y otros poemas* (1921). José Gorostiza publica desde los diecisiete años los poemas que, en rigurosa selección, recogería a los veinticuatro, con el título *Canciones para cantar en las barcas* (1925). Quizá el caso más escandaloso sea el de Salvador Novo, quien a los veinte años publica los mejores libros de toda su obra: *XX poemas* (1925). Xavier Villaurrutia (...) antes de los veinte ya era el crítico de su generación, uno de los más lúcidos y trascendentes de toda la historia literaria de México. Cuesta, Gilberto Owen, Enrique González Rojo, Octavio G. Barreda y Francisco Monterde (...) también compartieron esta radiante precocidad.¹⁵⁰

En este momento la participación de Jorge Cuesta es escasa, y tal vez sea porque él tenía muy poco de haber llegado a la ciudad de México, y no se había manifestado aún la

Monterde, *Mariano Azuela y la crítica mexicana*, México, Col. Sep Setentas, Secretaría de Educación Pública, 1973, pp. 11-15.

¹⁵⁰ José Joaquín Blanco, *Crónica literaria. Un siglo de escritores mexicanos*, México, Editorial Cal y Arena, 1996, pp.159-160.

beligerancia de la que hará gala con el paso del tiempo. Además, en ésta ocasión, el ataque iba mucho más dirigido hacia los otros miembros del grupo que a pesar de ser incipiente, estaba fuerte y bien ubicado, tanto en el aspecto literario como en la nómina del erario público. Sheridan afirma que 1925 fue un año productivo para los Contemporáneos en el ámbito de las letras, lo que les permitió fincarse un reconocimiento como escritores, y que asimismo, les atrajo malquerencias y rechazos de parte de otros literatos, ya que su fama se fincaba en sus publicaciones periódicas.

Una prueba de ello la da con frecuencia *El Universal Ilustrado* que, si no era la única, sí era la *magazine* más leída, así como la más atareada con la actividad cultural. No hay casi artículos de o sobre literatura que no estén firmados por miembros del grupo, e incluso el índice de popularidad que significaban las encuestas tiene en el "grupo sin grupo" a sus protagonistas favoritos.¹⁵¹

A pesar de esto, la popularidad no les ayudaba gran cosa, pues por eso mismo eran criticados, ya que se argumentaba que la mayoría eran jóvenes que no tenían obra publicada que avalara si en verdad eran buenos escritores o si su rápido ascenso era resultado de su cercanía con la burocracia.

Como puede verse, varias eran las causas que engendraron la polémica de 1925, la cual se tradujo en antecedente directo de la de 1932, que fue una de las más importantes y documentadas en la historia de las letras mexicanas. Esta primera, sirvió para unificar en un grupo a los jóvenes que antes habían estado desperdigados, pero que ahora cerraban filas en torno suyo para defenderse de los ataques de los que continuamente eran blanco. La de segunda polémica, sacó a relucir toda la capacidad analítica de los Contemporáneos, y sobre todo la de Jorge Cuesta, tal como veremos a continuación.

LA POLÉMICA DE 1932: NACIONALISTAS VS INMORALES

En 1932, tanto Samuel Ramos como José Gorostiza plantearon que se diera una “vuelta a lo mexicano”, asumían que habían equivocado el rumbo, por lo cual se disponían a rectificar y

¹⁵¹ Sheridan, *Los Contemporáneos...*, *op. cit.*, pág. 182.

a hacer cosas propias, que tuvieran impreso el sello de lo mexicano y a dejar atrás su anterior "actitud europeizante". Estas declaraciones no fueron bien vistas por Jorge Cuesta, quien se mostró extrañado ante la nueva actitud que presentó Gorostiza y todavía más contrariado al observar que ambos autores no defendieran la pureza y la universalidad de la poesía, tal y como hasta ese momento lo habían hecho. Cuando Gorostiza y Ramos anunciaron esta decisión, Ermilo Abreu Gómez se sumó a la nueva actitud de estos dos escritores y se dio a la tarea de elaborar una de las tantas encuestas que se formulaba con el siguiente cuestionamiento "¿Existe una crisis en nuestra generación de vanguardia?".

La polémica de 1932, cuyo nombre periodístico fue "¿Existe una crisis en la generación de vanguardia?", tiene como protagonistas, por un lado, al grupo de los Contemporáneos y a su mentor, Alfonso Reyes, entre otros: escritores empeñados en una literatura que dialogue con la que produce el Occidente moderno; y por el otro, también entre otros, a Ermilo Abreu Gómez y Hector Pérez Martínez, escritores, periodistas y políticos para quienes el ejercicio de la literatura debía atarearse esencialmente con la realidad mexicana inmediata.¹⁵²

Esta polémica, al igual que la de 1925, tuvo algunos elementos que están ocultos en la pregunta inicial, es decir, no sólo se está cuestionando el hecho de que la generación de vanguardia estuviera o no en crisis, sino que entrañaba la manera en que unos y otros escribían su poesía y prosa, es decir, el asunto se volcaba hacia una concepción de lo estético. No obstante, esta discusión que si bien se asume como estética, en el fondo tiene visos políticos. Escritores como los Contemporáneos tenían que poner en claro si el proyecto que tenían como escritores estaba acorde a las políticas culturales del gobierno, sobre todo, teniendo en cuenta que el arte que se producía en la época estaba financiado en su mayor parte por el poder político.

En esta polémica Jorge Cuesta, dueño de una mayor experiencia tanto personal como intelectual, intervino con mejores y profundos argumentos, motivo por el cual su participación es mucho más madura. En los años treinta, contaba ya con un prestigio de escritor un tanto combativo, herencia de la defensa que hizo de la antología que firmara en

1928,¹⁵³ publicación importante para Cuesta y demás Contemporáneos, porque fue la forma en que se dieron a conocer como grupo. La *Antología de la poesía moderna*, se convirtió en una especie de declaratoria sobre las preferencias poéticas del grupo, que fueron exteriorizadas en la selección de escritores incluidos así como aquellos que fueron omitidos dentro del corpus de los autores antologados.

Es en 1932 cuando se incrementa su escritura e inclusive la participación que tiene es mucho más abundante; su ensayística se enfiló con mayor precisión y profundidad a hacer reflexiones que se ocupaban de problemáticas nacionales. Esto desmiente la idea de que Cuesta, al igual que los demás Contemporáneos sólo escribían sobre temas 'extranjerezantes', tal y como afirmaba Abreu Gómez, –quien inconforme ante las afirmaciones de Cuesta–, aducía que la escritura de Cuesta, Villaurrutia y Novo, sólo por citar a algunos, era europeísta y exotista, por lo cual, a pesar de *la calidad intrínseca de su literatura, los Contemporáneos, representaban una desviación de "nuestra mejor y más genuina tradición"*.¹⁵⁴

A poco de iniciada la polémica, Cuesta publicó en *El Universal Ilustrado* en 1932 el ensayo “¿Existe una crisis en nuestra literatura de vanguardia?”,¹⁵⁵ que llevaba por título la misma pregunta que desataría la polémica. En este ensayo puso de manifiesto que existía una generación que defendía una actitud crítica y que no podía robar ni tomar la imagen de lo mexicano, porque para los escritores que formaban parte de su generación no existía tal cosa. Cuesta defendía el hecho de que sus contemporáneos habían desarrollado sus aptitudes literarias mediante su propio esfuerzo, gracias a un conocimiento autodidacta obtenido en libros o revistas, pero no bajo el amparo de una generación anterior que marcara el rumbo

¹⁵² Sheridan, *México en 1932, op. cit.*, p. 9.

¹⁵³ El grupo de Contemporáneos, fue una confluencia de individualidades, al mismo tiempo que existió una gran unidad al interior del mismo grupo. Dicha unidad se puso a prueba cuando se unieron en torno a Cuesta para defenderlo de las críticas que sufriera con motivo de la publicación de la *Antología de la poesía mexicana* en 1928, que ahora se sabe fue un trabajo colectivo, aunque en ese momento se consideró que el único responsable de dicha antología había sido Cuesta, por lo que la mayoría de los ataques recayeron sobre él, como por ejemplo el comentario que decía que la de 1928 era "Una Antología que vale lo que Cuesta". Cfr. Sheridan, *Los Contemporáneos ayer, op. cit.*

¹⁵⁴ Sheridan, *México en 1932, op. cit.*, p. 78.

¹⁵⁵ Jorge Cuesta, "¿Existe una crisis en nuestra literatura de vanguardia?", *Obras*, tomo 1, Ediciones del Equilibrista, Michigan, 1994.

por donde debían transitar. Por tal razón, aquella a la cual pertenecía el grupo de Contemporáneos no se sentía en deuda con ningún escritor –con excepción de Ramón López Velarde al que asumían como una individualidad más, al igual que ellos– y rechazaban una producción literaria que hasta ese momento adolecía de una absoluta falta de crítica.¹⁵⁶

Cuesta afirmó que la generación de jóvenes a los que se acusaba de reaccionarios, –en clara alusión a los ya Contemporáneos– se habían negado a aceptar ídolos y a pertenecer a una falsa tradición que en su mayoría los demás intelectuales aceptaban. Sin embargo, había escritores y artistas en general que verdaderamente estaban convencidos de que esa era la mejor manera de ayudar al gobierno a lograr sus propósitos, y no aceptaban que alguien discordara con su postura. Para Cuesta ésta no era sino una forma de misantropía que afectaba más que ayudar al desarrollo de las letras mexicanas, ya que las dotaba de un protagonismo que lejos de colocarla al nivel de las grandes manifestaciones de la literatura universal, ponía en menoscabo a los artistas mexicanos y sus producciones tanto poéticas, ensayísticas, pictóricas y en general cualquier forma de arte.

Cuesta afirma que la generación a la que él pertenecía efectivamente se encontraba en crisis, porque la crisis era el destino de todo aquel que se dedicara a pensar, a analizar las situaciones, además de que su actitud había sido formarse a sí mismos, y que no era su fin sentar las bases para futuros escritores, sino que cada uno, a partir de sus propios recursos debería de sentar el precedente de su propio ejercicio escriturístico. Cuesta tomó parte activa en los argumentos de esta polémica, porque le interesó el asunto de la crisis generacional, debido a que para él estar en crisis era el deber ineludible de todo intelectual. Defendió la idea de que era la mejor forma de crear cosas nuevas y valiosas como artista, además de que ratificó de esa manera su papel y compromiso de ser un individuo encargado de pensar los avatares de su sociedad. Él afirmó que ese mismo estado de crisis le hacía mantener una actitud crítica, de oposición al *status quo*, de no afiliarse a ningún programa ni político ni ideológico. Cuesta dijo que:

¹⁵⁶ Jorge Cuesta, "¿Existe una crisis en nuestra literatura de vanguardia?", *op. cit.* p. 171

[...] la virtud de su generación fue la desconfianza, la incredulidad, siendo así que lo primero que se negaron fue la fácil solución de un programa, de un ídolo [...] Nacieron en crisis y han encontrado su destino en esta crisis, una crisis crítica.¹⁵⁷

En 1932, se abordó nuevamente el problema del nacionalismo en la polémica, aunque en ésta se enfocó con mayor precisión al asunto del rescate de lo propio y de la defensa de lo mexicano ante cualquier manifestación extranjera que significara un desprestigio de la literatura comprometida y al servicio del pueblo, así como de las grandes causas nacionales y de los valores netamente mexicanos. Ante esta postura excesivamente nacionalista, se hallaban quienes apostaron porque el arte, por sí solo tenía implícito un carácter revolucionario y que para cumplir con esa regla, no debía comprometerse con ideologías religiosas o políticas, mucho menos cuando estas provenían del gobierno.

Esta postura siempre fue muy cercana a Cuesta que no veía con buenos ojos el afán de nacionalizar y mexicanizar toda manifestación artística. Ante tal situación, Cuesta afirmó que el tratar de imponer una directriz en cualquier manifestación artística era reducir la capacidad de reflexión a una especie de esclavitud, que no iba a beneficiar a la cultura. Ante un panorama tan estrecho, Cuesta afirmó que:

[...] Los *revolucionarios* roban a la revolución, los *nacionalistas* a la nación le roban, los *modernistas* roban a la época. Los *exotistas*, los *mexicanistas* entre ellos, son ladrones de lo pintoresco. Es tan exótica la poesía de Tablada como la poesía mexicana de López Velarde [...] en sus magníficos poemas no le roba a su país lo que tiene; él es quien lo da. Con Manuel José Othón, Salvador Díaz Mirón y Ricardo Arenales, él es quien mantiene esta tradición de honradez [...]¹⁵⁸

Para Cuesta estas personalidades literarias representaban la verdadera poesía y arte, que hicieron una poesía propia, de acuerdo a sus inquietudes, ganando con esto pureza poética, que es uno de los valores más altos para el escritor cordobés. En suma, reconocía el mérito de

¹⁵⁷ Jorge Cuesta, “¿Existe una crisis...”, *Obras*, p. 171.

¹⁵⁸ Jorge Cuesta, “¿Existe una crisis...”, pp. 171-173. Las cursivas son de Cuesta. A partir de este momento, todas las citas se eligen del tomo 1 de las *Obras*, a menos que se indique lo contrario.

su obra a cada uno de los autores nombrados, a diferencia de quienes escribían sobre "lo mexicano" y empobrecían sus trabajos ciñéndolos a esa temática.

Un punto desarrollado por Cuesta, digno de mencionar, es el respeto que se debía tener por cualquier manifestación que difiriera de la propia; así afirmó que el revolucionarismo, el mexicanismo, el exotismo y el nacionalismo a ultranza eran sólo formas de misantropía, afirmó que lo mejor que podía hacerse era mantener una actitud de respeto y tolerancia hacia cualquier manifestación artística.

[la actitud crítica] hace valer lo mismo la literatura y el arte franceses, que los de cualquier otro país. Admite la cultura y el conocimiento de las gentes. Admite encontrarse frente a cualquier realidad, aún la mexicana. Es una actitud esencialmente social, universal.¹⁵⁹

Ante esta respuesta, Ermilo Abreu Gómez, –principal interlocutor de Cuesta en la polémica– lo tacha de europeizante y de reaccionario. Para Abreu, el escribir poesía, ensayo o música tenía que estar estrechamente ligado a la construcción de la identidad de la Nación. Por el contrario, Cuesta apostaba por fortalecer la nacionalidad; para él, era importante poner a la cultura mexicana en el ámbito de lo universal, pero no en base a localismos, ni de tratar de situar lo mexicano sobre otros ámbitos. Mucho menos coincidía en que nacionalismo se convirtiera en sinónimo de mediocridad, en que ‘lo nuestro’ a pesar de que no tuviera gran mérito artístico o valor estético, se le considerara bueno sólo por el hecho de que lo hubiera producido un mexicano.

La belicosidad de Cuesta obedece a su convicción de que el sentimiento nacional que desean los nacionalistas es ya una manifestación primeriza de la identidad nacional que puede decretar el Estado; es decir, una ominosa intromisión del Estado en el territorio esencialmente libre de la historia y de su facultad imaginante (*sic*) y crítica. (...) Para

¹⁵⁹ Íbidem.

Cuesta, el verdadero artista se distingue por enriquecer con su subjetividad la realidad objetiva de la nación.¹⁶⁰

La discusión sobre el nacionalismo, sirvió para nuevas reflexiones que se vieron vertidas en el ensayo titulado “La literatura y el nacionalismo”, publicado en 1932 en el periódico *El Universal*. En este ensayo, Cuesta continúa exponiendo la necesidad de que la cultura mexicana se expandiera mucho más allá de los límites del país y se dejara atrás esa idea de un nacionalismo casi místico.¹⁶¹ La concepción de Jorge Cuesta acerca de lo que debería ser el arte, quedó plasmada en un ensayo publicado en *Revista de Revistas* en 1932, a propósito de la polémica de la crisis en la literatura de vanguardia. Este ensayo lleva por título "Clasicismo y Romanticismo",¹⁶² en el manifestó de nueva cuenta su rechazo tajante hacia la corriente nacionalista y defendió las razones de su postura tanto artística como intelectual.

En este ensayo afirmó que la disputa entre los distintos bandos que habían tomado parte en la polémica, aún no se había terminado del todo, sino que seguían con mucha fuerza, razón por la cual escribió este texto. La intención de ese escrito fue la de analizar con cuidado el papel de la tradición dentro de cualquier manifestación artística, que para Jorge Cuesta era un eterno recorrido dentro de un círculo que nunca tendría un término ya que aquellos que se oponían a que hubiera alguna manifestación extranjera y se empeñaran en que todo fuera nacionalista, se acercaban más a la tradición europea que negaban.

La tradición de la literatura mexicana era heredera directa de la europea que había venido con los primeros inmigrantes, quienes tenían una visión negativa sobre el lugar de donde venían. De esa animadversión a Europa, datan los orígenes del nacionalismo mexicano, que en primera instancia se manifestó en el rencor tácito que los criollos sentían por los peninsulares. Siglos después, transmutaría en una defensa exacerbada en contra de cualquier expresión no

¹⁶⁰ Sheridan, *México en 1932*, op. cit., pp. 76-77.

¹⁶¹ Es innegable la presencia de Benda en estas apreciaciones que hiciera Cuesta. El francés en su libro *La traición de los intelectuales*, discute en varias páginas la idea de que lo nacional debía de sobresalir por encima de las otras nacionalidades, que lo propio era lo mejor en menoscabo de lo ajeno y *que cada pueblo se alinea contra los demás en su lengua, su arte, su literatura su filosofía, su civilización, su cultura. El patriotismo es hoy la afirmación de una forma de alma contra otras formas de alma*. Julien Benda, *La traición de los intelectuales*, op. cit. p. 25.

¹⁶² Jorge Cuesta, “Clasicismo y Romanticismo” *Obras*, pp. 178-182.

mexicana. De esa manera, se fue transmitiendo un sentimiento xenofóbico, hasta el momento en que se dio este recalcitrante apego a lo mexicano; por ese motivo Jorge Cuesta escribió ensayos que discutieron los argumentos que sus antagonistas defendían en el debate nacionalista.

Para Jorge Cuesta, la Tradición era entendida como aquello que se va heredando y de la cual se recibe influencia en diversos ámbitos de la existencia de un país y por supuesto de los individuos que lo habitan. Cuesta afirmó en sus ensayos que la tradición que permeaba en las letras mexicanas, y la cual venía desde los tiempos de la Conquista, seguía siendo la directriz que guiaba las plumas de los diferentes escritores. Según él, la tradición era un híbrido de diversas corrientes culturales, la que habíamos heredado de España y a la cual se fueron incorporando elementos de la cultura indígena y que con el paso del tiempo había sufrido algunas modificaciones, pero que a fin de cuentas, las letras mexicanas eran un regreso a la influencia española. Por lo tanto, Cuesta decía que las ideas de Patria y Nación provenían de Europa y que la “vuelta a lo mexicano” era retornar a lo europeo que había venido con los españoles desde siglos atrás.

Jorge Cuesta rechazó la idea de que por encima de la concepción de lo que debía de interpretarse como “lo mexicano”, los intelectuales como Abreu Gómez trataran de encontrar la imagen y la excepción del ser mexicano, sin entender que había que integrar tanto al hombre como a la representación de lo mexicano a una esfera más universal. Cuesta censuró las declaraciones hechas por Abreu Gómez por el contenido del artículo que diera origen al asunto de la polémica, sobre todo en la parte en la que Ermilo Abreu decía que la vanguardia mexicana no había surgido *para mejorar ni para empeorar ningún camino trazado o esbozado por nuestra sensibilidad, por nuestra mentalidad, por nuestro dolor, por nuestra angustia.*¹⁶³

Cuesta afirmó que él y sus compañeros literarios no tenían necesidad de utilizar los discursos del nacionalismo como equivalente a lo particular, a lo propio sin ver más allá de las

¹⁶³ Abreu Gómez está citado en el artículo de Cuesta, ídem, p. 177.

fronteras y de no ampliar la mirada para tratar de encontrar otros horizontes, que permitieran mejorar la cultura de la sociedad mexicana.

El nacionalismo equivale a la actitud de quien no se interesa, sino con lo que tiene que ver inmediatamente con su persona; es el colmo de la fatuidad. Su principio es: no vale lo que tiene un valor objetivo, sino lo que tiene un valor para mí. De acuerdo con él es legítimo preferir las novelas de don Federico Gamboa a las novelas de Stendhal y decir: don Federico para los mexicanos y Stendhal para los franceses.¹⁶⁴

Al final de este ensayo, Cuesta hace profesión de fe y se niega rotundamente a aceptar la premisa de la ideología revolucionaria, ratificaba su papel como intelectual, convencido de que el arte tiene intrínseca su actitud revolucionaria.

Por lo que a mí toca, ningún Abreu Gómez, logrará que cumpla el deber patriótico de embrutecerme con las obras representativas de la literatura mexicana [...] he aquí expresado [...] el derecho que se conceden los mediocres a someter al artista a que satisfaga el ansia de su pequeñez [...]¹⁶⁵

Guillermo Sheridan afirma que en esta polémica, Jorge Cuesta hizo una apreciación clara y precisa de lo que era la cultura mexicana; y que desde la trinchera intelectual, tomó posición en cuanto a la discusión del nacionalismo y la crisis de su generación. Con su agudeza característica, observó que eran dos los problemas que entrañaba la polémica, por un lado, un acercamiento peligroso al nacionalismo social que se inscribió con fuerza en el abanico de ideologías que imperaban en el ambiente tan ecléctico que se dio en la década de los treinta. El otro punto era la subyugación inminente de la literatura a las exigencias del gobierno, es decir, puso énfasis nuevamente en que la literatura (en general, cualquier forma de arte), no debía servir más que para un verdadero goce intelectual, lejos de servidumbres que a él le parecían decididamente odiosas.¹⁶⁶

¹⁶⁴ Jorge Cuesta, "La literatura y el nacionalismo", *Obras*, p. 177.

¹⁶⁵ Jorge Cuesta, "La literatura y el nacionalismo", *op. cit.*, p. 177.

¹⁶⁶ Guillermo Sheridan, *La polémica nacionalista...*, *op. cit.*, p. 75.

Cuesta pone en evidencia que los argumentos que esgrimían intelectuales como Abreu Gómez, se contradecían entre sí, ya que por una parte asumían que no había literatura de vanguardia, pero por el otro aducían que había que anteponer un antivanguardismo que hiciera frente a algo que antes habían afirmado que no existía. Esta circunstancia se tradujo en una contradicción entre los defensores del nacionalismo de la época. Cuesta hizo hincapié en que todos los grandes artistas como Baudelaire o Gide en ciertos momentos habían representado la vanguardia, pero que estas primeras manifestaciones de rebeldía eran de menor importancia, pues posteriormente este tipo de intelectuales no habían querido mostrarse diferentes y que no buscaban que su arte fuera distintivo de su nacionalidad, así como muchos menos habían querido mostrarse únicos y opuestos a todo lo que les rodeara. *Al revés de los que pretenden hacer de su banalidad, su diferencia; de su vulgaridad, su distinción.*¹⁶⁷

Otro ensayo relacionado –aunque en realidad la mayoría de los ensayos que escribió con temas estéticos tienen como fondo la lucha que libró contra el arte utilitario– con la discusión entablada con otros escritores, es el que lleva por título “Conceptos del arte”. Publicado en *Excelsior* en 1932, este ensayo ratificó de manera tajante los argumentos expuestos en los ensayos precedentes de que el arte contenía *per se* una esencia revolucionaria, que era distinto del que los artistas comprometidos querían enarbolar como estandarte de la Revolución y dotar de contenido tanto político como ideológico, a cualquier manifestación artística.

Jorge Cuesta concretó en este ensayo las ideas que tenía sobre la función del arte y la obligación de quien lo realizara, es decir, afirmó que cada persona que se dedicara a un determinado oficio debía esmerarse en la medida de sus posibilidades para llegar a tener un buen desempeño en sus actividades. Puntualizó que para tener un buen religioso era indispensable que el religioso se dedicara a ser religioso, que si el individuo era político se entregara a fondo para ser un buen político y dedicarse de lleno para conseguir ser el mejor religioso así como el mejor político. Cuesta afirmó que lo mismo sucedía en el ámbito del arte, por lo tanto, quien deseara ser el mejor artista debía ceñirse única y exclusivamente a

¹⁶⁷ Jorge Cuesta, “La literatura y el nacionalismo”, *op. cit.*, p. 182.

ser el mejor artista y dejar de lado cualquier cosa que estorbara a la realización de estos fines, así fuera credo político ó doctrina ideológica.

[El] Arte es destreza, arte es excelencia, es la capacidad de hacer algo mejor que como otro lo hace.¹⁶⁸

El resto del ensayo versa sobre el trabajo que desarrollaban los artistas, ya que este era dirigido a sus pares, los cuales poseían la sensibilidad necesaria para entender a ciencia cierta cual era el mensaje implícito en cada obra de arte. Afirmó que el arte –lo que él suponía era el verdadero arte–, siempre estaba hecho para artistas pues *el público no lo disfrutará nunca*.¹⁶⁹ Cuesta insistió en que darle nombre y apellido al arte, significaba desvalorizarlo pues le aplicaban forzosamente un contenido no artístico y lo hacían religioso, político, doctrinario o moral, eliminando con ello su esencia pura. Posteriormente, habló de aquellos que creían que el arte tenía la obligación de descender al nivel del pueblo, de servir a los fines de los políticos, a los requerimientos de la Nación, al compromiso revolucionario sin pararse a reflexionar en lo que esto significaba para el arte. Para Cuesta, era igual a perder toda capacidad de autocrítica, de la creación por sí misma, él estaba en contra de que se pensara en función de las necesidades del pueblo y no tanto en una verdadera manifestación artística e hizo una dura crítica a quienes así lo creían y exhortaban.

Para ellos, es el arte el que debe descender y empobrecerse; es el artista quien debe servir al político, al religioso, a la nación, a la vida; es el hombre mejor quien debe servir al hombre inferior (...) Óigaselos predicar un arte para el pueblo, un arte para el proletariado, un arte para todos, un arte humano.¹⁷⁰

Un elemento más de discusión en este ensayo, fue el asunto de las preferencias sexuales heterodoxas, que también fueron motivo del ataque al que lo sometieron a él y a sus amigos, ya que la práctica homosexual era muy mal vista en la época; con mayor razón al tratarse de figuras públicas y que estaban dentro del aparato gubernamental. Arremetió de nuevo contra aquellos que le habían acusado, junto con los demás Contemporáneos, de ser afeminados, de

¹⁶⁸ Jorge Cuesta, “La literatura y el nacionalismo”, *op. cit.*, p. 183.

¹⁶⁹ Jorge Cuesta, “Conceptos del arte”, *Obras*, p. 183.

producir un pésimo trabajo literario, ante lo que él aseveró que querían ligar en un mismo nivel, la mediocridad con la inteligencia y tomarlo como pretexto para tacharlos de inmorales, de descastados,¹⁷¹ de afeminados sin tomarse antes el trabajo de valorar en su justa medida lo producido por ellos. De la misma manera, acusó a sus detractores de que sólo tomaran dentro del rango del arte lo que ellos consideraban que poseía un adecuado contenido moral, social, religioso, nacional, revolucionario o simple y llanamente viril. Este punto de la discusión fue abordado por Jorge Cuesta de la siguiente manera:

Óigaselos decir [...] “una literatura que no es ejemplo de bien y de belleza, es literatura sin casta, literatura sin sexo”. ¿No llegan a pretender medir la obra de un hombre en función de su sexualidad? Así llegan a pretender medirla en función de su nacionalidad. Vale la sexualidad, vale la nacionalidad, no el hombre que las posee [...] Vergonzosa naturaleza de mujeres que estiman a un hombre por su sexo, antes que por su valor”.¹⁷²

Con todos estos argumentos, Cuesta concluye que:

El arte no es para los pobres, para los mediocres del arte que, teniendo conciencia de su defecto, reclaman un arte propio para ellos, un arte viril, un arte nacional, un arte reducido a cierto miserable objeto, un arte pobre. [...] El arte es un rigor universal, un rigor de la especie. No se libraré México de experimentarlo, a pesar de los imbéciles y faltos de moral que tratan de resistir a la exigencia universal del arte... Será la nacionalidad lo que será medido por el arte, no el arte por ella.¹⁷³

¹⁷⁰ Ídem, p. 184.

¹⁷¹ Posteriormente, en 1934 retomó el asunto del descastamiento en una carta que le dirigiera a Bernardo J. Gastélum, en la cual le habló acerca de los dos folletos que tenía impresos, es decir, *El plan contra Calles* y la *Crítica de la Reforma al artículo 3º*. En dicha carta le dijo a Gastélum, que en estos dos textos se aventuró a la política y que acaso sorprendió su literaria incursión en la política, no obstante que su fin era responder al criterio que se había hecho sobre su grupo de que eran descastados y ajenos a los problemas del momento. Jorge Cuesta, “Dos cartas a Bernardo Gastélum”, *Obras*, Tomo II, Michigan, Ediciones del Equilibrista, 1994, p. p. 314-316.

¹⁷² Jorge Cuesta, “Conceptos del arte”, *Obras, op. cit.*, p. 184. Este ensayo se verá con mayor detalle en las páginas siguientes. El entrecomillado es de Jorge Cuesta.

¹⁷³ Jorge Cuesta, “Conceptos del arte”, *Obras*, p. 185.

Esta postura acarreó sobre sí –y no sólo a él sino a Novo, Villaurrutia, Owen y demás Contemporáneos– el estigma de que eran una generación descastada, que antes de preocuparse por los diversos problemas que azotaban a la sociedad mexicana, se enfrascaban en discusiones de literatura francesa o norteamericana. Esta etiqueta de descastados fue una losa que pesó sobre ellos durante mucho tiempo, pero que les fue adjudicada de manera un tanto superficial, pues se puede constatar que México y los problemas que le aquejaban era en su mayoría el tema principal del discurso cuestiano.

El debate establecido entre los intelectuales comprometidos y quienes no lo eran alcanzó otras esferas, pues no sólo la literatura estaba en la mesa de discusión, sino que también ámbitos como el de la música y la pintura formaron parte de los temas que se acercaron a la polémica del nacionalismo. Entre los ensayos que trataban estos dos temas, se halla "La pintura superficial" y "La música inmoral", que dieron cuenta de la importancia que Cuesta le dio a estas manifestaciones artísticas, ya que como se ha podido observar sus intereses eran muy amplios y abarcaban diversos campos.

Ambos ensayos fueron escritos por Jorge Cuesta en 1932. El afán de mexicanizar pretendía que estas expresiones artísticas sirvieran como otro medio de perpetuar la idea de lo mexicano. Tanto la pintura como la música, debían de transmitir un mensaje nacionalista, que desde antes de su creación tenía ya un destinatario, el pueblo. Cuesta decía que para la música mexicana la exigencia de ser una propaganda nacionalista era mucho más imperiosa que en otras artes,¹⁷⁴ y que esto se veía reflejado en la cantidad tan grande de músicos que le daban a sus creaciones un sentido social, tal como era el caso de compositores entre los que se incluían Silvestre Revueltas, José Pablo Moncayo, Blas Galindo, Salvador Contreras, Daniel Ayala. Además de Manuel M. Ponce, José Rolón, Candelario Huízar y Carlos Chávez, entre otros que dentro del compromiso revolucionario tenían la intención de representar el "movimiento nacionalista" emanado de la Revolución Mexicana.

La disputa entablada con Jorge Cuesta por el asunto del nacionalismo fue sólo la mecha que encendió la llama de los variados artículos que escribiera, y así como entabló una discusión

con otros intelectuales (como se ha visto que sucedió con Abreu Gómez) los temas abordados por Cuesta tomaron derroteros distintos a partir de que sobrevino la clausura de *Examen*, la revista que él había fundado. Los siguientes ensayos que Cuesta escribió versaron sobre asuntos tan variados como la educación socialista, la autonomía de la universidad, la educación sexual, lo cual nos muestra la gran preocupación que Cuesta tenía por los problemas nacionales, en los cuales también pone de manifiesto su rechazo del nacionalismo mal entendido. Cuesta dijo con Julien Benda:

Señalaré otro rasgo del carácter que toma el patriotismo en el intelectual moderno; la xenofobia. El odio del hombre por el “hombre de afuera”, su proscripción su desprecio por el que no es de “casa”.¹⁷⁵

La clausura de *Examen*, marcó la segunda transición de la escritura ensayística cuestiana. De los ensayos de crítica musical, pictórica y literaria, había pasado a aquellos que si bien abordaban temas estéticos, se enfilaban a defender de manera continua sus apreciaciones sobre el arte. A partir de 1932, sus reflexiones se verían colmadas de asuntos políticos, sociales, educativos, que nos abren paso a una nueva etapa en la trayectoria de Jorge Cuesta; es desde este momento que surgió con mayor precisión, la imagen del escritor beligerante y reaccionario que se heredó a los lectores de horizontes posteriores

LA EDUCACIÓN SOCIALISTA EN LOS ENSAYOS CUESTIANOS.

Un asunto que preocupó a Jorge Cuesta tiene que ver con la educación, aspecto que junto con la música, la pintura y las letras componía el mosaico de la vida cultural del país. En las reflexiones cuestianas sobre el ámbito educativo, surgieron distintos esferas de debate, que mantenían una estrecha relación con los principios ideológicos y moralistas de la época, los cuales a su vez, se mantenían ineludiblemente ligados a las políticas gubernamentales y al poder tanto político como cultural de los diversos grupos que participaban de la discusión cultural del momento. Debido a esta preocupación, Cuesta escribió sobre el aspecto educativo en sus distintos niveles, desde la educación elemental hasta la vida universitaria. En este apartado de la tesis, quiero hacer un recorrido por los ensayos que él escribió para

¹⁷⁴ Jorge Cuesta, “Música Inmoral”, *Obras, op cit*, p. 195.

acercarme a las opiniones que ocuparon su atención con respecto al plan educativo impulsado por el gobierno y que tenía como eje central la educación socialista.

La Crítica a la Reforma al Artículo Tercero fue uno de los dos únicos textos que fueron impresos por su autor como pequeños libros, en el analizó la educación socialista uno de los asuntos más polémicos de la década de los treinta. Esta cuestión no fue bien aceptada por los padres de familia, que no estaban de acuerdo con el tipo de educación que el gobierno planeaba darle a sus hijos. Con el objetivo de que el pueblo aceptara a esta nueva escuela, Calles proclamó un discurso, que posteriormente fue conocido como el "Grito de Guadalajara", en el cual ponía de manifiesto que la educación socialista serviría para afianzar los principios revolucionarios por los cuales se había luchado tanto. Dentro de su discurso aseveró que

los eternos enemigos de la Revolución la acechan y tratan de hacer nugatorios sus triunfos... es necesario que entremos al nuevo periodo de la revolución, que yo le llamaría el periodo de la revolución psicológica; debemos entrar, apoderarnos de las conciencias, de la conciencia de la niñez, de la conciencia de la juventud, porque la niñez y la juventud deben pertenecer a la Revolución... no podemos entregar el porvenir de la Revolución a manos enemigas. Con toda la maña los reaccionarios dicen que el niño pertenece al hogar, que el joven le pertenece a la familia; doctrina egoísta, el niño y el joven pertenecen a la colectividad...

La reforma al artículo tercero establecía que la educación que impartiera el Estado sería socialista y excluía cualquier credo religioso, quedando sobreentendido que ese credo religioso era el católico, además se comprometía a combatir el fanatismo y los prejuicios. Este tipo de educación, tenía como fin que la enseñanza que se impartiera estuviera basada en conceptos racionales y exactos del Universo. Ante una decisión tan unilateral por parte del gobierno, sobre todo en un país eminentemente católico y después de haber pasado por una confrontación civil como la Cristiada, resultó natural que la gente se mostrara en total desacuerdo ante la prohibición de que la iglesia impartiera algún tipo de instrucción. El establecimiento de la Educación Socialista en las escuelas primarias y su elevación a ley,

¹⁷⁵ Julien Benda, op, cit, p. 56.

cuando se llevó a cabo la Reforma del Artículo 3º Constitucional, significó el primer eslabón en esta cadena de acontecimientos ante los que Jorge Cuesta manifestó su rechazo. Para él era inconcebible que un Estado que se autoproclamaba revolucionario, tratara de establecer desde su mismo seno una especie de religión en la que se convirtió la tan llevada y traída doctrina socialista.

Entre los ensayos dedicados a discutir sobre el establecimiento de la educación socialista en las escuelas primarias se encuentran “La reforma al Artículo Tercero”, “La escuela socialista”, “El socialismo y la enseñanza”, “No hay educación socialista” y “La práctica de la educación socialista”. A lo largo de los ensayos que Cuesta publicó en la 1ª Sección de *El Universal*, todos en 1934, propugnó porque la propuesta de reformar el Artículo 3º contravenía el verdadero sentido de la escuela y de su función educativa, puesto que la escuela debía ser laica, sin ninguna inclinación religiosa o política, por lo que Cuesta consideraba que darle una orientación socialista era contravenir los postulados de la Constitución. Consideraba que ni siquiera los mismos profesores sabían a ciencia cierta lo que se esperaba de ellos al impartir una educación socialista, ya que el concepto era confuso, y el Estado no daba una idea clara acerca de lo que quería dar a entender con el término socialismo.

Los maestros, con toda ingenuidad, lo han tomado tan en serio, que leen apasionadamente cuanta publicación se les presenta con este tema u agotan en las librerías cuanto libro muestra la palabra “socialismo” en la carátula. Ya no saben a quién interrogar sin comprometerse; pues he aquí que se ponen en peligro si descubren ante sus superiores su incapacidad de discernir lo que la educación socialista significa[...]

Los maestros son los que han caído en la ignorancia, los que preguntan, los que no saben, los que no encuentran en sus conocimientos profesionales ningún recurso eficaz para captar el sentido esotérico y profundamente enigmático del nuevo artículo 3º de la Constitución.¹⁷⁶

¹⁷⁶ Jorge Cuesta, “La práctica de la educación socialista”, *Obras*, Tomo II, Michigan, Ediciones del Equilibrista, 1994, pp., 54-55. Boletín Reseñas Históricas de la Universidad de Guadalajara en <http://www.uag.mx/201/lareforma.htm>.

El mayor argumento en contra de la decisión del Estado por adjetivar a la educación con el término socialista se concretó en el folleto que publicó en 1934 y que llevó por título *Crítica de la Reforma del Artículo Tercero*.¹⁷⁷ En este texto, Cuesta estableció que no tenía mayor importancia el apellido que se le adjudicara a la educación, pues esto no era un sinónimo de que el tipo de enseñanza que se impartía en las escuelas oficiales fuera ‘socialista’, sólo por el hecho de nombrarse así. Además afirmó que términos tales como ‘socialista’, ‘sindical’, ‘proletaria’, ‘antirreligiosa’, ‘científica’, sólo hacían referencia a conceptos ambiguos que no expresaban un verdadero contenido revolucionario, y que para lograr esto era necesario hacer una profunda reforma a los contenidos educativos.

Lo importante no es efectuar (si ya la Constitución es revolucionaria) una reforma de la Constitución, sino una reforma de la escuela. [...] Es indispensable, por lo tanto, advertir que lo que trata de efectuarse no es una modificación esencial de la Constitución, haciéndola adoptar una doctrina de la escuela, sino una modificación esencial de la escuela, haciéndola adoptar la doctrina de la Constitución.¹⁷⁸

Al hacer ésta afirmación, Cuesta propugnó porque en el ámbito educativo se cumplieran los objetivos de la escuela, es decir, dotar a los niños de conocimientos, pero sin tratar de inculcarles ninguna ideología ya fuera política ó religiosa. Por esta razón afirmó que no era necesario echar mano de palabras que hicieran caer en confusiones tanto a los profesores, a los estudiantes y a la sociedad en general, a partir del término ‘socialista’, puesto que generaba que se incurriera en equivocaciones porque había ‘socialismo católico’, ‘comunista’, ‘nacional-socialismo’, entre otras acepciones que no dejaban en claro cuál era el socialismo que se le imponía a la educación en México.

Los textos que Jorge Cuesta escribiera con respecto a la educación socialista muestran la inconformidad de su parte al ver que la idea del Estado era la de tratar de homogeneizar el pensamiento de toda una sociedad. Esta intención de marcar la línea de la educación, era inconcebible ante sus ojos, ya que tal situación derivaría en que no habría libertad de pensamiento, y por ende en que no existía libertad para crear. Sus críticas abarcaron otros

¹⁷⁷Jorge Cuesta, *Crítica de la Reforma del Artículo Tercero*, México, [s.e.], 1934.

espacios de la educación, ya que el proyecto de la educación socialista no sólo abarcó a la escuela elemental, sino que llegó a altos niveles educativos, pues al aprobarse el proyecto de reforma el Artículo 3º, los alcances de esta modificación se ampliaron hasta llegar a la Universidad Nacional.

LA POLÉMICA DE LA UNIVERSIDAD.

La Universidad había obtenido su autonomía pocos años antes, en 1929, durante el gobierno de Emilio Portes Gil, teniendo para sí un reglamento interno, en el cual ya no podía interferir el gobierno, lo que le proporcionaba libertad de cátedra, además contaba con un patrimonio propio que se le había destinado del erario público. Ante la situación tan favorable para la Universidad, la comunidad conformada por estudiantes y profesores estaba reacia a aceptar que el proyecto educativo gubernamental se impusiera por la fuerza en los estudios superiores. Silvia González Marín menciona que en los años treinta, la élite política revolucionaria se dedicó a reorientar y a propagar un nuevo sistema de enseñanza, aunque a ciencia cierta no estaban muy seguros de lo que se trataba. Rafael Ramírez, Jefe del Departamento de Escuelas rurales de la Secretaría de Educación Pública, dijo ante una convención de maestros en 1935:

La escuela socialista que andamos buscando ahora con tanto anhelo y para lo cual no hemos podido formular la doctrina todavía, ni hemos encontrado aún las prácticas que deban integrarla, estén seguros señores maestros, de que ella existe...¹⁷⁹

La resolución del gobierno posrevolucionario, era impedir que en la Universidad se siguiera impartiendo una educación que en nada *beneficiaba a la población en general* ni hacía nada por *estar al servicio del pueblo*.¹⁸⁰ Esta decisión gubernamental no satisfizo a gran parte de la comunidad universitaria, que se mostró reacia a aceptar el proyecto educativo estatal, por lo que se dieron a la tarea de manifestar su descontento ante la inminente transformación de

¹⁷⁸ Jorge Cuesta, *Crítica*, *op. cit.*, p. 12. Subrayado en el original.

¹⁷⁹ Silvia González Marín, *La participación de las organizaciones estudiantiles durante la crisis Estado-Universidad de 1935*, Instituto de Investigaciones Bibliográficas / UNAM, octubre de 2003, p. 2. "La reforma del artículo 3º. de la Constitución" del Boletín Reseñas Históricas de la Universidad de Guadalajara en <http://www.uag.mx/201/lareforma.htm>.

¹⁸⁰ Ídem, p. 5.

la Universidad en un centro de propaganda socialista, que debería de tomar al materialismo histórico como método educativo. Propugnando por esta enseñanza se encontraba Vicente Lombardo Toledano; en el lado contrario estaba gente como Antonio Caso, quien afirmaba que al introducir esta corriente de pensamiento en la enseñanza universitaria se atentaba contra la autonomía y la libertad de cátedra, tan recientemente conquistada.¹⁸¹

Cuesta fue parte importante del debate que tuvo como personaje central a la Universidad, ya que de cierta manera se discutía la idea de lo que debería ser la educación y la cultura, ámbitos que tenían una estrecha relación con todo el juego político que se estaba gestando en la década de 1930, en especial a partir de que Cárdenas ocupara la presidencia de la República en 1934. Esta controversia mantuvo ocupada la atención de Jorge Cuesta, por lo que escribió varios ensayos en los cuales analizó la problemática que estaba viviendo la Universidad. En sus ensayos, mostró la profunda animadversión que Cuesta tenía hacia todo lo que él consideraba como una imposición del gobierno, convencido de que al gobierno no le tocaba intervenir en una institución autónoma como era el caso de la Universidad. Por otra parte, Cuesta tenía claro que a la Universidad no le tocaba el papel de ser un centro de difusión socialista.

El interés de Jorge Cuesta por los asuntos universitarios empezó desde el ensayo “El teatro universitario” (1930), en el cual criticó que se le diera un sentido de medio instructor al teatro, pues había observado que en el fondo estaba implícito un mensaje de aleccionamiento a la ‘clase proletaria’ y que se tenía la intención de hacer una propaganda político-ideológica antes que presentar una obra de manera desinteresada. Su atención en este tema tomó mayor fuerza desde el 17 de marzo de 1933 con el ensayo “La Universidad y la técnica”; poco después en abril del mismo año publicó “La “experiencia” de la Universidad”; “La política en la Universidad” se dio a conocer en septiembre, también de 1933 y por último escribió el ensayo que lleva por nombre “La autonomía de la Universidad” que se publicó el 25 de octubre de 1933. En un segundo periodo dio a conocer “La cuestión universitaria” publicado

¹⁸¹ Para ver con mayor profundidad el proceso de la autonomía de la Universidad y el conflicto que se dio entre esta y el Estado. *Cfr.* la ponencia a la que ya he hecho referencia líneas arriba, en la cual Silvia González Marín, ha investigado las causas y las consecuencias de un suceso como al que hago mención y que aunque fue abordado por Jorge Cuesta no se va a analizar de manera exhaustiva en esta tesis.

en *El Universal* en junio de 1935 y el ensayo que lleva por nombre “La Universidad y el Estado”, también difundido en las páginas de *El Universal* con unos días de diferencia y finaliza esta serie de artículos con “La enseñanza universitaria” del 17 de junio del mismo año.

En estos ocho ensayos el centro de la reflexión de Cuesta, es la Universidad y los diversos problemas por los que estaba atravesando, resultado de los altibajos de la situación política, social y económica del país, que si bien no eran los grandes disturbios de las primeras jornadas revolucionarias, todavía distaba de reafirmar la tranquilidad en la nación. A mi parecer existen diversos elementos que se interrelacionan en estos ensayos, los cuales son escritos en secuencia y sobre todo muestran las apreciaciones de Jorge Cuesta con respecto al poder cultural y las íntimas relaciones que éste tenía con el poder político.

En el debate que discutía la implantación de la educación socialista dentro de la Universidad, Cuesta tenía como principal oponente a Vicente Lombardo Toledano, quien pugnaba porque la Universidad saliera de las aulas y dejara el conocimiento abstracto a un lado con el propósito de que los alumnos pudieran obtener experiencia de manera mucho más concreta y en beneficio del pueblo. Por estas razones, Cuesta no podía aceptar que la máxima institución de cultura, que había luchado por lograr su independencia frente al Estado, se dejara influenciar por la corriente ideológica predominante. Se temía que al dejar de lado su espíritu libre y universal, se convirtiera en la tribuna desde la cual se arengaba al pueblo a optar por una doctrina, como el socialismo, que según nuestro autor la llevarían irremediablemente a la corrupción y a la ruina.¹⁸² Al observar que se estaba suscitando tal panorama, Jorge Cuesta se rebeló porque consideraba que ese no era el deber primordial de la Universidad. Aunque el tema que se discutía era el asunto de la educación, en el trasfondo de la discusión se analizaba el papel del socialismo como la ideología predominante que debía de adoptar la sociedad mexicana, además de que de una u otra forma, el debate desembocaba en el intento de ver qué tipo de formación se le tenía que dar tanto a la niñez como a la juventud, que a futuro se convertiría en un determinado tipo de sociedad.

¹⁸² Jorge Cuesta, “La política en la Universidad”, *Obras*, p. 233.

Ante los planes de Lombardo, de dogmatizar a la educación socialista y de hacer que los estudiantes dejaran las aulas y laboratorios para ir a los centros de producción donde pudieran tener una verdadera experiencia cercana a las masas trabajadoras, Cuesta expuso desde su papel como “técnico” –hay que recordar que él era químico de profesión–, que no había nada más alejado de la aplicación de las leyes científicas que la estancia dentro de un centro de producción, recintos en donde existía una verdadera hostilidad a la ciencia y se asumía que la técnica sólo era un conocimiento empírico y popular.¹⁸³ La razón que opuso Cuesta fue que estaban convirtiendo a la Universidad, en la matriz de la cual saldrían los remedios para soliviantar los males de la clase proletaria, haciendo de ésta un apéndice de la fábrica. Para lograrlo la Universidad, se veía obligada a dejar de lado la ciencia y privilegiar la técnica, siendo ese el verdadero afán de Lombardo Toledano.

A Jorge Cuesta esto le parecían intentos ortodoxos de convertir a la Universidad en esclava y a los alumnos en los receptores del proyecto ideológico, entendido este como una manifestación de la doctrina socialista que se había erigido para sus seguidores –entre quienes se contaba a Lombardo Toledano– en una verdadera religión. Esto, lejos de beneficiar el auge de una educación libre se había convertido en una obligación impuesta a la Universidad, la cual debía contraer un compromiso político que ponía en entredicho la autonomía de la institución. Por otro lado, Cuesta decía que también había que poner de manifiesto que en el momento en que pusieran en práctica los postulados socialistas, se daba por terminada la función revolucionaria del socialismo, ya que se le imponía el constituirse en un credo estatal.

Desde el punto de vista del socialismo, nada puede sucederle peor, para sus fines revolucionarios, que convertirse en la doctrina oficial de una academia; allí sencillamente, su revolución se acaba.¹⁸⁴

Otro de los problemas sobresalientes para la misma Universidad, había sido el obtener su autonomía, porque uno de los conflictos más agudos que Cuesta observaba era que al tener sus propias leyes se había visto abandonada por el Estado. Él planteó que dos eran los

¹⁸³ Jorge Cuesta, “La experiencia de la Universidad”, *Obras*, p. 225.

obstáculos que la Universidad tenía ante sí, uno de orden político y el otro de índole económica; el primero se refería al interés que tenía cierto partido en cambiar los fines de la Universidad y en general de la enseñanza, en otros que convendrían a sus propósitos.¹⁸⁵ Por el otro lado, los pocos recursos que a ella llegaban de parte del Estado, se había vuelto un pesado lastre para la comunidad universitaria, ya que se le había escatimado el presupuesto que el gobierno le otorgó tiempo atrás. Tal situación se debió a la negativa de la Universidad de aceptar sin resistencia la educación socialista; como respuesta el gobierno optó por no darle más dinero, y que la institución se mantuviera por sus propios medios. Se le reprochaba a la Universidad que no tuviera un compromiso social y moral con las “clases explotadas”, acusación que fue rebatida por Manuel Moreno Pacheco, presidente de la Confederación Nacional de Estudiantes, quien al respecto argumentó:

Que la Universidad de alguna manera directa y especial rinde al Estado por medio de algunas dependencias del Ejecutivo, sin recibir, en cambio, remuneración de ninguna índole, por ejemplo, el Instituto de Geología, que colabora con la secretaría de Economía Nacional, [...] el Instituto de Biología que está consagrado a las investigaciones sobre las enfermedades tropicales y regionales [...]¹⁸⁶

Para Jorge Cuesta la cultura, desarrollada en la Universidad desempeñaba un papel primordial en servicio para la sociedad, pues sólo a través de la cultura ésta podría obtener una satisfacción, un gozo y un usufructo. Por tal razón, la comunidad que integraba a la universidad tenía el deber de considerar que sólo a través de sacudirse el yugo que se le imponía, podía cumplir cabalmente con su función como productora de sentido y conciencia, así como de una cultura para quienes quisieran aceptar el sacrificio que implicaba acercarse a ella, como un medio de superación personal y posteriormente social.

Los enemigos de la Universidad, en cuanto es fuente de cultura, son, por eso mismo, quienes la apartan de cumplir su finalidad social y la sujetan a la satisfacción de las

¹⁸⁴ Jorge Cuesta, “La política en la Universidad”, *Obras*, p. 233.

¹⁸⁵ Silvia González, *op. cit.*, p. 14.

¹⁸⁶ Citado en Silvia González, *op. cit.* p. 14.

ambiciones individuales [...] Y por eso los enemigos de la Universidad se empeñan en hacerla desaparecer [...] y concebirla como una especie de botín.¹⁸⁷

En este ensayo, se manifestaba en contra de las pretensiones de quienes pugnaban por la educación socialista, en especial de Narciso Bassols, quien estuvo a cargo de la Secretaría de Educación en los tiempos del cierre de *Examen*. Cuesta afirmó que la Universidad, debía tener muy en cuenta que su fin último era el de crear cultura, por lo que debía de rechazar las profesiones lucrativas, olvidándose de preparar a técnicos para las fábricas que pagaban impuestos al Estado o *de proveerlo de burócratas o secretarios de Educación*, sino que debía enfilarse sus propósitos a satisfacer sus propias demandas, aún a pesar de que estaba pobre y amenazada:

La universidad encuentra ahora de cualquier modo una oportunidad de atender a “sus propios fines” y de dar a la sociedad lo que la sociedad pide realmente y no lo que unos cuantos particulares reclaman en nombre de ella para su provecho personal.¹⁸⁸

El segundo periodo en que Cuesta retomó el asunto de la Universidad fue en el año de 1935, cuando sucedió el enfrentamiento entre Universidad-Estado, debido a que este último había impuesto la educación secundaria como requisito indispensable para ingresar a los estudios universitarios. La comunidad conformada por el estudiantado y profesores no estuvo de acuerdo ante esta decisión, por lo que llevaron a cabo varias acciones para manifestar su rechazo ante la medida tomada por el gobierno cardenista. En los ensayos que escribió durante esta época reafirmó lo que ya había expuesto en 1933, es decir, el desinterés que el Estado mostraba hacia la Universidad por considerar que su presencia no era benéfica a la sociedad, si ésta insistía en no orientarse al socialismo, por lo que declaró que era la enseñanza lo que se había sacrificado en provecho de la política más confortable para el grupo en el poder.

En el ensayo “La cuestión universitaria” sentenció que la hostilidad que manifestaba el gobierno hacia la Universidad por haberse negado a aceptar el sistema socialista en los

¹⁸⁷ Jorge Cuesta, “La autonomía de la Universidad”, *Obras*, pp. 253-255.

¹⁸⁸ Ídem. , p. 257.

planes de estudio era más un asunto político que educativo. Cuesta puso de manifiesto que más allá de ser una pugna entre dos concepciones educativas distintas estaban discutiéndose dos doctrinas políticas, más enfocadas a los intereses del Estado que a la Universidad. Al respecto Jorge Cuesta opinó lo siguiente

[...] la aspiración autonomista de la Universidad ha sido juzgada e interpretada por el gobierno como individualista y burguesa, y la educación oficial ha sido declarada “socialista”, para distinguir el aislamiento y el “reaccionarismo” de la Universidad.¹⁸⁹

Cuesta argumentaba que todas las trabas que el gobierno ponía a la Universidad, al tacharla de “reaccionaria”, de que era una institución burguesa en contra de una sociedad que se volvía socialista y sobre todo, de acusarla de no asumir su compromiso ante la sociedad, sólo habían sido un pretexto para dejar de cumplir una de sus obligaciones principales, es decir, promover una cultura superior. Esta omisión del gobierno –según Cuesta– tenía un fin, hacer que las conciencias estuvieran completamente dispuestas a aceptar los caminos trazados por el gobierno, sin criticar sus acciones y lograr el consenso tan largamente esperado por los gobiernos posrevolucionarios.

Es evidente que las personas, los grupos y los funcionarios que se han convertido en atacantes del arte, la literatura, la cultura, en la enseñanza y la Universidad burguesa, no saben en absoluto lo que quieren en el arte, la literatura, la cultura, en la enseñanza y la Universidad. [...] Una autonomía de la Universidad, no hace de la Universidad una institución privada, sino una institución revolucionaria, que naturalmente se empeña en desconocer el régimen que se empeña en ignorar su carácter de organismo público, y su legítimo derecho a subvenir a sus necesidades, sin restricción alguna del tesoro nacional.¹⁹⁰

UN CLÉRIGO EN LA TIERRA: JORGE CUESTA Y LA POLÍTICA.

A partir de la clausura de *Examen*, Cuesta empezó a profundizar en las cuestiones que tenían más relación con la política, así como también se dio a la tarea de acercarse más a los políticos más poderosos de ese momento y sobre todo a los planes y proyectos que defendían

¹⁸⁹ Jorge Cuesta, “La cuestión Universitaria”, *Obras*, Tomo II, p. 81. Los entrecomillados son de Cuesta.

y deseaban aplicar en el país. Aunque tiempo atrás ya había incursionado en los debates de la educación socialista y de la Universidad, en los que innegablemente, a la par de una discusión cultural se asociaba una de tipo político, es sumamente curioso, que sólo hasta que abordó a personajes que estaban dentro de la esfera política, Cuesta asumiera que estaba haciendo una “literaria incursión a la política”.

Las opiniones de Cuesta no sólo se encaminaron a la discusión con otros intelectuales y los distintos proyectos culturales, sino que se enfocaban también a analizar los programas políticos que se proponían en ese momento. La cuestión política era un tema que a Cuesta le parecía muy necesario analizar, principalmente las decisiones que tomaban los gobernantes del país por las implicaciones que tenían sobre el destino de México. Esta preocupación de Cuesta la encontramos presente en la exposición de su ensayo "La política de altura" –que fue publicado en *Examen* en el mes de noviembre de 1932– donde criticaba los argumentos que no le parecían lo suficientemente coherentes para la ejecución de la política. En este ensayo analizó la postura de los políticos o artistas que reprochaban a otros intelectuales que se enfocaran solamente a la creación de su arte sin preocuparse por los problemas políticos que afectaban al país, discusión que se situaba en la batalla del arte comprometido o el arte puro, que sostenían desde tiempo atrás los intelectuales y artistas de la época.

En una larga disertación acerca del por qué se consideraba deshumanizado el arte, Cuesta propuso una serie de enunciados en los que ejemplificó que no sólo el arte estaba distanciado de la vida sino que muchas otras ramas del conocimiento no descendían al nivel de la gente común, como por ejemplo la física o la mecánica relativista. Afirmó que la cultura era un bien y que quien deseara adquirirlo, debía conseguirlo por medio de su esfuerzo ya que la cultura no tenía la obligación de descender al público en general.

Cuesta hizo un análisis desde su campo de acción, el arte, para discutir acerca de la crítica que hacían los intelectuales y artistas comprometidos sobre la deshumanización del arte y de la forma en como se alejaba de la vida cotidiana. Argumentaban que no ocurría lo mismo con otras ramas del conocimiento como la ciencia, la historia y la política que descendían al

¹⁹⁰ Jorge Cuesta, “La Universidad y el Estado”, *Obras*, Tomo II, *op. cit.*, pp. 83-84.

nivel de las masas para entender el sufrimiento del pueblo. A pesar de que el tema tiene como punto de partida, consideraciones desde un plano esencialmente estético, las observaciones de Cuesta tienen una estrecha relación con los argumentos de los ensayos donde discute con otros intelectuales, como Ermilo Abreu Gómez y Vicente Lombardo Toledano.

El reproche al desinterés del arte no se limita al arte; no hay actividad del hombre que no pretenda arrojarlo a la incultura. Es un reproche a toda cultura, a toda perfección del espíritu, a todo valor; de índole según una corriente terminología política, reaccionaria por excelencia.¹⁹¹

Refiriéndose propiamente a lo político, Cuesta dijo que esta materia también había tenido que amoldarse a las necesidades de la masa y de los gobernantes en turno, que la habían manejado a su conveniencia, tomando de ella lo que les resultaba más benéfico para justificar su actuación pública. Esta actitud era reprobada por Cuesta, quien aseveró que el acceso del vulgo a una esfera como esta, había traído como consecuencia que ya no hubiera una verdadera política de altura, ni un Estado propiamente dicho, sino que prevalecían los intereses de cada individuo o grupos que estaban dentro del gobierno.

Son los políticos mediocres quienes, incapaces de crear una obra verdaderamente política, de interés general, adulan las más bajas supersticiones y codicias de los hombres, para valerse de su interés, el inmediato y el pasajero.¹⁹²

Este marcado interés en la política se vió reafirmado en la escritura de uno de los ensayos más polémicos “La crisis de la Revolución”¹⁹³ dónde Cuesta explicó que al término de la lucha armada, las perspectivas que se tenían eran amplias y prometedoras, que se veía hacia el futuro con bastante optimismo. No obstante, al transcurrir el tiempo las expectativas estaban cambiando, los ideales por los cuales se luchó fueron relegados y se daba un retroceso en la política mexicana. Todo lo contrario al decir oficial de que se estaban concretando los proyectos de los gobiernos revolucionarios y que la situación del país experimentaba importantes mejoras en los rubros de educación, salud, reforma agraria, entre

¹⁹¹ Jorge Cuesta, “La política de altura”, *Obras*, p. 205.

¹⁹² Ídem.

otras. Jorge Cuesta mencionó que la política mexicana se asemejaba a la relación entre padres e hijos en la que los primeros imponían a los segundos sus decisiones sin dejar que los hijos construyeran su propio porvenir; así, los hombres en el gobierno dejaban a sus sucesores, doctrinas o planes políticos que se asumían como testamentos donde se manifestaba la voluntad inviolable del antecesor.

Cuesta decía que a raíz de la pacificación de la república en 1917, se había intentado hacer cambios en muchas esferas, pero que esos planes no habían fructificado porque la gente que llegó al poder, se había beneficiado a sí misma, sin tomar en cuenta las necesidades del país; para 1934 las cosas habían sufrido una transformación radical. Él afirmaba que lo que se había considerado como la vía a seguir, se tradujo en un retroceso en diversos ámbitos tales como la política, la cultura, la educación y la economía.¹⁹⁴ Ante un panorama tan negativo, Jorge Cuesta dio sus opiniones sobre la situación que se presentaba ante sus ojos y la crítica que hizo tocó diversos puntos, entre los que se hallaba la incapacidad de quienes estaban al frente del gobierno quienes no había podido desprenderse de intereses mezquinos que en nada ayudaban al buen funcionamiento del país. Su mayor censura la dirigió al poder político, por ser éste el encargado de concretar los proyectos que desde tiempo atrás, desde la promulgación de la Constitución de 1917, y el cual no había hecho nada por ratificar las mejoras en el país. En su ensayo Cuesta comentó que:

La política, en cambio, está siendo el producto de la improvisación, de la fatuidad y de la violencia, y de aquí su inferioridad intelectual; de aquí su carácter dogmático y suficiente, de aquí su repugnancia por la libertad, de aquí su temor [...] por afianzar, en fin, desde ahora, los edificios que levanta y que, abandonados a sí mismos, se vendrían inevitablemente al suelo, debido a su falta de raíces en la conciencia de la sociedad.¹⁹⁵

¹⁹³ Jorge Cuesta, “La crisis de la Revolución”, *Obras, op. cit.*

¹⁹⁴ Jorge Cuesta, “La crisis de la Revolución”, *Obras, op. cit.*, p. 296. Cuesta hace una diferenciación muy marcada con respecto a la ciencia, de la que dice que con relación al dogmatismo científico del siglo pasado ha sucedido un liberalismo cada vez mayor. En el arte contemporáneo, mientras no se mezcle con él la política se observa una libertad semejante, en la filosofía, también, mientras la política no la confunde, se observa un radicalismo que no ha tenido igual en el mundo.

¹⁹⁵ Jorge Cuesta, “La crisis de la Revolución”, *Obras, op. cit.*, p. 296.

En "La crisis de la Revolución", se puede ver que hay una profunda crítica a las políticas posrevolucionarias que fueron desarrolladas, más por complacer a unos cuantos, que por traer beneficios a la población. Además la crítica cuestiona abordó un punto más, él no estaba de acuerdo con que se hicieran cambios a la Constitución de 1917, refiriéndose a la reforma al Artículo 3º, porque él asumía que ya tenía implícito un carácter liberal. A Cuesta le parecía que el hacerle modificaciones era anticonstitucional, ya que contravenía las disposiciones de los hombres de la revolución. Un segundo punto es que la forzada correspondencia que se quería establecer entre las cuestiones políticas y las que fundamentalmente tenían que ver con el arte y la educación, estaban definitivamente aisladas de la única y real función del arte, que era la de crear y disfrutar de lo que ese mismo arte producía, sin tener que fincar sobre él ninguna responsabilidad, ni social, ni económica y mucho menos política. Ese era el verdadero papel y la mejor ocupación de intelectuales y artistas, dedicarse por entero a la actividad metafísica, del espíritu, dejando de lado lo terreno y efímero, tal y como afirmaba también Julien Benda.

Según lo anterior, es factible ver que la postura tanto intelectual como política de Jorge Cuesta, plasmada en sus ensayos, era la de un personaje que se situaba al margen de los sucesos que está observando. Era un intelectual que decidía tomar distancia del gobierno, que ocupaba la mayor parte de su tiempo en pensar y reflexionar en las situaciones que se sucedían en su entorno, para declarar que no estaba de acuerdo total e incondicionalmente, sino que analizaba y desmenuzaba los problemas, ofreciendo un punto de vista diferente, heterogéneo, desde una concepción distinta y con la intención de dar alternativas a las opciones propuestas por el Estado y por otros grupos intelectuales.

*El Plan contra Calles,*¹⁹⁶ segundo texto que publicara por su propia iniciativa nos permite apreciar una faceta distinta en Jorge Cuesta, pues se acerca a la realidad de un intelectual que escribió desde una perspectiva independiente. Por otra parte, ofrece la posibilidad de adentrarnos en el pensamiento político de un intelectual, que no comulgaba y a veces ni siquiera encontraba puntos de convergencia con la mayoría. No obstante, en este texto se hallan elementos que parecieran no concordar con la imagen que se rescató posteriormente

del intelectual puro, independiente, analítico y sobre todo crítico del poder, porque habla acerca de las expectativas que Jorge Cuesta tenía acerca del proyecto callista, tanto en los planos cultural, intelectual y político, que para él era el mejor que podía desarrollarse en el país.

Este mismo pensamiento –que a varias décadas de distancia y debido a los imaginarios que hemos creado a través de lo que oficialmente, y a partir de momentos históricos distintos, conocemos como la historia patria– fue por el cual se pensó en Jorge Cuesta como un intelectual reaccionario. Él apostó por el proyecto político y las acciones del general Plutarco Elías Calles, personaje al cual comunmente se aprecia de manera negativa, por haber sido el oponente principal de Lázaro Cárdenas, héroe querido de la historia mexicana, y que ha sido la antítesis de lo que tradicionalmente se ha percibido y pensado de Calles. No es gratuito que al primero se le haya nombrado “Tata Cárdenas” y que el segundo sea conocido como el “Stalin Mexicano”.

Esta percepción ha permeado en la memoria histórica de todo un pueblo, por lo que no es difícil pensar que todos aquellos que colaboraron o estuvieron de acuerdo con las acciones del general Calles, corrieran con la misma suerte de ser considerados como la parte negativa de la historia nacional. Estos revolucionarios, después de haber sido durante varios años el lado fuerte de la posrevolución, se convirtieron en el elemento reaccionario y por el contrario, el nombramiento por demás encomiable de ser ‘los verdaderos revolucionarios’, había recaído en los defensores del pueblo explotado que afirmaban que lo único que deseaban era el bienestar de las masas desposeídas.

Jorge Cuesta creía en Calles como el hombre que podía darle cohesión y una verdadera institucionalización a los proyectos que hacían falta para hacer de México una nación moderna. En el folleto *El plan contra Calles*, de 1934 defendió la posición del Jefe Máximo, aunque no estuvo de acuerdo con el programa que debía ser seguido por el presidente que debía sucederlo. En la parte central del ensayo, Cuesta justificó los deseos del general –que meses antes habían sido expuestos en el mencionado plan–, argumentando que las constantes intervenciones del Jefe Máximo no estaban dirigidas a cometer actos ilegales o

¹⁹⁶ Jorge Cuesta, *El plan contra Calles*, México, [s.e.] 1934, 30 pp., *Obras*, pp. 323-337.

hechos que pusieran en peligro la integridad de la Constitución, sino que su participación estaba encaminada a lograr la unidad de todos los sectores de la sociedad mexicana; tal afirmación estuvo apoyada por la mayoría de los militares que simpatizaban con las decisiones de Plutarco Elías Calles.¹⁹⁷

Calles propuso que *El Plan Sexenal* se destinara a ser la base sobre la cual el próximo presidente tendría que gobernar así como también significaba el programa mínimo que debía seguirse para el bien de la Revolución. Este plan fue diseñado durante el periodo del presidente Abelardo L. Rodríguez y se lo encargaron a comisiones especiales del *Partido Nacional Revolucionario*. Estas comisiones se encargarían de regular la manera en que se desarrollarían los programas que tenían que ver con cuatro grandes áreas: educación pública, política agraria, política laboral y las comunicaciones en el interior de la Revolución. El plan reforzaba la idea de hacer efectivo el pacto social así como también reivindicaba los principios de la Constitución de 1917, en materias como la económica, la política y la social; que cumpliría con los compromisos que el gobierno emanado de la Revolución contrajo con el pueblo desde el momento en que se inició el movimiento en 1910. Al respecto de la creación de este plan, Plutarco Elías Calles había asegurado:

[...] ya es la hora de formar un programa minucioso de acción que cubra los seis años del próximo período presidencial; programa que debe estar basado en el cálculo, en la estadística, en las lecciones de la experiencia. Debemos estudiar lo que podemos alcanzar, dadas las posibilidades de nuestros presupuestos y las realidades nuestras [...] ¹⁹⁸

A pesar de que poco a poco las cosas fueron cambiando de manera contraria para Calles, Cuesta no olvidó que cuando Obregón fue presidente y posteriormente en el periodo de

¹⁹⁷ En la revista *Provincias* se puede constatar que las opiniones que se daban tanto del Plan como acerca de la presencia del General Calles, eran las más positivas. Muchos miembros del gobierno de Abelardo L. Rodríguez le daban la razón en todo lo que él decidía, por tal razón le adjudicaban frases por demás elocuentes. Al menos, en 1934, todavía era [...] *la inteligencia y la voluntad que han servido de guía en cada una de las etapas difíciles* [...] ó *El General Plutarco Elías Calles es el hombre de más recia personalidad que ha producido la Patria Mexicana*. “Plan Sexenal del Partido Nacional Revolucionario, 1934-1940”, en *Provincias, Revista Gráfica Revolucionaria*, México, 1934.

¹⁹⁸ Declaraciones de Plutarco Elías Calles, “Plan Sexenal del Partido Nacional Revolucionario, 1934-1940”, en *Provincias, Revista Gráfica Revolucionaria*, México, 1934.

Calles, él al igual que otros miembros de su grupo habían formado parte del aparato gubernamental, y habían recibido apoyo para las diversas empresas culturales que emprendieron; sin embargo, para 1934, las cosas habían tomado otro cariz. Calles perdió terreno ante los nuevos tiempos y circunstancias que se dieron cuando Lázaro Cárdenas tomó posesión de la presidencia, quien poco a poco y de manera inexorable fue sacando a Calles del escenario político hasta mandarlo al exilio y junto con él, todo lo que significó adhesión a su jefatura detrás del poder. Por tal motivo y ante las políticas impuestas por Cárdenas, Cuesta se puso del lado de quien significó para él y su grupo la posibilidad de vivir y crear, además de que tales políticas iban en contra de los postulados que Cuesta había defendido siempre, es decir, la pureza del arte y su disputa contra el arte comprometido. Jorge Cuesta afirmó que las ideas sustentadas en *El Plan Sexenal* no se debían a la autoría de Plutarco Elías Calles, sino que ya habían sido dadas a conocer anteriormente por el Secretario de Educación Pública, Narciso Bassols. Según Cuesta, tales ideas estaban presentes desde que apareció la *Memoria de la Secretaría de Educación* en 1932.

En este ensayo, se nota que a diferencia de otros, uno de los objetivos principales era la de exaltar la imagen de un político, en contradicción con la que había sido una línea importante en los ensayos cuestianos. En casi todos sus escritos, la política era una de las ramas que menos agradaba a Jorge Cuesta, debido a la influencia que tuvieron sobre sus planteamientos las reflexiones del filósofo francés. *El Plan contra Calles* es la manera en que Jorge Cuesta veía la presencia y el quehacer político del Jefe Máximo, quien para él tenía un innegable ascendente sobre la política revolucionaria mexicana del momento. Inclusive Cuesta puso de manifiesto que los postulados contenidos en el Plan Sexenal, se hallaban en total desacuerdo con los principios defendidos por Plutarco Elías Calles. No obstante, Cuesta declaró que:

En el “Plan Sexenal” aparece una política anticonstitucional y contrarrevolucionaria que no se identifica ni particularmente con Calles ni con el régimen originado en la Revolución.¹⁹⁹

¹⁹⁹ Jorge Cuesta, *El plan contra...*, p. 325.

Cuesta decía que había una oposición política oscura que estaba luchando por lograr el aniquilamiento del régimen político emanado de las confrontaciones de 1910, tanto en menoscabo de los ideales y de los gobiernos revolucionarios así como de sus hombres. Líneas adelante, Cuesta sostuvo que la contrarrevolución ya tenía un largo camino recorrido, y que en el momento en que Calles había concluido su periodo en la presidencia había aparecido la doctrina contrarrevolucionaria, la cual representaba para Cuesta, la presencia de quienes buscaban ingresar al poder. La reacción tenía dos vertientes: por una parte, los derechistas, es decir, el grupo reaccionario, quienes aseguraban que la Revolución no había triunfado debido a la ineficiencia de sus hombres; la segunda opción era la facción izquierdista –que se decía comunista–, la cual afirmaba que la Revolución se acercaba al fracaso por la ineptitud de sus principios y sus métodos, sobre todo por los hombres que se alineaban bajo la bandera revolucionaria, que lejos de buscar el beneficio de la población en general, buscaban satisfacer sus propios intereses.

Este sector izquierdista, conformado en su mayoría por intelectuales y estudiantes universitarios –aquí se puede inferir que Cuesta pensaba en Narciso Bassols y en Vicente Lombardo Toledano–, que no habían participado propiamente en la Revolución, veían en los revolucionarios de viejo cuño y que detentaban el poder en ese momento, a una serie de hombres que, a los ojos de estos nuevos intelectuales, no poseían las características necesarias para gobernar. Influidos de las ideas provenientes de otros latitudes, en especial de la ideología socialista, tachaban a la Revolución Mexicana de haberse quedado a la zaga de la Revolución Rusa que había cambiado todo en beneficio de las clases trabajadoras. Cuesta decía que:

Desde un principio encuentran a la Revolución falta de hombres preparados. Suelen señalar también, por otra parte, la inmoralidad de los revolucionarios en el poder [...] Y, encontrando a la mano el ejemplo de una revolución *más revolucionaria* en la rusa, se manifiestan comunistas y buscan el apoyo del proletariado, “traicionado por los hombres de la Revolución”.²⁰⁰

²⁰⁰ Ídem, p. 327. Subrayado en el original.

Para Cuesta, Calles era la representación más honorable del régimen político del país, que defendió el antirreleccionismo, así como también pugró porque existiera un ambiente de tolerancia para la oposición. Cuesta pensaba que lo revestía de la mayor significación el hecho de retirarse de la presidencia cumplido su periodo de gobierno, aunado a que era Calles quien dentro del texto del *Plan Sexenal* anteponía la normatividad y la legitimidad ante cualquier deseo personal. Según anotó Jorge Cuesta, Calles mantenía una gran influencia sobre la vida política del país, por lo que continuamente se reclamaba su autoridad para tener mayor solidez y prestigio, que en cambio el hecho de la desaparición política de Calles no significaba más que el quebranto de toda una estructura política concreta.²⁰¹

Cuesta también analizó las implicaciones que el *Plan* tenía para la economía, y dijo que no era necesario desarrollar un programa de tales características en un país en el que no existía un estado de crisis. Para él la pugna no era más que un ardid de parte de la oposición izquierdista, para cuidar lo que asumían como su patrimonio, los bienes que les heredaba la lucha revolucionaria. Cuesta afirmó que esta izquierda tuvo como único fin que la Revolución dejara de estar en las manos de los verdaderos revolucionarios –es decir, de quienes Cuesta creía que eran los verdaderos revolucionarios, seguramente refiriéndose a Calles– y pasara a manos de los miembros y defensores de la contrarrevolución. Para este intelectual, el plan estaba orientado en contra de la Revolución.

Cuesta sabía que la redacción de este artículo iba a traerle grandes críticas por considerarse que él atacaba al espíritu que se autodenominó progresista, así como también afirmaba que se le podía atribuir una posición conservadora y reaccionaria. Sin embargo, se exime de ello advirtiendo que era necesario que los intelectuales tomaran cartas en el asunto porque lo consideraba como una obligación, ya que si bien no estaba de acuerdo en que el arte sirviera a un determinado proyecto o ideología política, sí estaba convencido de que era una labor ineludible del intelectual el pensar y analizar las circunstancias que fueran de la mayor importancia para el país.

²⁰¹ Ídem, pp. 331-332.

En estos ensayos no podemos dejar de notar la influencia de Julien Benda sobre el pensamiento de Jorge Cuesta ya que fueron varios los ensayos en los cuáles el tema a debatir fue la política, donde ésta se lleva las peores críticas por parte de Cuesta, por lo que es menester volver a hacer hincapié en la que pienso fue la mayor influencia para el cordobés. Como hemos visto en el capítulo anterior, la simpatía hacia autores franceses estaba manifiesta tanto en el trabajo poético como en la crítica de Contemporáneos y Jorge Cuesta no estaba ajeno a ello.

JORGE CUESTA Y JULIEN BENDA

Uno de los autores determinantes para la formación literaria y política de Jorge Cuesta, fue Julien Benda,²⁰² quien en 1927 escribió *La trahison des clercs*, tratado en el que criticaba de manera implacable a los intelectuales que renunciaban a su vocación y comprometían sus principios a una servidumbre política y económica; por otra parte, en su libro ensalzó la idea del intelectual auténtico. Este escritor quedó marcado espiritualmente por el caso de Alfred Dreyfus, oficial judío, víctima de una injusta condena militar antisemita y de fervor nacionalista. Ante esta situación los intelectuales de la época tenían dos caminos a escoger, o alzaban su voz para repudiar esa injusta acusación o seguían sin levantar la cabeza, negándose a defender al oficial judío.

Este filósofo francés que provenía de un espacio simbólico ubicado en la Francia de la Primera Guerra Mundial, ejerció un gran peso intelectual sobre el poeta mexicano y sus postulados fueron determinantes en la actuación que tuvo Cuesta. A pesar de esta marcada influencia, existieron varios puntos divergentes entre ambos intelectuales, ya que existieron profundas diferencias entre el medio cultural, social y político en el que Benda interactuaba y lo que Cuesta había aprendido y reflexionado desde un ángulo diferente.

De Julien Benda tomó la idea de que los intelectuales debían mantener una perenne actitud de crítica hacia cualquier poder temporal, alejándose de todo aquello que contaminara su actividad. Para el filósofo francés los intelectuales debían observar una conducta francamente

²⁰² La otra circunstancia que marcó a Benda fue la primera guerra mundial debido a la actitud tomada por los intelectuales. Edward W. Said, *Representaciones del intelectual*, op. cit. pp. 26-27.

alejada de lo que significara una pasión terrena como él consideraba a la política. Benda afirmó que los intelectuales debían ser hombres dedicados exclusivamente al cultivo del pensamiento, pero este pensador tenía muy claro que si no había más opción que participar en la política los intelectuales debían de ser críticos a su propio gobierno, a su misma patria cuando esta se encontrara en un error y mucho más cuando cometiera una injusticia en contra de otra nación.

Benda condenó y consideró como una traición que algunos personajes pusieran su actividad al servicio de las pasiones políticas inherentes a los hombres del poder, ya que era una imagen totalmente opuesta a la idealizada descripción del intelectual que él proponía. Otros de los rasgos característicos que debe presentar y conservar el intelectual –según Julien Benda– que lo diferencian del resto de los hombres es que el intelectual debe ser un individuo de gran personalidad, que convoque con su sola presencia y sobre todo, debe estar en permanente oposición al orden establecido.

La figura del intelectual como un ser aparte, alguien capaz de decirle la verdad al poder, un individuo duro, elocuente, inmensamente valiente y aguerrido para quien ningún poder mundano es demasiado grande e imponente como para no criticarlo y censurarlo con toda intención.²⁰³

Sin embargo, a pesar de que Jorge Cuesta seguía tan de cerca las enseñanzas de Benda sobre el deber ser del intelectual, sólo recogió la parte en la cual este último aseveró que el intelectual tiene la obligación de ser crítico con el poder, ya sea este su propio gobierno u otros intelectuales, pero no comulgó con la idea de que el intelectual se mantuviera alejado de los círculos de autoridad. Para Jorge Cuesta era indispensable mantener de alguna u otra manera su cercanía con el poder, pues para él era una condición indispensable para poder concretar sus proyectos. En Cuesta no hay una separación de espacios tajante, la cultura debe estar cercana a la política para que la primera guíe a la última.

²⁰³ *Ibíd.* p. 27.

A partir de estos elementos, Cuesta fue modelando su actitud intelectual y muestra la diversidad de horizontes que conformaron su pensamiento, al tener dentro de su idea de la labor artística e intelectual a un autor como Benda. Éste era promotor de una imagen más reservada de los pensadores, dispuesta a recluirse en un espacio que les permitiera analizar de manera más clara y profunda las problemáticas de su circunstancia.

En *La traición de los intelectuales* (1927), Benda realizó un severo examen a la actuación de algunos intelectuales de su época y entorno, diciendo que un síntoma de descomposición de la sociedad se reflejaba en el hecho de que los intelectuales se prestaran a servir sin mayor problema a los detentadores del poder en sus diversos órdenes. Del mismo modo afirmó que los intelectuales se corrompían al hacerle el juego a las pasiones políticas, las cuales –según lo que planteaba Benda– eran las peores pasiones de las que adolecía el mundo ya que consideraba que por éstas, los hombres se enfrentaban los unos contra los otros y eran las que promovían los odios raciales, de clase y de nación.

Como se puede ver, la política era una materia ante la que este pensador francés estaba en total desacuerdo, aversión que también se encuentra presente en Cuesta y que se transcribe en sus discursos críticos. Para este último, el poder político presentaba fallas ante sus ojos por lo que no dio marcha atrás en su empeño de dar su opinión como correspondía a un intelectual, que a pesar de estar dentro del aparato gubernamental, exponía una apreciación independiente de la política estatal.

Conclusiones

Todo escrito tiene su valor; porque muerto el autor,
la figura se concreta, el ciclo se cierra
y todos los signos se integran.

Las siguientes líneas exponen las últimas consideraciones suscitadas por esta investigación sobre Jorge Cuesta. Al final de este recorrido historiográfico en libros, fuentes hemerográficas y a través de la escritura cuestiana, en un diálogo entre los autores de diferentes horizontes de enunciación, queda la idea de que todos ellos tuvieron la intención de analizar al personaje y a la obra, con herramientas de análisis distintas, desde corrientes de pensamiento que nada tenían que ver entre sí, pero todos seducidos por la ausencia y el recuerdo de Jorge Cuesta.

La investigación corrió los velos que volvían brumosa su figura, a la vez que plantearon nuevas interrogantes que –sin caer en los lugares comunes del suicidio o de la poesía hermética–, nos deja la imagen de un escritor multifacético, importante para su generación y para tiempos posteriores. Durante varias décadas y a la luz de diversas lecturas, se realizó una construcción historiográfica de un intelectual que ni con mucho se amolda a las diversas teorías sobre la función y la labor del grupo intelectual, que al respecto han propuesto diversos filósofos. Por el contrario, rompe con los cánones del intelectual “puro”, “orgánico”, “comprometido” o “reaccionario”; Cuesta no fue ninguna de esas cosas; sin embargo, se le hizo aparecer cargado de todos esos adjetivos en aras de cumplir con una función determinada por el tiempo y espacio en los cuales era necesaria su presencia.

El cometido de este trabajo fue establecer cómo mediante la escritura de Cuesta la crítica decidió consolidarlo como *la inteligencia rigurosa, el ensayista crítico y profundo*, en fin una serie de títulos que se le han adjudicado a Cuesta desde condiciones y momentos históricos distintos. No sólo hemos tenido oportunidad de conocer la vida de un hombre que vivió y murió envuelto en el laberinto de su inteligencia, perseguido por una leyenda que de una u otra manera puso una pantalla a través de la cual, se le leyó en tiempos pasados, sino que logramos acceder a su pensamiento, tarea que sólo es susceptible de lograrse a través del legado que tenemos del discurso cuestiano.

El fin de mi trabajo fue ofrecer una lectura diferente, a través de una mirada vinculada con la historiografía, tomando sólo en cuenta la práctica discursiva del autor que se analizó. Si bien, la idea del intelectual marginado que fuera mi preocupación inicial no se cumple en Jorge Cuesta, cuando menos se puede hablar de un intelectual independiente, que asume y pregona el descastamiento, en una época en que esa palabra implicaba una traición al pensamiento generalizado. Descastamiento que era una forma de afianzar más su preocupación por lo que era en verdad mexicano, alejándose de los localismos y de la xenofobia que se incubó entre los mexicanos de los treinta. Cuesta enfatizó que lo único que era necesario defender era la pureza de la estética, alejada de servilismos políticos, religiosos, ideológicos, de problemas cotidianos. Para Cuesta, la unión entre política y estética resultaba estéril, falta de la pureza que debía ostentar cualquier actividad vinculada al arte.

A partir de estas consideraciones, uno no debe escandalizarse ante la idea de que haya trabajado cerca de un gobierno que institucionalizó ideales y luchas; de que apoyara públicamente a hombres que la historiografía mexicana tradicional considera perniciosos, como por ejemplo, Plutarco Elías Calles. Al contrario de esto, se debe poner de manifiesto que la cercanía con el poder era un medio para alcanzar un fin que aparecía sublime a los ojos de Jorge Cuesta. Es decir, sus actitudes hacen referencia a un individuo que necesitaba contar con un espacio en el cual pudiera desarrollar el inmenso potencial intelectual que poseía, de tener la oportunidad de concretar sus ideas y sus proyectos. Por lo tanto, si llegamos a observar altibajos en su postura, poco aprecio se debe hacer de ellos, y se debe dar mayor importancia a su discurso, que a fin de cuentas, fue a través de él, que hoy desde un horizonte en el que median cerca de setenta años, sigue despertando el interés y la curiosidad de mucha gente.

En la investigación, lo único que quedó como una certeza es que falta mucho para terminar de conocer la vida, y sobre todo, el conocimiento de las diversas actividades de este escritor. Han quedado muchas cuestiones en el tintero, otras que fueron esbozadas en el desarrollo de la tesis, pero que desviaban los objetivos de la investigación. Por ejemplo, falta ahondar más en la escritura de la biografía de Jorge Cuesta. En una plática sostenida con su sobrino, Víctor Peláez Cuesta, me comentó que aún hay muchos papeles que están en manos de

diversas personas que podrían dar mayores pistas sobre la vida de Cuesta. A partir de la lectura de éstos documentos sería interesante plantear otra mirada a las actividades de este escritor. En la primera edición de *Poemas y Ensayos*, Miguel Capistrán y Luis Mario Schneider, decían que no había forma de saber más datos biográficos. Sin embargo, pienso que podrían realizarse entrevistas a los familiares cercanos de Jorge Cuesta, tal como es el caso de sus nietos, hijos de Antonio Cuesta Marín e inclusive a Guadalupe Rivera Marín, que vivió con Cuesta cuando su madre y él contrajeron nupcias.

Otro tema que podría ser susceptible de ser investigado es la creación de las organizaciones culturales que surgieron en los años sesenta y que permitieron que hubiera una percepción distinta del trabajo intelectual. Aquí sólo se mencionaron a empresas editoriales que por su importancia, han trascendido varias décadas y que actualmente siguen funcionando, tal como el caso de *Siempre!*, que si bien cumplió con un determinado fin en el momento en que apareció, sigue siendo un espacio simbólico de libertad de expresión.

Un último filón de investigación –y que por cierto, punto que rehuí hasta donde me fue posible–es el análisis de los ensayos cuestianos dedicados a la estética. Esta vertiente de la escritura de Jorge Cuesta, es un asunto que no ha recibido mayor atención y el cual adolece del mismo mal que he tratado de subsanar por medio de esta tesis, en la sección de los ensayos políticos. La estética cuestiana no se percibe muy claramente; se han incluido en las antologías de poemas y ensayos, pero falta por analizar las opiniones de Cuesta con relación a la pintura, a la música y a la misma poesía. Si bien, integro en mi trabajo algunos ensayos vinculados al arte, fueron aquellos en los cuales se hacía referencia a que el arte no debía supeditarse ni servir a fines políticos. Por lo tanto, se debe investigar a fondo las inclinaciones artísticas para conocer cuáles eran las influencias estéticas de Jorge Cuesta en los ensayos dedicados en totalidad a estos temas.

Es importante añadir a estas últimas líneas que esta investigación se anota dentro de una historiografía intelectual, pero que no deja de lado a la historiografía cultural y política. Se tuvo la necesidad de saber qué era lo que sucedía en el ámbito de la cultura; también era fuerza saber acerca de los acontecimientos que en el orden político se estaban suscitando.

Del mismo modo, también se pudo ver que el discurso de la modernidad que se manejó en los años que siguieron a 1920, fueron en muchas ocasiones un simple recurso demagógico y que se continuó con una tradición cultural y política proveniente del siglo XIX, modelo al cual no fue ajeno Jorge Cuesta.

Jorge Mateo Cuesta Porte-Petit logró a través de su escritura, formar parte de la historia de las ideas, de la cultura, de la política de un país que precisó de un personaje como él, independiente, rebelde, analítico, pensante. Se convirtió en la imagen de un intelectual, que a conciencia o no, legó sus escritos a una sociedad que por una u otra causa, siempre ha necesitado de un *clérigo*, que piense, reflexione y se encuentre en constante crisis, deber ineludible de todo intelectual.

Bibliografía

- AGUILAR MORA JORGE, *La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz*, México, Editorial Claves, 1978.
- ALLAIGRE-DUNY ANNICK, *L'écriture poétique de Jorge Cuesta. Les sonnets*, [s.l.], Editorial Covedi-CDRVL, 1996.
- , "La traducción cuestiana, entre acercamiento crítico y creación", ponencia presentada en el Coloquio de la École Lacanienne de Psychanalyse *Jorge Cuesta, "La frágil ciencia del acto"* Instituto Francés para América Latina, 2003.
- ARCE ELSA, *Emiliano Zapata, Exaltación. Cuatro momentos en el ideario político de Germán List Arzubide*, tesis de licenciatura [inédita], Facultad de Filosofía y Letras/ BUAP, 2002.
- BACA OLAMENDI Laura, *Bobbio: los intelectuales y el poder*, México, Editorial Océano, 1998.
- BENDA JULIEN, *La traición de los intelectuales*, Chile, Editorial Ercilla, 1941.
- BENJAMÍN THOMAS, *La Revolución Mexicana. Memoria, mito e historia*, México Editorial Taurus, 2003.
- BLANCO JOSÉ JOAQUÍN. *Crónica literaria. Un siglo de escritores mexicanos*, México, Editorial Cal y Arena, 1996.
- BLÁZQUEZ ESPINOZA JOSÉ CARLOS, "Entrevista a Miguel Capistrán", 20 de febrero de 2001. (inédita).
- , *Jorge Cuesta. Inteligencia en llamas*, Colegio de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2002.
- BOURDIEU PIERRE, *Intelectuales, política y poder*, Argentina, Editorial Eudeba, 2000.
- CABADA RAMOS JOSÉ LUIS *La relación olvidada, Jorge Cuesta (1903-1942) y Octavio Paz (1914-1998)*, México, Instituto Veracruzano de la Cultura, 2003.
- CAMP RODERIC A., *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- CARR, BARRY, *La izquierda mexicana en el siglo XX*; México, Era, 1996.
- CASTAÑÓN ADOLFO. *Arbitrario de la literatura mexicana. Paseos I, La reflexión*, México, [s.e], 1993.

- , “Jorge Cuesta: Itinerarios hacia un itinerario. Testimonios de un lector”. ponencia para el Coloquio de la École Lacanienne de Psychanalyse *Jorge Cuesta*, “*La frágil ciencia del acto*” Instituto Francés para América Latina, 2003.
- COCKROFT JAMES D., *Precursores Intelectuales de la Revolución Mexicana (1900-1913)*, México, Siglo XXI, 1968.
- COMPLAIN BRIGITTE, “El hombre planta. De públicos secretos”, ponencia presentada en el Coloquio de la École Lacanienne de Psychanalyse *Jorge Cuesta*, “*La frágil ciencia del acto*” Instituto Francés para América Latina, 2003.
- CUESTA JORGE, *Antología de la poesía mexicana moderna*, México, 1928.
- , *Poemas y ensayos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964.
- , “¿Existe una crisis en nuestra literatura de vanguardia?”, *Obras, trabajos literarios y pensamiento crítico*, Tomo 1, Michigan, Ediciones Del Equilibrista, 1994.
- , “La literatura y el nacionalismo” *Obras*.
- , “Conceptos del arte”, *Obras*.
- , “La reforma al Artículo Tercero”, *Obras*.
- , “La escuela socialista”, *Obras*.
- , “El socialismo y la enseñanza”, *Obras*.
- , “No hay educación socialista”, *Obras*.
- , “La práctica de la educación socialista”, *Obras*.
- , *Crítica de la Reforma al Artículo Tercero*, México, [s.e], 1934.
- , “La autonomía de la Universidad”, *Obras*.
- , “La política en la Universidad”, *Obras*.
- , “La Universidad y la Técnica”, *Obras*.
- , “La política de altura”, *Obras*.
- , “La crisis de la Revolución”, *Obras*.

- , *El plan contra Calles*, México, 1934, 30 pp., publicado en *Obras, trabajos literarios y pensamiento crítico*, Tomo 1, Michigan, Ediciones Del Equilibrista, 1994
- , “Dos cartas a Bernardo Gastélum”, en *Obras*, Tomo II, Michigan, Ediciones del Equilibrista, 1994.
- , “Carta al Secretario de Educación Pública” en *Obras*, Tomo II
- , “Cartas a sus hermanos”, en *Obras*, Tomo II.
- DE CERTAU MICHEL, *La escritura de la historia*, [2ª. Edición] México, Universidad Iberoamericana, 1999.
- DÍAZ ARCINIEGA VÍCTOR, *Querrela por la cultura revolucionaria (1925)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- DOMÍNGUEZ MICHAEL CHRISTOPHER, *Tiros en el concierto. Literatura mexicana del siglo V*, México, Editorial Era, 1997.
- , “Jorge Cuesta, Actualidad y destino de un pensamiento político”, ponencia presentada en el Coloquio de la École Lacanienne de Psychanalyse *Jorge Cuesta, “La frágil ciencia del acto”* Instituto Francés para América Latina, 2003.
- ESTRADA GENARO, *José Gorostiza. Cartas de primeros rumbos*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.
- GÓMEZ MAGANDA ALEJANDRO, *Motivos Revolucionarios*, México, Cámara de Diputados, 1936.
- GÓMEZ MARTÍNEZ JOSÉ LUIS, *Teoría del ensayo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992. Versión consultada en www.ensayistas.org.
- GÓMEZ NASHIKI ANTONIO, "El movimiento estudiantil mexicano. Notas históricas de las organizaciones políticas 1910-1971" en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, CINVESTAV, enero-abril 2003, Vol. 8, núm. 17.
- GONZÁLEZ MARÍN SILVIA, *La participación de las organizaciones estudiantiles durante la crisis Estado-Universidad de 1935*, Tercer Congreso Nacional de Historia de las Universidades e Instituciones de Educación Superior en México. Cátedras y catedráticos, Instituto de Investigaciones Bibliográficas /CESU/ UNAM, Ciudad Universitaria, octubre de 2003.
- GONZÁLEZ TORRES ARMANDO, "La proximidad de Cuesta" en *Fractal*, Septiembre, 2005.
- GOROSTIZA JOSÉ, *Poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

- GRAMSCI ANTONIO, *Cuadernos de la Cárcel*, edición del Instituto Gramsci, México, Era, 1981.
- GRANT SYLVESTER NIGEL, *Vida y obra de Jorge Cuesta*, México, Premiá Editora, 1984.
- ISLA, AUGUSTO, *Jorge Cuesta: el león y el andrógino*, Col. Cuadernos de posgrado, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- JERÓNIMO SAÚL, “Octavio Paz en la obra de Pablo González Casanova”, ensayo inédito.
- KATZ ALEJANDRO, *Jorge Cuesta o la alegría del guerrero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- LEÓN CAICEDO ADOLFO, *Soliloquio de la inteligencia. La poética de Jorge Cuesta*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes /Editorial LEEGA, 1988.
- LOMBARDO TOLEDANO VICENTE, *La izquierda en la historia de México*, México, Partido Popular Socialista, 1962.
- MARISTANY LUIS, *Contemporáneos. José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Salvador Novo*, España, Anaya & Mario Muchnik/ Ayuntamiento de Málaga, 1992.
- MARTÍNEZ JOSÉ LUIS, *El Ensayo Mexicano Moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.
- MARTÍNEZ MALO JESÚS R. (coordinador), et al, *Jorge Cuesta: Obras reunidas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- , “De una carta recobrada: la letra, la química y el cuerpo”, ponencia presentada en el Coloquio de la École Lacanienne dychanalise *Jorge Cuesta*, “*La frágil ciencia del acto*” Instituto Francés para América Latina, 2003.
- MCKEE IRWIN ROBERT, “ ‘El Único’: Jorge Cuesta y sus bien conocidos gustos sexuales”, ponencia presentada en el Coloquio de la École Lacanienne de Psychanalise *Jorge Cuesta*, “*La frágil ciencia del acto*” Instituto Francés para América Latina, 2003.
- MÉNARD BÉATRICE, “Las figuras del deseo en los sonetos de Jorge Cuesta”, ponencia presentada en el Coloquio de la École Lacanienne de Psychanalise *Jorge Cuesta*, “*La frágil ciencia del acto*” Instituto Francés para América Latina, 2003.
- MONSIVAIS CARLOS, *Jorge Cuesta*, México, Editorial Terra Nova, 1985.
- , “La libertad del deseo”, ponencia presentada en el Coloquio de la École Lacanienne de Psychanalise *Jorge Cuesta*, “*La frágil ciencia del acto*” Instituto Francés para América Latina, 2003.

- MONTERDE FRANCISCO, *Mariano Azuela y la crítica mexicana*, México, Col. Sep Setentas, Secretaría de Educación Pública, 1973.
- MOOG-GRÖNEWALD MARÍA, “Investigación de las influencias y de la recepción”, en Dietrich Rall (compilador), *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- MÚGICA CRISTINA, *Jorge Cuesta. Sonetos*, México Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.
- PALOU PEDRO ÁNGEL, *Escribir en México durante los años locos. El campo literario de los Contemporáneos*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001.
- PANABIÉRE LOUIS, *Itinerario de una disidencia. Jorge Cuesta (1903-1942)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- PAPPE SILVIA, *Historiografía crítica. Una reflexión teórica*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2000.
- , *Sujeto y modernidad. Una relación incierta*. Ponencia para el coloquio “Los paradigmas de la modernidad a debate”, septiembre, 2003.
- PAZ OCTAVIO, *Xavier Villaurrutia en persona y en obra*, México, Fondo de Cultura, 1978.
- , “Poeta secreto y hombre público: Jaime Torres Bodet” en Rafael Olea Franco, *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*, México, El Colegio de México, 1994.
- , et al, *Poesía en movimiento. México, 1915-1966*, México, Editorial Siglo XXI, 1996 [1ª. Edición 1966].
- , *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, [3ª. Edición], 1999.
- PÉREZ AMADOR ADAM ALBERTO, *La sumisión a lo imaginario: nueva edición, estudio y comento de Canto a un dios mineral de Jorge Cuesta*, Frankfurt am Main, Alemania, Madrid, Editorial Vervuert: Iberoamérica, 2001.
- PÉREZ-RINCÓN HÉCTOR, “Iconografía de una celotipia”, ponencia presentada en el Coloquio de la École Lacanienne de Psychanalyse Jorge Cuesta, “*La frágil ciencia del acto*” Instituto Francés para América Latina, 2003.
- PONIATOWSKA ELENA, *Las siete cabritas*, México, Editorial Era, 2000.

- REYNA JOSÉ LUIS Y RAÚL TREJO DELARBE, *La clase obrera en la historia de México. De Adolfo Ruíz Cortines a Adolfo López Mateos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988
- RODRÍGUEZ GENOVÉS, FERNANDO "El ensayo y lo sopesado" en Rodríguez Genovés Fernando, *Saber del ámbito. Sobre dominios y esferas en el orbe de la filosofía*. Madrid, Editorial Síntesis, 2001. Versión consultada en www.ensayistas.org.
- RUEDAS DE LA SERNA JORGE *et al*, *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- SAID EDWARD W., *Representaciones del intelectual*, España, Paidós, 1996.
- SCHNEIDER LUIS MARIO, "Jorge Cuesta o las paradojas de la inteligencia", en *Jorge Cuesta. Poesía y crítica*, 3ª. Serie, Lecturas Mexicanas, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.
- SEMO ENRIQUE, *México un pueblo en la historia /4*, Universidad Autónoma de Puebla, Editorial Nueva Imagen, 1982.
- SHERIDAN GUILLERMO, *Homenaje nacional a los Contemporáneos. Monólogos en espiral. Antología de narrativa*, México, Instituto Nacional de Bellas/ Cultura Secretaría de Educación Pública, 1982.
- , *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- , *México en 1932. La polémica nacionalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- STANTON ANTHONY, *Los Contemporáneos y el debate en torno a la poesía pura* en Rafael Olea Franco, *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*, México, El Colegio de México, 1994.
- SEGOVIA FRANCISCO, "Jorge Cuesta, la cicatriz en el espejo", ponencia presentada en el Coloquio de la École Lacanienne de Psychanalyse *Jorge Cuesta, "La frágil ciencia del acto"* Instituto Francés para América Latina, 2003.
- TIBOL, RAQUEL, *Diego Rivera. Arte y Revolución*, Selección, prólogo y notas de Raquel Tibol, México, Grajalbo, 1978.
- VAUGHAN, MARY KAY, *La política cultural en la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México 1930-1940*, México, Secretaría de Educación Pública / Fondo de Cultura Económica, 2000.

VELÁZQUEZ ALBO MARCO A. y NICOLÁS CÁRDENAS GARCÍA, *La historiografía revisionista. Parte I: Crisis y los nuevos horizontes*, Cuadernos de posgrado / Maestría en Historiografía de México, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1999.

VILLAURRUTIA, XAVIER *Crítica cinematográfica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970.

WEINBERG LILIANA, *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Fondo de Cultura Económica, 2001.

WOMACK JOHN, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Editorial Siglo XXI, 1994.

ZEA LEOPOLDO y MANUEL GAMIO *et. al.*, *Características de la cultura nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969

Hemerografía

ANÓNIMO, “Plan Sexenal del Partido Nacional Revolucionario, 1934-1940”, en *Provincias, Revista Gráfica Revolucionaria*, México, 1934.

-----, “Nivel memora y rinde homenaje a Jorge Cuesta”, *Nivel*, junio 31, 1972.

-----, “El affaire Examen”, *El Sol de México en la cultura*, suplemento cultural, 140, junio 1977.

-----“Sus Contemporáneos”, *El Sol de México en la cultura*, suplemento cultural, 140, junio 1977.

-----“Publica el Fondo de Cultura Económica un libro sobre la figura y el pensamiento de Cuesta”, *Excélsior*, mayo 1984.

-----"La reforma del artículo 3°. de la Constitución" del Boletín Reseñas Históricas de la Universidad de Guadalajara en <http://www.uag.mx/201/lareforma.htm>.

ARELLANO; JESÚS “Poemas incompletos de Jorge Cuesta” *Revista Mexicana de Cultura. Suplemento de El Nacional*, julio 6, 1958.

----- “Las ventas de Don Quijote. Revisión de algunos nombres de la literatura mexicana: Jorge Cuesta”, *Nivel*, septiembre 25, 1964.

----- “Historia de una antología poética” , *Letras Potosinas*, enero–marzo, 1966.

ARREDONDO INÉS “Jorge Cuesta ensayista” *Ovaciones*, Suplemento Cultural, marzo 7, 1965.

----- y Tomás Segovia, “Gilberto Owen o el rescate”, en Suplemento, *Plural*, 37, diciembre de 1974.

CAPISTRÁN MIGUEL, “Jorge Cuesta o el obstinado rigor” *El Sol de México en la cultura*, suplemento cultural, 140, junio 1977.

-----, Jorge Cuesta: cincuenta años de una trágica muerte, *La Jornada*, agosto 1992.

COSÍO VILLEGAS DANIEL, “Pasan atropelladamente periódicos, gobierno e intelectuales”, *Plural*, 29, abril 1974.

CHUMACERO ALÍ, “La imagen que se esfuma”, *México en la Cultura*, Suplemento de *Novedades*, junio 8, 1958.

-----“Muestrario de las letras. Homenaje a Jorge Cuesta a los 20 años de su muerte”, *México en la Cultura*, Suplemento de *Novedades*, agosto 19, 1962.

DOMÍNGUEZ MICHAEL CHRISTOPHER, “Discutir a Jorge Cuesta II. El liberalismo de Jorge Cuesta.”, *Uno más uno*, marzo 1986.

- DUEÑAS DANIEL, “Jorge Cuesta. Oh inteligencia, soledad en llamas...”, *El Sol de México en la cultura*, suplemento cultural, 140, junio 1977.
- ELIZONDO SALVADOR, “José Gorostiza: Apocatástasis y silencio” en *Plural*, 19, abril 1973.
- GALINDO CARMEN, “Salvador Novo, superestrella de la cultura nacional”, en *Los empeños. La vida literaria*, 1, abril-mayo-junio de 1980.
- GARCÍA PONCE JUAN, “Jorge Cuesta”, *La cultura en México*, Suplemento de *Siempre!*, febrero 15, 1967.
- MAGAÑA ESQUIVEL ANTONIO, “Jorge Cuesta rescatado”; *El Nacional*, junio 24, 1965.
- MARTÍNEZ MALO JESÚS R. y FRANCISCO SEGOVIA, “Pensar a Jorge Cuesta”, *Fractal*, Revista trimestral # 25, abril-junio, 2002, año VII, vol. VII.
- MATA RODOLFO, “El fruto que del tiempo es dueño. Jorge Cuesta: Canto a un dios mineral”, en *Literatura Mexicana Volumen IX*, número 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.
- NANDINO ELÍAS, “Retrato de Jorge Cuesta”, *Nivel*, 114, junio 1972.
- PÁRAMO ROBERTO, “Lupe Marín y el más triste de los alquimistas”, *El Sol de México en la cultura*, suplemento cultural, 140, junio 1977.
- PAZ OCTAVIO, “*La caída*. A la memoria de Jorge Cuesta”, *El Sol de México en la cultura*, suplemento cultural, 140, junio 1977.
- SALAZAR MALLÉN RUBÉN, “Jorge Cuesta”, *Nivel*, 114, junio 1972.
- SALMERÓN SANGINÉS PEDRO y PABLO SERRANO ÁLVAREZ, El auge de la historiografía política regionalista en México, 1968-2000. Revisionismo y análisis político, en *Secuencia*, México, Instituto Mora, Núm 57, septiembre-diciembre 2003.
- TARACENA BERTA, “Acento propio en la pintura durante la época de Jorge Cuesta” *El Sol de México en la cultura*, suplemento cultural, 140, junio 1977.
- URRUTIA, ELENA “Habla Natalia Cuesta” *El Sol de México en la cultura*, suplemento cultural, 140, junio 1977.
- ZAID GABRIEL, “Tres momentos de la cultura en México”, en *Plural*, 39, Abril 1975.
- ZENDEJAS FRANCISCO, “Cuesta sigue de moda”, *Excélsior*, octubre 1984.

ANEXOS

Anexo 1. Los rostros de Cuesta

En el número 25 de Fractal, el cual fue dedicado a Jorge Cuesta, Ilán Semo dice que las escasas imágenes que existen del escritor han servido más como un apoyo visual que funge como fuente de información o de inspiración pero que aún no se han explorado los enigmas que encierra cada una de estas imágenes.

En el caso de esta tesis, la primera intención al tener diversas fotografías fue que sirvieran de anexos a la misma, que fueran la parte iconográfica. Sin embargo, cuando tomé las primeras imágenes de Cuesta, me asomé a la historia de un hombre que hace mucho dejó de existir, pero que no obstante, vuelve a la vida en el momento en que el espectador clava la mirada en la vista del retratado. Cada una de las fotografías que nos hacen, se llevan un pedazo de nuestra esencia, así entonces, cada imagen tiene un trozo de la vida de quien es fotografiado, y Jorge Cuesta no es la excepción.

Si bien esta investigación elabora un recorrido por todas las imágenes historiográficas que se construyeron alrededor de este escritor, los diversos rostros de Cuesta nos acercan desde otras miradas al mismo personaje. A través de los ojos de sus padres, rescatamos la infancia del pequeño Jorge, un bebé, un niño protegido dentro de la intimidad de su hogar, cumpliendo con los deberes que la devoción paterna establecía. Poco después, surge la figura del adolescente, de aquel que empezaba a ser un escritor; de esa etapa, nacieron las primeras inquietudes literarias, hoy rescatadas gracias a la diligencia de sus familiares.

Aparece entonces la imagen del Cuesta adulto, delgada, fina, inteligente por sí misma, sin necesidad de agregarle nada, con la ya vieja cicatriz, que no habría de desaparecer jamás. Estas fotos nos hablan de los últimos años de su vida, en momentos en los que él mismo no sabía que eran los últimos. Gilberto Owen dijo que como había sentenciado Oscar Wilde, las personas siempre serían recordadas por el último acto de su vida, el de Cuesta fue terminar con ella. Por eso cuando leemos la reseña de su muerte aparecida en los diarios, nos formamos la imagen de Cuesta, tendido en su lecho, con las vértebras lastimadas y asistimos a la transmutación de la materia en esencia, de la esencia en leyenda y de la leyenda en una

nueva imagen, renovada, acariciada por diversas manos. Por último, aparecen las miradas de Xavier Villaurrutia, Agustín Lazo y de Carlos Orozco Romero, quienes a través de pinturas y dibujos, muestran el vacío que la pérdida les había causado, ya que no sólo partía un compañero y amigo, sino que implicaba la desaparición de un brillante escritor, de un pulcro poeta que dejaba inconclusa su obra, desperdigada y sin ningún orden.

Pienso que Jorge Cuesta nos habla a través de sus fotografías, nos mira y nosotros le observamos; entonces se le inquiere: en qué pensabas cuando te tomaron la foto?, imaginabas que poco después tomarías tu vida? E ineludiblemente surge la eterna interrogante que se le hace a los suicidas, por qué?.

Cada una de las fotos que vemos, cobran un nuevo significado cada que alguien las observa, les dota de un sentido distinto, le escribe una historia y desde nuestro tiempo las resignificamos, y alejamos a quien nos mira desde el papel de ser simples hombres para convertirlos en personajes. Cuesta ha sido leído, analizado y construido durante más de sesenta y cuatro años y desde horizontes distintos. Ahora, es necesario dejar que cada una de los rostros de Jorge Cuesta, nos devuelva la mirada y nos hable desde cada una de ellas.

Anexo 2: Los Contemporáneos y *Contemporáneos*

Qué significa ser Contemporáneos?, que existe simultáneamente, compartiendo un mismo tiempo y espacio; otra acepción es la de ser actual. Para la pléyade de escritores que se reunió bajo ese nombre significó compartir entre ellos un mismo interés por transitar entre distintos senderos vinculados al concierto universal literario. Hacer lecturas en común que les estrecharan en sus apreciaciones del arte, así sin más y sin que éste ostentara ninguna nacionalidad.

Para lograrlo, lo mismo leían a Valéry, a Proust, a Joyce, a Tablada y a López Velarde, puesto que para ellos la grandeza literaria no se fincaba en el suelo de origen de los escritores, sino en la pureza literaria de quienes escribían. Devoraban con la misma voracidad las páginas del *Mercure de France* que la *Nouvelle Revue Francaise*, buscando entre la letra impresa, la manera más acertada de encontrar puntos convergentes entre su propio trabajo con los de sus grandes influencias.

Con ese fin, se dieron a la tarea de crear un espacio en el que pudieran expresar sus opiniones, sus inquietudes, sus rechazos. Después de varios ensayos, el resultado fue una de las empresas literarias más importantes de las letras mexicanas: *Contemporáneos*. Aún me surge la duda, que fue primero, el grupo o la revista, sin embargo eso carece de importancia, ambos se complementaban, se daban mutua presencia.

Contemporáneos tuvo la fortuna de editarse durante varios años, lo cual nos habla del interés del grupo porque su presencia se consolidara. Un tiempo bajo la tutela de Jaime Torres Bodet, otro bajo la de Bernardo Ortiz de Montellano, se convirtió en la publicación en la cual no sólo se daban a conocer la labor literaria de los miembros del grupo, sino que daba cabida a la manifestación de otras artes, como la pictórica.

Es así entonces que respondemos a la pregunta inicial, ser Contemporáneos nos ofrece dos imágenes. La primera nos muestra la semblanza de un grupo que se distinguía por unir a distinguidos personajes de la literatura mexicana; la segunda es la imagen de un espacio simbólico, abierto a la universalidad.